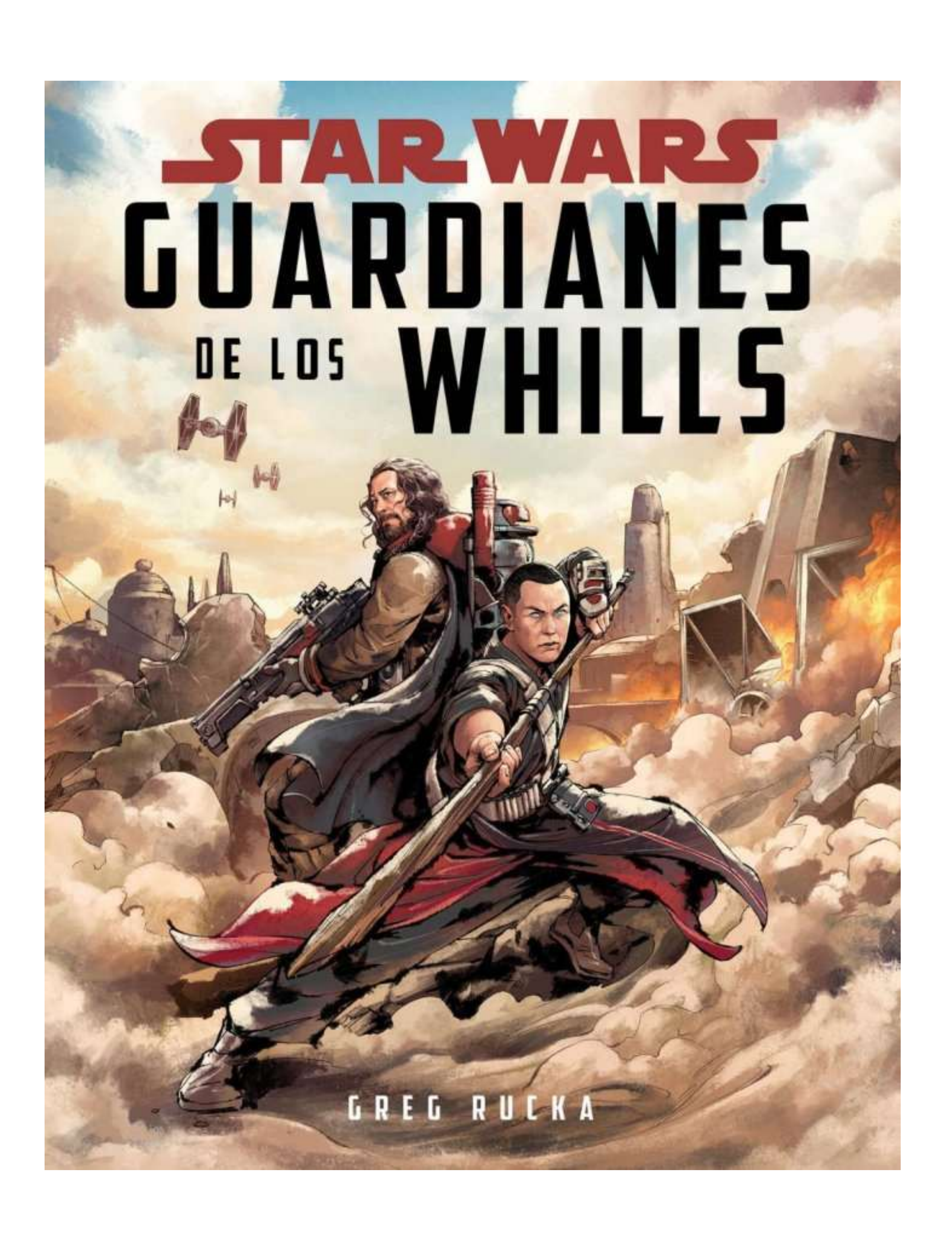

STAR WARS
GUARDIANES
DE LOS WHILLS
GREG RUCKA

Baze Malbus y Chirrut Îmwe solían ser Guardianes de los Whills, cuidaban del Templo Kyber en Jedha y a todos los que adoraban allí. Entonces llegó el Imperio y se apoderó de la luna. El templo fue sellado y la gente se dispersó. Ahora Baze y Chirrut hacen lo que pueden para resistir al Imperio y proteger a la gente de la Ciudad Santa, pero nunca parece ser suficiente. Cuando un hombre llamado Saw Gerrera llega con grandes planes para derribar al Imperio, parece ser la manera perfecta para que Baze y Chirrut hagan una verdadera diferencia y ayuden a la gente de Jedha. ¿Pero tendrá un costo demasiado alto?




# Guardianes de los Whills

Greg Rucka



NUEVO CANON

Esta historia está confirmada como parte del Nuevo Canon.

Título original: *Guardians of the Whills*

Autor: Greg Rucka

Publicación del original: mayo 2017

 poco antes de la batalla de Yavin

Traducción: Faku J Berrade

Revisión: Klorel

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

28.05.17

Base LSW v2.21

# Declaración

HACE MUCHO, MUCHO TIEMPO EN UNA GALAXIA MUY, MUY LEJANA…

*Para Eric, que es más Baze de lo que sabe*

*Eso que nos rodea, nos une.*
*En nuestra conexión con uno, todo está conectado.*
*Esta es la verdad de la Fuerza, ni más ni menos:*
*La vida une a los vivos.*
*Eso que se eleva debe caer, y eso que cae debe elevarse.*
*Desde el primer aliento del infante*
*hasta el último aliento de los ancianos,*
*somos uno, juntos.*

—Kiru Hali, sabio de Uhnuhakka

De *Poemas, Oraciones y Meditaciones sobre la Fuerza,*

Editado por Kozem Pel, Discípulo de los Whills




—Chirrut Îmwe —dijo Silvanie Phest—. Necesitamos la ayuda de un Guardián.

Chirrut Îmwe dejó caer su barbilla contra su pecho y sonrió, pero no dijo nada. La voz de Silvanie Phest era un consuelo para él, un recordatorio de días mejores, y escucharla siempre le daba placer. Ella era una anomid, una de un puñado que ella había llevado de su mundo natal de Yablari a Jedha. Los anomid no tenían cuerdas vocales, comunicándose entre sí a través de una sofisticada y terriblemente sutil combinación de lenguaje corporal y gestual que, incluso si Chirrut no fuera ciego, nunca habría podido seguir. Por lo tanto, fuera de los confines de su colonia, Silvanie empleaba un vocalizador para comunicarse, y ya fuera por accidente o intención, la programación en el dispositivo había dado a su voz una melodía armoniosa, delicada y sutil. Incluso entre el estruendo de NiJedha, Chirrut encontró su voz calmante. Había habido un tiempo en que esa voz modulada se había elevado tan bellamente en sus devociones que cada Guardián en el Templo del Kyber se detenía a oírla cada vez que cantaba sus oraciones.

Entonces el Imperio llegó a Jedha. Los imperiales despojaron al Templo de sus artefactos, de su historia. Barrieron las puertas y colocaron soldados de asalto alrededor del perímetro, prohibiendo la entrada si no prohibiendo la devoción. Los discípulos de los Whills que habían adorado tan diligentemente durante tanto tiempo habían sido expulsados, y a los Guardianes que los habían cuidado con la misma vigilancia junto a ellos. Ahora, hasta donde Chirrut sabía, todo lo que quedaba de los que habían cuidado el Templo del Kyber en NiJedha —en la Ciudad Santa— era un puñado de Discípulos de los que Silvanie Phest era una y dos Guardianes de los Whills, sin nada que resguardar y que eran demasiado obstinados para abandonar su hogar.

O, si escuchabas a Baze Malbus contarlo, un guardián ciego y su largamente sufrido amigo.

Silvanie Phest ya no cantaba, y Chirrut Îmwe extrañaba eso.

Chirrut inclinó ligeramente la cabeza, tanto para escucharla mejor como para dejar que Silvanie supiera que estaba escuchando. Giró el suave cuenco de limosnas en sus manos, sintió el dinero deslizándose a lo largo de su fondo, oyó la música de diferentes monedas colisionando: créditos imperiales y viejos nudos de Jedha y quién sabía qué más. Raramente recogía mucho, pero esto no le molestaba. La recaudación de caridad era el subproducto, no la intención. Era la excusa, y lo colocaba debajo de la advertencia de los soldados de asalto. Se sentaba, la mayoría de los días, para escuchar, para aprender y para intentar —como lo había hecho durante tanto tiempo— sentir la Fuerza viva moviéndose a su alrededor.

—En el Templo del Kyber —dijo Silvanie—. A lo largo de las Viejas Sombras. Hay un hombre. No se irá. Está asustando a los devotos.

—La Fuerza es todo —dijo Chirrut—. La Fuerza lo acepta todo.

—Este hombre no viene a adorar, Guardián Chirrut Îmwe. —La voz de Silvanie cambió, una melodía de tono medio que llenaba sus palabras de preocupación y tristeza tácita—. Trae peligro. Tememos que traiga violencia. Tememos que traiga tropas de asalto. Todavía hay muchos que hacen el peregrinaje, y los que quedamos deseamos ayudarlos lo mejor que podamos. Tememos que este hombre traiga muerte.

—¿Quién es este hombre? —preguntó Chirrut.

—Dice que es un Jedi —dijo Silvanie.

Chirrut levantó la barbilla. Más allá de su hombro izquierdo, sintió que Baze Malbus se despertaba en donde el enorme hombre había estado dormitando en un precioso resquicio de cálida luz solar.

—No —dijo Baze.

La palabra era, en tantos aspectos, la encarnación perfecta de en lo que Baze Malbus se había convertido, tan contundentemente dura como el hombre mismo. *No* era la palabra que parecía definir a Baze Malbus estos días, más aún desde que comenzara la ocupación imperial. *No*, y en esa palabra Baze Malbus decía muchas cosas; no, no aceptaría esto, lo que esto tal vez fuera, desde la regla imperial a la existencia de un Jedi en la Ciudad Santa al sufrimiento que el Imperio había infligido a todos los que los rodeaban. *No*, en última instancia —y a profunda tristeza de Chirrut— a la fe en la Fuerza.

—Dice que la Fuerza está con él —dijo Silvanie. Chirrut oyó que su voz se movía ligeramente, casi viéndola girar la cabeza de él hacia Baze y hacia atrás mientras hablaba—. Por favor, Guardianes…

—Guardián —dijo Baze—. Uno. Él.

La risa de Chirrut se convirtió en una sonrisa cuando sintió a Baze mover un pulgar en su dirección.

Silvanie continuó:

—Podemos ofrecer tan poco a los que vienen, y este hombre amenazaría incluso eso. Y si los soldados de asalto oyen lo que él está diciendo, si vienen, será la excusa que buscan, y nos acusarán…

Chirrut se levantó de una vez, inclinando el contenido del cuenco de limosnas en una palma, luego dejando el recipiente en sí dentro de sus ropas con el otro. Extendió la mano, encontró la de seis dedos de Silvanie con un toque, girando la mano para vaciar el dinero que había recogido en el suyo.

—Para la comida y el agua —dijo. Buscó su bastón—. Iremos.

—Yo no lo haré —murmuró Baze.

Chirrut sonrió.

La vida en la Ciudad Santa nunca había sido fácil para ninguno de sus habitantes, pero no siempre había sido cruel. Siempre hubo quienes sufrieron privaciones y dificultades, siempre hubo quienes intentaron abusar de sus fuerzas sobre otros y explotar la debilidad. Siempre hubo enfermedad, y aquellos que tenían hambre, y aquellos que no.

Pero allí también había habido paz, generosidad, consuelo y calidez. Había familias ligadas por el amor, y seres honestos que hacían un trabajo honesto. Había habido respeto de sentientes el uno por el otro, todos obligados por el entendimiento de que vivían sus días en un lugar raro y precioso en la galaxia, un lugar que significaba tanto para muchos. Había habido asistentes dedicados de incontables religiones, todos dedicados a la veneración de la Fuerza a su manera. Desde la Hermandad de la Beatifica Fisonomía a los Firmistas a los Soldadores de la Gracia a los seguidores del Isóptero Central y más, y de los cuales los Discípulos de los Whills eran sólo uno, aunque tal vez uno de los más prominentes debido a su lugar en el Templo del Kyber.

Había habido, como lo había percibido Chirrut, un equilibrio.

El Imperio rompió eso. Tomó y reclamó el cambio de «orden». En verdad, Chirrut y Baze entendían que esto era una mentira; el Imperio no devolvía nada. El desequilibrio ondulaba de todas las maneras imaginables. Donde una vez hubo un flujo constante de peregrinos y turistas, ahora apenas había un goteo. Donde una vez las minas de cristal kyber habían hecho un modesto beneficio para los que las trabajaban, ahora el Imperio rompía hendiduras en la superficie de Jedha, codicioso por más y más. Esto, a su vez, trajo más contaminación y suciedad a la atmósfera. Los alimentos y el agua limpia, nunca abundantes, pero siempre adecuados, se hicieron escasos y, en algunos casos, tóxicos. La enfermedad y las lesiones se convirtieron en algo común. La medicina y los curanderos disminuyeron.

La gente se desesperaba y los soldados de asalto respondían a esa desesperación con violencia. La violencia era regresada en respuesta. Insurgencias dispersas cobraron vida, sin afiliaciones y sin guías, golpeando al Imperio con ira. El ruido constante de los transportes de carga en la parte superior se unía a la rutina y el zumbido de los vehículos blindados de transporte de personal, del ruido de las armaduras, del sonido de las armas preparadas, apuntadas, disparadas. Los hogares fueron destruidos, y los refugiados abandonados a su suerte hicieron todo lo posible para huir, y si no podían huir, simplemente para sobrevivir.

El sufrimiento estaba en todas partes; menor para algunos, mayor para otros, pero tocando de alguna manera, de alguna forma, a todos los que vivían en Jedha.

Hacía que Baze, que había alimentado una rabia por tanto tiempo, se enojara aún más.

Simplemente hacía triste a Chirrut, y más decidido a mantener su fe en la Fuerza y a encontrar una manera de aliviar el sufrimiento de quienes lo rodeaban.

Así que fue tras Silvanie Phest, y Baze Malbus lo siguió, como Chirrut sabía que haría.

La ecocaja de su cintura se cerró suavemente, de vez en cuando vibrando, advirtiéndole de posibles obstrucciones o peligros en su camino. Había llevado algún tipo de dispositivo durante tantos años que su constante retroalimentación estaba casi totalmente interiorizada, hasta el punto de que Chirrut a menudo era inconsciente de la información que le estaba alimentando, en contraposición con la información sensorial que estaba recogiendo. Podía oír el largo alcance de los pasos de Silvanie, el susurro de sus ropas, en medio del ruido que los rodeaba. Podía encontrar su esencia, discernirla incluso entre los olores mezclados que flotaban alrededor de ellos. Otro cambio que los imperiales habían traído… el saneamiento sufrido mientras el baño pasaba de una necesidad a un lujo. Pocas personas en la Ciudad Santa podían mantenerse limpias, y aquellos que lo hacían eran casi con toda seguridad imperiales. El sudor y la suciedad, el humo y la inmundicia lo impregnaban todo, y entre ellos había otro olor que Chirrut no percibía desde muy joven, y casi había olvidado.

La esencia del miedo.

Era penetrante. Se mezclaba con el olor de los alimentos fritos y las verduras casi podridas vendidas en los puestos de mercado. Se enroscaba en el humo de la interminable minería y se levantaba de los refugiados desesperados por una salida de la luna y de los soldados de asalto encerrados en sus armaduras que blandían su autoridad con la bravata de un cobarde. Venía de todas partes, de todo el mundo.

A pesar de sus mejores intenciones, incluso, a veces, era un olor que Chirrut sentía en sí mismo.

Pero nunca en Baze.

Silvanie los condujo a lo largo de la ruta memorizada hacía mucho tiempo desde el borde del sur de la ciudad, a través del Mercado Antiguo y el Nuevo Mercado, pasando por la Meseta Khubai y alrededor de la Cúpula de la Liberación y luego por el laberinto de calles estrechas llamadas la Espada. Más y más cerca a cada paso hacia el Templo del Kyber, donde Chirrut había pasado tantos días y semanas y meses y años, y ahora ya no. Podía oír a los soldados de asalto con más frecuencia a medida que se acercaban, oía el suave chasquido de sus comunicaciones, sentía el ruido subsónico de sus vehículos en patrulla, sus números creciendo conforme más se acercaran a ese centro de adoración.

Una vez, Chirrut había oído a un peregrino preguntarle a un discípulo cuán viejo era el templo verdaderamente.

—¿Qué edad tiene la Fuerza? —el discípulo, Kozem Pel, había respondido.

Chirrut Îmwe pensó que era una respuesta muy apropiada.

Era un día frío, pero casi siempre era un día frío en Jedha, y Chirrut sintió un escalofrío crecer mientras caminaban. Su sentido del lugar, de la dirección, del movimiento, le dijo que habían girado a lo largo de las Viejas Sombras, la larga pared externa del Templo del Kyber que estaba condenada para siempre a permanecer protegida de la luz del sol. Esto

también tenía sentido. Para que la luz exista, debe haber oscuridad. Para la Fuerza, debe haber equilibrio.

Ahora podía oír varias cosas a la vez. Un murmullo de voces, una mezcla de lenguas, y entre ellas el básico, la lengua común galáctica. Oyó el paso de Silvanie vacilar, luego se detuvo. Oyó la voz de Anger Trel, otro de los Discípulos que como Silvanie había permanecido. Oyó a Baze detrás de él, un gruñido de molestia.

—Eso —dijo Baze al oído de Chirrut—, no es un Jedi.

Chirrut se detuvo, movió su bastón de su mano derecha a su izquierda, lo pasó de nuevo, luego lo agarró firmemente por la parte superior, sintiendo el suave zumbido de la lámpara de contención. Envolvió sus dedos alrededor de la lisa madera del bastón.

—Por favor, buen señor. —Éste era Trel—. Aquí no, te imploro. Debes parar.

—No lo haré —dijo un hombre—. ¡No puedo! ¡El silencio nos condenará!

—Si los soldados de asalto te oyen, ellos…

—¡Déjalos venir! ¡Yo los protegeré a todos! ¡La Fuerza está conmigo!

Baze gruñó de nuevo, molesto.

Con su bastón en manos, Chirrut levantó su barbilla, inhalando por su nariz, dejando su cuerpo relajarse. Sintió la calle debajo de sus botas y el bastón apoyado en ella, y sintió el peso de sus ropas y el tacto del aire frío en su piel, en su rostro, en sus manos. Exhaló, dejándose seducir, sintiéndose conectado al mundo que lo rodeaba.

—Soy uno con la Fuerza —dijo, para sí mismo y para el universo al mismo tiempo.

Entonces se estiró con sus sentimientos.

Chirrut Îmwe no era un Jedi. No era, por definición, un *usuario* de la Fuerza. Pero lo que él podía hacer, lo que había hecho años y años esforzándose por lograr la iluminación, era —a veces— *sentir* la Fuerza a su alrededor. Realmente sentirla, aunque sólo fuera por un instante, aunque sólo débilmente, como sostener la palma de la mano para tomar la arena del desierto que soplaba en la ciudad al amanecer y al atardecer. Ser, aunque fuera fugazmente, uno con la Fuerza.

A veces era tan fácil como respirar. A veces era tan duro como vivir. Y a veces podía sentir la Fuerza, *sentirla* verdaderamente, moviéndose a su alrededor, conectándolo con el mundo y el mundo con él, la calidez de la luz y el frío de la oscuridad, y extendiéndose más y más, y casi podía *ver*…

Entonces se escaparía, esa arena entre sus dedos de nuevo, y se quedaría como había estado antes. Pero no por completo. Como si hubiera un recuerdo. Como si la ecocaja que llevaba estuviera de algún modo sintonizada, que hubiera abierto sus sentidos mucho más allá.

Esto era, en gran parte, por qué la falta de fe de Baze causaba tanto dolor a Chirrut, aunque Chirrut hacía todo lo posible para ocultar esto a su amigo. Porque Baze había perdido su fe en algo que estaba más allá de la habilidad de Chirrut incluso para comenzar a describir, pero que Chirrut sabía que era manifiestamente cierto.

Chirrut se estiró con sus sentimientos, y por un momento volvió a estar allí, la elegante interconexión, los lazos inefables entre todos y todo. Sus lugares en el espacio y

en el tiempo, sus vidas, su energía. El vibrante grupo de peregrinos y la presencia de Silvanie y Angber Trel y el reaseguro de Baze, y en medio de todo, otro más, no más fuerte o más débil que el resto, sino ocluido, como moviéndose a través de sombras o neblinas.

Exhaló, bajó la cabeza y su voz con ella.

—No —le dijo a Baze—. No es un Jedi.

—Eso es lo que dije. No necesito ser uno con la Fuerza para saber eso.

Chirrut oyó —o sintió, no podía estar seguro— al hombre volviéndose hacia ellos, alzando la voz.

—¡Guardián! ¡Resiste conmigo! ¡Haremos pagar a los imperiales!

—Se refiere a ti —dijo Baze.

—Podría referirse a ti —dijo Chirrut.

—No —dijo Baze—. Realmente no podría.

El hombre se estaba acercando. Chirrut trató de localizarlo con mayor precisión, para concentrarse en él, y por un instante de nuevo fue como si pudiera sentir a este extraño, y de nuevo hubo la sensación de que su forma estaba de alguna manera interrumpida. No tanto escondida sino mal definida.

—Ayúdame —dijo el hombre, y estaba lo suficientemente cerca ahora que podía bajar la voz, la urgencia en sus palabras—. Resiste conmigo, Guardián.

Baze empezó a moverse, pero Chirrut sacudió levemente la cabeza, y eso fue suficiente, y sintió que Baze se relajaba de nuevo. Chirrut extendió una mano y el hombre la tomó, y Chirrut pudo sentir el calor de su piel, la textura de escamas diminutas en su palma, entre sus dedos. No podía determinar su especie, pero eso era sólo una curiosidad ociosa. No le importaba a la Fuerza, y por lo tanto no le importaba a Chirrut.

—¿Cuál es tu nombre, hermano? —preguntó Chirrut.

Hubo una vacilación. Chirrut sintió que el agarre del hombre se apretaba ligeramente, sólo por un instante.

—Wernad —dijo el hombre.

Chirrut levantó la otra mano, dejó que su bastón descansara contra su cadera y abrió los dedos. Sintió que el agarre del hombre en su mano temblaba de nuevo, y luego sintió el calor del rostro del hombre mientras se movía hacia la palma abierta de Chirrut. Sentía el hocico del hombre, las escamas de nuevo, suaves y cálidas; un pliegue a lo largo de una mandíbula, dura, harapienta. Una cicatriz. Dio un respiro por la nariz, olió el olor del hombre, el polvo de la ciudad, todos los olores de Jedha a su alrededor, incluso el olor de las minas.

—Estás enojado —dijo Chirrut—. Te han hecho daño.

El hombre, Wernad, giró su rostro contra la palma de Chirrut, luego lo levantó libremente.

—Ellos… nos han lastimado a todos.

—Y les harás daño en respuesta.

—Debemos luchar contra ellos.

Chirrut sintió que Baze cambiaba ligeramente de postura.

—Dices que eres lo que no eres —dijo Chirrut—. Y harías daño haciendo eso.

La mano de Wernad se tensó de nuevo y luego se soltó. Chirrut se enderezó, volviendo una mano a su bastón.

—No puede haber paz con ellos —dijo Wernad, su voz cayendo a un silbido—. No puede haber tolerancia.

—Pones a los inocentes en peligro. Tu dolor te ciega a esto.

Wernad empezó a alejarse, alzando la voz para que los demás oyeran.

—Nos están matando, están…

—¿Cuánto tiempo estuviste en las minas? —preguntó Chirrut.

Eso lo detuvo. Baze, junto al hombro de Chirrut, gruñó de nuevo.

—Te trajeron a trabajar en las minas —dijo Chirrut—. Pero no solo.

Oyó que Wernad se volvía hacia él, el sonido de sus botas en el suelo.

—¿Fue tu familia? —preguntó Chirrut.

Hubo una larga pausa. Parecía muy tranquilo, de repente, aunque Chirrut comprendió que era una ilusión provocada por la quietud que los rodeaba. Todos, los peregrinos, Angber Trel, Silvanie Phest, incluso Baze, se centraron en Chirrut y Wernad.

Cuando Wernad contestó, estaba casi en un susurro.

—Mis compañeros —dijo—. Ellos son… son uno con la Fuerza, ahora.

—Entonces están en paz.

Wernad inhaló, un ruido desigual, y Chirrut comprendió, casi pudo sentir, si no imaginar, la intensidad de la pena del hombre.

—Tengo que… los imperiales, tienen que…

—Pagar —dijo Chirrut.

—Sí. —Fue un silbido.

—No con inocentes —dijo Chirrut.

—Si me siguen, si creen que soy un Jedi, si somos suficientes…

—No con inocentes —repitió Chirrut.

—¡Tengo que hacer algo!

Chirrut asintió con la cabeza, luego se dejó caer al suelo, sintió que su escalofrío subía por sus ropas y hacia su cuerpo. Puso su bastón en su regazo, hizo un gesto para que Wernad siguiera su ejemplo. Hubo otra vacilación, luego el sonido de movimiento. Primero Silvanie, luego Trel, y luego el puñado de peregrinos reunidos, todos ellos sentados en las Viejas Sombras. Chirrut giró la cabeza hacia donde estaba Baze, y después de otro resoplido —y con un sonido que Chirrut sólo podía describir como hosco— el gran hombre bajó también al suelo. Entonces Wernad fue el único de ellos todavía de pie.

—Siéntate —dijo Chirrut.

—Tengo que hacer algo —repitió Wernad.

—Estamos haciendo algo —dijo Chirrut—. Estamos manteniendo la fe.

*Percibo, en todas las cosas, esta verdad:*
*Que estamos unidos para siempre a la Fuerza,*
*y que la Fuerza nos unirá para siempre.*
*Lo que hacemos a uno por lo tanto se lo hacemos a todos.*
*Y así está sobre nosotros para concedernos.*
*Lo que desearíamos para nosotros.*

—Karyn I'Yin, Hermanas de Sarrav

De Poemas, Oraciones y Meditaciones sobre la Fuerza,

Editado por Kozem Pel, Discípulo de los Whills




Fue después de la puesta de sol cuando volvieron al cuarto que compartían en el Viejo Mercado, y Baze soltó el agarre del plato de su pecho y tomó la armadura como si la arrancara de él, lanzándola con un movimiento de su muñeca en una esquina mientras se dirigía al fregadero del mostrador. Desató el bandolero que usaba como cinturón y lo envió detrás de la armadura, removió el palo de choque de su manga izquierda y hacia su palma, dejándolo en la superficie a fácil alcance, apoyó la carabina E-5 que llevaba contra la pared. Luego corrió el grifo, esperando impacientemente los treinta segundos necesarios antes de que el agua se volviera de rojo óxido a carbón y luego, finalmente, a algo aproximadamente claro. Se lavó la cara, limpió el polvo de su nariz. Se secó la cara, luego las manos, en la túnica.

Chirrut había tomado su lugar acostumbrado en el suelo cerca de sus sillones, con las piernas cruzadas, las manos apoyadas sobre las rodillas. Tenía los ojos cerrados. Tenía la misma sonrisa pequeña y autosatisfecha que había usado desde que salió de la reunión en el Templo del Kyber.

—No estés tan satisfecho contigo mismo —dijo Baze.

Chirrut no respondió.

Baze lo fulminó con la mirada, luego se volvió y empezó a abrir los pocos gabinetes sobre el mostrador, buscando algo que pudieran tener para cenar. En un día ordinario —en la medida en que hubiese días ordinarios— habrían recogido algo justo cuando el Mercado Antiguo se estaba cerrando, ya fuera una donación de uno de los vendedores o, con la misma frecuencia, comprando las sobras. Pero mientras estaban ocupados en las Viejas Sombras, uno de los dispersos grupos de insurgentes había detonado un explosivo cerca de Gesh, y a pesar de no haber sufrido ningún daño, los soldados de asalto que estaban fuera de servicio lo habían tomado personalmente. En respuesta, las incursiones habían sido lanzadas en el Viejo y Nuevo Mercado, y la violencia que siguió había dejado los puestos naufragados y a la gente dispersa. Po lo que Baze había oído en su camino de regreso, tal vez hasta una media docena de personas habían sido asesinadas o heridas.

No ayudó a su estado de ánimo.

—Té en el cajón izquierdo del medio —dijo Chirrut.

Baze le lanzó otra mirada, pero Chirrut no se había movido y su expresión no había cambiado. Baze golpeó el amarre en el cajón indicado más duro de lo que necesitaba, y el cajón se abrió como si le temiera. Esto le dio un pequeño momento de satisfacción, que lo dejó tan rápidamente cuando se dio cuenta de que el té en cuestión era Tarine. De todos modos, encendió la caldera.

—Nada para comer —dijo Baze.

—Hay más desafortunados que nosotros.

—Eso no me hace sentir mejor.

—Quizá debería.

Baze empezó una réplica, luego se detuvo. Chirrut tenía, por supuesto, razón, como tan a menudo tenía sobre tantas cosas. Pero eso no hacía que Baze se sintiera menos enfadado en el momento, o menos frustrado, así que se puso a buscar sus tazas de té y golpeó cada una de ellas en el mostrador lo suficientemente fuerte como para molestar a Chirrut pero no tan duro como para romperlas tampoco. Miró el hervidor, como si al hacerlo pudiera obligar al agua a que llegara a hervir más rápido, y cuando finalmente llenó cada taza, puso una en la mano de Chirrut, luego se dejó caer al lado de Chirrut y bebió su propia taza. A algunas personas les encantaba el té Tarine. Baze Malbus no era una de ellas, y pensaba que sabía mal. Su único beneficio, por lo que pudo determinar, fue que estaba caliente y le quitaba el sabor del polvo y el cansancio de su boca.

—Deberías dormir —dijo Chirrut—. Tenemos un par de horas antes de que tengamos que irnos.

—No estoy cansado.

Chirrut, que todavía no se había movido realmente de su postura meditativa, llevó su taza a su boca y bebió un sorbo. Sus ojos seguían cerrados.

—Él no estaba equivocado —dijo Baze.

—Hablas de Wernad, el de las Viejas Sombras.

—Sí. No estaba equivocado.

—Tal vez era el hombre equivocado para hacerlo.

—¿Ese es tu lugar? ¿Decir quién luchará y quién no?

—No más que el tuyo de velar por mí.

Baze terminó su té, hizo una cara en su taza vacía, poniéndola a un lado.

—Han destruido nuestro hogar —dijo Baze—. Han destruido el hogar de tantos otros. Entiendo su rabia.

—Lo sé —dijo Chirrut, y Baze pensó que eso era el fin, pero luego Chirrut añadió—: Yo también.

Los soldados de asalto estaban guarnicionados principalmente a bordo del Destructor Estelar actualmente en órbita alta por encima de Jedha. La inmensa nave había declarado la llegada del Imperio, permaneciendo por encima desde entonces. Por la noche, cuando la Ciudad Santa se oscurecía, Baze podía mirar hacia arriba y encontrarla en el cielo, distante, resplandeciente y constante… un satélite inmóvil, como un ojo omnisciente y distante vigilando.

Los soldados de asalto desplegados fueron trasladados a la superficie, ya fuera en los transportes de tropas o en las naves de carga que regresaban después de haber entregado sus cargas útiles. La ciudad misma no tenía más que un único puerto espacial, pero la

instalación estaba superpoblada y era anticuada, construida hacía mucho tiempo para sostener el tránsito de peregrinos y turistas hacia el planeta. La misma geografía de la Ciudad Santa hacía imposible la expansión o mejoras adicionales al puerto… la ciudad, construida sobre una meseta que se elevaba del desierto, simplemente no tenía espacio para expandirse.

El Imperio, por supuesto, había asumido el control del puerto espacial a su llegada. Al encontrarlo inadecuado para sus necesidades, los imperiales rápidamente se dispusieron a limpiar otros cuatro lugares separados dentro de la ciudad para utilizarlos como zonas de desembarque y áreas de espera para sus operaciones. Para hacer esto simplemente nivelaron los edificios que se interponían en su camino, sin tener en cuenta a aquellos residentes o empresas que desplazaron.

De estas zonas de aterrizaje, la más grande había sido designada ZA-Aurek, y veía la mayor parte del tráfico militar Imperial subir y bajar desde el Destructor Estelar aparcado en órbita. Los otros tres sitios eran más pequeños, mucho más improvisados y utilizados exclusivamente para reabastecer a los soldados de asalto en el suelo, y para cargar y descargar las naves de carga para sus robos de kyber.

La máquina imperial nunca dejaba de funcionar, y eso significaba que las minas nunca se habían cerrado. Incluso ahora, bien pasada la medianoche, Baze observaba cómo los proyectores de una de las zonas de aterrizaje más pequeñas —ZA-Cresh— pintaban el casco de otro transporte de carga de *clase Zeta* que entraba a tierra. El ruido subsónico de sus repulsores dando vueltas cuando salía de sus empujadores principales hacía que el polvo saltara de donde recubría los edificios cercanos, capturados como estrellas diminutas y brevemente vividas en el resplandor reflejado de las luces.

—Esa es —dijo Chirrut.

Baze se dirigió a uno de los bolsillos de su cinturón improvisado, sacó su conjunto de macrobinoculares.

—Esa es.

—Y si no lo es, terminaremos sorprendiendo a un pelotón de soldados de asalto.

Baze alzó los binoculares y ajustó su enfoque, concentrándose. Desde su ángulo —bien, más precisamente desde su ángulo, ya que Chirrut no se preocupaba por cosas como la línea de visión— en uno de los edificios cercanos, Baze pudo ver más allá de las barricadas y en la zona de aterrizaje. Un tanque de asalto de combate había llegado sólo un par de momentos antes, soldados de asalto tomando posición para proteger su carga de cristales kyber. Baze contó otra docena de soldados que patrullaban el perimetro, y un Imperial vestido con un uniforme de oliva el cual supuso sería el jefe de suministro dirigiendo las operaciones.

La Zeta completó su ciclo de aterrizaje, hundiéndose en su tren de aterrizaje como si la nave fuera capaz de expresar fatiga. Baze dirigió su mirada hacia la parte trasera del transporte, observando la explosión de aire comprimido y vapor que se elevaba desde las rejillas traseras mientras la presión se igualaba entre el interior y el exterior de la nave. La

puerta trasera se abrió, cayendo al suelo con un ruido que pudo oír incluso desde la distancia, y que estaba seguro de que Chirrut no sólo oyó sino que también sintió.

—¿Y bien? —preguntó Chirrut.

—Para un hombre que predica la paciencia, podrías estar parado para aprender algo más —dijo Baze.

—Ya te lo dije, esa es la nave. Tú eres el que no me cree.

—Chirrut —dijo Baze.

—¿Baze?

—Deja de hablar ahora.

—Esa —dijo Chirrut— es la nave.

Había movimiento, ahora, alrededor de la Zeta. Soldados de asalto y personal uniformado se movía alrededor, usando ganchos de agarre para descargar las cajas blasonadas con el símbolo imperial en sus lados. Baze vio a un miembro uniformado de la tripulación, presumiblemente el piloto, hablando con el oficial de cubierta. Uno de los imponentes droides de seguridad imperial salió de la parte trasera de la nave, y los tres parecieron tener una breve conversación. Más del personal uniformado estaba en el tanque, ahora, descargando los cilindros cargados de kyber.

Baze no vio seguridad adicional, ni tropas de asalto adicionales.

—Esa es la nave —le dijo a Chirrut.

—Lo sé.

Baze guardó sus macrobinoculares y se apoderó de la E-5.

—Estás particularmente molesto esta noche.

—Y todavía queda tanta noche.

Baze gruñó.

—¿Puedes bajar de aquí solo o debo tirarte?

Chirrut se levantó, pasando su bastón de una mano a la otra.

—Creo que puedo hacerlo —dijo.

La razón por la que los imperiales mantenían sus tropas a bordo del Destructor Estelar era por seguridad, nada más. Una guarnición en el suelo le daba a cualquier insurgencia un posible blanco; una guarnición flotando en órbita era intocable, una señal de que la oposición al Imperio era inútil y condenada al fracaso final.

Pero esto creaba su propio conjunto de problemas. Las tropas desplegadas necesitaban ser suministradas. Necesitaban agua, y el agua era escasa en Jedha. Necesitaban comida, y la comida local podía estar envenenada, podía estar contaminada, o simplemente podía ser incomible. Necesitaban suministros médicos para atender a sus heridos, ya que esas heridas eran cortesía de la incipiente y dispersa —y, muchos dirían, altamente ineficaz— insurgencia o cualquiera de una miríada de otros peligros.

Necesitaban municiones, porque un soldado de asalto cuyo bláster se agotaba era tan útil como otro kilogramo de arena en el desierto de Jedha.

Esto significaba que el Imperio necesitaba cachés de suministros en toda la Ciudad Santa, lugares seguros que podrían servir como depósitos para reequipar y rearmar a los soldados en patrulla. Así, el Imperio había intercambiado un blanco obvio —una guarnición— por varios más pequeños, con la lógica de que la pérdida de un caché ocasional era insignificante ante la existencia continuada de la presencia imperial más grande.

La Zeta que Baze observó aterrizar estaba en un reaprovisionamiento de estos cachés, o lo que Denic, el contacto de Baze, le había asegurado. La información no había sido entregada por la bondad del corazón de Denic. Ella había dejado muy claro que si alguna de las cargas de reabastecimiento, por ejemplo, caía de la parte trasera de un speeder, ella esperaba una parte. Específicamente, quería armas y municiones que pudieran ser recuperadas.

Esto estuvo bien para Baze. Armas y municiones no eran lo que él y Chirrut buscaban.

Esperó a que Chirrut saliera del tejado y bajara por la calle antes de moverse. Baze era un hombre grande, un hombre fuerte, pero sabía moverse con rapidez cuando era necesario y con propósito a cada momento. Mientras los movimientos de Chirrut fluían, los de Baze tenían dirección. Saltó de azotea en azotea, despejando una cuadra y luego la otra, deteniéndose por un instante para comprobar el progreso del reabastecimiento. Los imperiales habían cargado las cajas de cargamento en la parte trasera de un speeder terrestre blindado, y un contingente de cinco soldados de asalto responsables de su seguridad. Uno tenía el yugo del conductor, con otro en el equipo montando de blaster; los otros tres iban fuera de borda, con las armas listas, vigilando.

Baze alcanzó el borde de otro tejado y saltó sin interrumpir el paso, esta vez no al techo del edificio adyacente sino a la calle. Aterrizó pesada y duramente, sintiendo que el suelo le apuñalaba, enviando dolor a través de sus piernas hasta sus rodillas. Había habido un tiempo en que tal salto no le habría dado ni siquiera el menor malestar. Había habido un tiempo en que él mismo se había llamado Guardián de los Whills, y otros también. Había habido un tiempo en que su fe en la Fuerza había sido tan inquebrantable y constante como la de Chirrut.

Entonces había sido un hombre más joven.

Se incorporó a toda su altura y comprobó el E-5 en sus manos. Él mismo había modificado el arma, tratando de sacar más poder de ella, y sus esfuerzos habían sido bastante exitosos de tal manera que incluso un tiro de la carabina enviaría un soldado de asalto al suelo, y un golpe directo podría perforar un agujero a través de la armadura y al soldado dentro de él. El intercambio había venido en dos partes. La primera era su capacidad de munición. El arma comía cargas y las comía rápidamente.

La segunda era que ya no había modo de aturdimiento.

Hubo un tiempo en que esto le habría molestado. También había sido un hombre más joven. Estos eran imperiales, éstas eran las personas que había destruido su ciudad, su hogar. Estos eran los imperiales, que habían tomado aquello que era bello y lo habían profano, y no importaba si Baze Malbus aún *creía* o no; le importaba que otros lo hicieran, y veía el dolor que los imperiales causaban cada día. Lo veía en amigos y extraños. Lo veía en niños hambrientos en las calles, y se escondía bajo la sonrisa de Chirrut Îmwe.

Lo hizo enojar, pero todavía había bastante Guardián de los Whills en él que no quería matar con ira. Su equilibrio se había perdido hacía mucho tiempo, y si la Fuerza todavía estaba verdaderamente con él, Baze sabía que él ya no estaba con la Fuerza. Pero no mataría con cólera, no si pudiera ayudarla.

Los imperiales hacían muy difícil comprometerse con eso, a veces.

Se recostó en las sombras, bajo el callejón cubierto entre dos edificios. Podía oír cómo el speeder se acercaba lentamente, pero eso era sólo parte de lo que estaba escuchando. Entonces lo oyó: el golpe regular del bastón de Chirrut contra la carretera, el *taptaptap* de la piedra que golpeaba la madera.



El speeder se dirigió a la calle a la derecha de Baze, balanceándose ligeramente bajo su carga. Se apretó más en las sombras, deteniéndose en silencio mientras el vehículo pasaba. El gimoteo de sus motores ahogó el sonido de la aproximación de Chirrut, pero Baze apenas tuvo tiempo de preocuparse antes de oír el tono del cambio de velocidad, los repulsores tranquilizándose ociosamente. Se deslizó del callejón, mirando por la calle, y ahora estaba detrás del vehículo, y podía ver a todos los soldados de asalto a bordo mirando al frente, incluso el que estaba en la parte trasera, cuyo trabajo era vigilar sus espaldas.

Chirrut estaba frente al speeder, en medio del camino. Baze pudo oír a los soldados de asalto.

—¿Cuál es la demora?

—El tipo es ciego.

—Muévete. Muévete o te derribaremos, ciudadano.

—Mis disculpas, mis disculpas —dijo Chirrut. Se inclinó fuera de la vista, aparentemente buscando el suelo delante de él—. Mi bastón, parece que lo dejé caer. Me sorprendieron, están en la calle tan tarde.

Baze colocó el E-5 en su hombro, exhalando la mitad de su aire a través de su nariz. El soldado de asalto en el arma montada accionó el cargador, el clack y el gimoteo del arma que se preparaba se escuchó incluso desde donde Baze estaba parado.

—Trucos de insurgentes —dijo el artillero. Giró el arma hacia abajo a Chirrut.

Baze disparó cuatro veces. Cuatro soldados de asalto cayeron. Miró al último, pero Chirrut ya se había movido, había hecho algo con el bastón recuperado, y el último soldado se estaba cayendo del lado del speeder.

Baze cerró la distancia en una carrera, saltando en el speeder para encontrar a Chirrut sentado en el yugo de control.

—¿Conduzco? —preguntó Chirrut.

Denic permaneció entre Baze y Chirrut, observando atentamente mientras su tripulación descargaba el speeder, sin hablar. Chirrut permaneció pacientemente, las manos en su bastón. Baze dividió su atención entre el cargamento que salía del speeder y el E-5, que se había calentado donde descansaba contra su pierna durante el viaje al garaje de Denic. Se la había entregado a Chirrut, que había desconectado rápidamente el módulo de carga sin explicación. Ahora la razón era evidente; todo el sistema de condensadores se había derretido. En lugar de blaster, Baze ahora poseía un club muy ineficaz.

Lo echó a un lado con un gruñido.

Denic le dio la vuelta, casi gruñendo.

—Tranquilo.

Baze se encogió de hombros. El hecho de que los imperiales estuviesen en busca de la carga robada era un hecho, pero él y Chirrut habían sido tan rápidos y eficientes y silenciosos —relativamente, dado los cuatro disparos— como era posible, y no hubo apuro para esconderse, ni miedo de ser perseguidos mientras se dirigían al garaje. Mañana sería diferente. A la luz del día, los imperiales bajaban con su puño de hierro. Mañana sería un día duro para gran parte de la Ciudad Santa.

Esperaba que valiera la pena.

Tomó menos de cuatro minutos para determinar que lo hizo.

*Tú dices:*
*No puedo nombrar al innombrable,*
*ni alabar a lo desconocido,*
*ni jurar que no lo comprendo,*
*cuando todo termina en la muerte.*
*Y yo dije:*
*Entonces no estás vivo.*

—Aurek, alumno del Isóptero Central

De Poemas, Oraciones y Meditaciones sobre la Fuerza,

Editado por Kozem Pel, Discípulo de los Whills




—Es Tarine —dijo Killi Gimm—. Me temo que es todo lo que tenemos.

—Té Tarine estará muy bien, gracias —dijo Chirrut.

Hubo una pausa que se hizo casi incómoda antes de que Baze dijera:

—Sí. Estaría bien.

Chirrut sonrió.

—Por favor, siéntese —dijo Killi. Su voz era suave, cruda y ronca—. No será un momento.

Chirrut encontró su camino hacia un taburete, apoyó su bastón contra la mesa alta cerca de su muslo, sentándose. Puso las manos sobre la mesa y extendió los dedos, dejando que sus palmas presionaran ligeramente contra el frío metal. Podía sentir la sutil vibración del movimiento alrededor de él a través de su superficie, los escalofríos más fuertes mientras Baze pasaba junto a él, acomodando su peso en un asiento cercano. Otros indicios de movimiento, de sonido, de vida, se extendieron desde donde Chirrut se sentaba… Killi, moviéndose por la cocina grande y vacía, y más allá en la sala común, donde su hermana atendía a los niños del orfanato, e incluso a los niños mismos, el sonido de sus voces, su juego. Uno de ellos rió.

Su sonrisa creció. Había pasado un tiempo desde que había oído la risa de un niño.

Killi tosió. Provino repentinamente, dura y seca y de lo alto en su pecho, y el primero abrió la puerta para más, y oyó el sonido de una vajilla que chasqueaba en un mostrador, y comenzó a levantarse, pero Baze estaba ya de pie y moviéndose hacia ella. Chirrut se sentó de nuevo. Su sonrisa había desaparecido.

—Todavía tienes dificultad para respirar —oyó decir a Baze.

Killi respiró hondo, lo sostuvo una fracción más de lo necesario, y Chirrut supo que estaba luchando contra otra tos. Cuando exhaló, pudo oírla respirar con dificultad.

—No me gusta usar la máscara en el interior —dijo Killi—. Esto recuerda a los niños a los soldados de asalto y los asusta. Creo que todos estamos de acuerdo en que se han asustado más que suficiente.

—Ha empeorado —dijo Chirrut.

—¿El miedo? ¿O mi respiración?

—Chirrut se refiere a ambos —dijo Baze—. Siéntate. Haré el té.

—Es malo algunos días. —Killi Gimm se sentó en el taburete que Baze había desocupado—. Mejor en otros.

—¿Y hoy qué es? —preguntó Chirrut.

—No me hagas reír, Chirrut Îmwe —dijo—. Me volverás a hacer toser de nuevo.

Chirrut alargó la mano para encontrar su mano, y ella entrelazó sus dedos con los suyos.

—La Fuerza está conmigo, y estoy con la Fuerza —le dijo.

—Y no temo nada, porque todo es como la Fuerza lo quiere —concluyó. Sintió su mano en su manga, el apretón afectuoso de su brazo, antes de que ella deslizara libremente su mano—. Aunque últimamente, la voluntad de la Fuerza ha sido más difícil de discernir.

—Entender la voluntad de la Fuerza siempre fue mucho más tu lugar que el nuestro, creo. —Chirrut giró sobre el taburete, orientándose más hacia ella—. Los discípulos siempre parecían los mejores oyentes.

—Y los Guardianes los mejores observadores, y así teníamos un equilibrio adecuado.

Pudo oír su sonrisa en las palabras, y por un momento, Chirrut pensó que podía discernir la Fuerza moviéndose alrededor de ellos, alrededor de ella. Sin embargo, de alguna manera parecía más tenue rodeando a Killi Gimm. Sabía que Baze miraba de ella hacia él y de vuelta, podía sentir el peso de su preocupación, la suave presión de su dolor.

—¡Así que están preocupados! —dijo Killi—. Es todo el polvo, nada más.

—Bebe —dijo Baze, y Chirrut olió el té, el toque del vapor cuando una taza fue colocada delante de él, la otra en sus manos—. Despacio.

Chirrut esperó hasta que escuchó a Killi tomar una copa y luego dijo:

—Había medicina con la comida y el agua que tomamos de los imperiales. Baze dijo varias dosis de Respitic. Podría ayudar.

—*Ayudará* —dijo Killi—. Kaya ya se la está dando a los niños.

—Guarda algo para ti —dijo Baze.

—Los niños son más importantes.

—Hay suficiente —dijo Baze.

—No —dijo Killi—. Hay bastante en este momento, Baze Malbus. ¿Pero en una semana? Y cada semana hay más niños, y tosen a través de la noche, algunos de ellos. Cada semana hay menos comida para alimentarlos, menos agua para beber. Así que en este momento, no tomaré, porque pronto la necesidad de otro será mayor.

—Suena como tú —le dijo Baze a Chirrut.

—No, él suena como yo —dijo Killi Gimm—. ¿Dónde crees que Chirrut lo aprendió?

Antes de que llegara el Imperio, no había ningún verdadero orfanato en la Ciudad Santa. Antes de que llegara el Imperio, no había verdadera necesidad de uno. Los niños dejados huérfanos por accidentes y tragedias habían sido atendidos casi universalmente por otras familias de la comunidad o, en algunos casos, por miembros de una secta u otra, llevados a vivir en la Cúpula de la Liberación o en el Templo del Kyber o Esperando la Noche o cualquiera de los otros lugares de culto. Entre la comunidad de la fe y la comunidad de la Ciudad Santa misma, siempre había habido alguien dispuesto y capaz de ayudar.

Ahora los templos estaban cerrados y las comunidades de la fe dispersas, y donde había habido hogares y familias había refugiados y huérfanos. Cada día había más de cada uno. Refugiados desplazados por la ocupación imperial. Niños huérfanos por el trabajo esclavo de las minas kyber, sus padres aplastados o enterrados o trabajando a muerte bajo la bota imperial. Niños huérfanos por los disparos de los soldados de asalto o las bombas de los insurgentes. Niños huérfanos de padres que habían logrado robar a bordo de un carguero o de un transporte, desesperados por huir de Jedha, partiendo con la intención de regresar a sus familias una vez que llegaran a la salvación, a la seguridad, a la libertad.

Chirrut todavía no había oído hablar de nadie que hubiera regresado.

Killi Gimm había sido uno de los mayores de los Discípulos de los Whills cuando llegó el Imperio. Su hermana, Kaya, diez años más joven, había dirigido una pequeña bahía de reparación de droides fuera de su casa cerca de los Midwalls, depositando mayormente sus servicios de restauración a los peregrinos y turistas por igual. Chirrut sospechaba que había sido Killi quien había llegado a la idea de convertir la casa de su hermana en un orfanato. También sospechaba que Kaya había necesitado muy poco convencimiento. Estaba seguro de que ninguna de las dos había comprendido la magnitud de lo que estaban emprendiendo cuando comenzaron.

Había casi una docena de niños bajo su cuidado, ahora, el más joven sólo de seis, el mayor aún no de once. Muchos habían sufrido lesiones o enfermedades. Todos ellos necesitaban ser alimentados, vestidos, mantenidos a salvo, mantenidos calientes. Todos necesitaban atención, necesitaban amor. La mayoría de ellos eran humanos, pero de ninguna manera todos, y esto a su vez había significado que Killi y Kaya tuvieran que familiarizarse con las necesidades dietéticas de los rodianos, o los hábitos de dormir de los twi'leks, o los requisitos atmosféricos de los morseerianos.

Las cosas que podían proporcionar, Killi y Kaya lo hacían en abundancia. Su atención, su afecto, su cuidado. Era en las cosas más materiales que sufrían, como todo Jedha estaba sufriendo… no había suficiente agua, y nunca había suficiente comida. No tenían mantas, ni créditos, ni poder, ni medicina.

Había sido Baze quien había dicho en voz alta lo que Chirrut había empezado a considerar.

—Los imperiales —le había dicho una noche mientras él y Chirrut estaba sentados cenando fideos excepcionalmente suaves—, tienen todo lo que el orfanato necesita y más.

Chirrut sólo había sonreído.

La noche anterior había sido el cuarto reabastecimiento que habían interceptado durante los últimos meses, y la necesidad de tal comportamiento pesaba sobre Chirrut. No con arrepentimiento o culpa, sino con la misma tristeza con que se encontraba a menudo. Lo que habían hecho, lo habían hecho por la mejor de las razones. Lo que habían hecho, lo habían hecho con eficiencia, y en eso, misericordia. Ese soldado de asalto no era el primer sensitivo que Chirrut había separado de su vida, y sabía sin

preguntar que no sería el último. Estaba en paz con la necesidad de sus acciones, pero eso no significaba que se complaciera con ellas.

Era un gran consuelo para él que Baze, a pesar de todos sus desacuerdos, sintiera lo mismo.

La sala común del orfanato servía de triple servicio: como área de juego, enfermería y aula, y era en el último de ellos que se encontraban actualmente empleados. Killi los llevó a esperar justo afuera de la puerta mientras Kaya terminaba la lección del día. La hermana de Killi enseñaba con la ayuda de un viejo droide tutor modelo CZ, y Chirrut pudo oír sus servos lloriquear mientras se movía por la habitación. También pudo oír a los niños, y eso le preocupaba. No había inquietud, ni murmullos, ni susurros. Respondían con voces suaves cuando se les llamaba, y algunos no respondían hasta que se animaron varias veces. Un par, ni siquiera entonces.

Chirrut también pudo oír los sonidos de la respiración laboriosa, el silbido agudo de aire que se filtraba y liberaba de los pulmones atormentados.

Esperaron a que Kaya terminara y el droide CZ tomó el relevo, llevando a los niños al patio cubierto de copas en el corazón del edificio para un recreo. Era, Chirrut sabía, un espacio demasiado pequeño para tantos niños, pero dejarlos salir a la calle sería demasiado peligroso. Inclinó la cabeza, levantó ligeramente la barbilla, esforzándose por escuchar algo que parecía una risa o alegría desde fuera. Tuvo que esperarla, pero cuando finalmente llegó le dio un placer tan sencillo y puro que también quiso reír.

En medio de todo, los niños todavía podían jugar. Rodeados por el sufrimiento, en la sombra —literalmente— del Imperio, respiraban aire que lastimaba sus pulmones, pero aún así podían jugar.

—¿No tuvieron ningún problema? —preguntó Kaya una vez que le aseguraron que los cuatro estaban solos—. ¿Con los imperiales?

Baze gruñó.

—Estoy seguro de que Killi ya te dio las gracias —dijo Kaya—. Pero también voy a agradecerles a los dos.

—¿Cuánto durarán las provisiones? —preguntó Chirrut.

—Si somos cuidadosos, dos, quizá dos semanas y media.

—Obtendremos más antes de eso —dijo Baze.

—Estoy preocupada por cómo los imperiales responderán si lo haces.

—Responderán de la forma en que siempre responden. Buscarán a alguien para castigar.

—¿No les preocupa eso?

Chirrut sacudió la cabeza.

—Lo ven como un robo, no como una caridad, Kaya. Así que ven a los ladrones como los culpables.

—Y con la llegada del Imperio, hay muchos ladrones —agregó Baze—. Ellos crean el problema, ellos pueden resolverlo.

—Eventualmente se darán cuenta de lo que realmente está pasando.

Chirrut pensó que Kaya sonaba resignada, luego reconsiderada. Lo que tomó por resignación, se dio cuenta, era en realidad arrepentimiento.

—¿Quieres que nos detengamos? —preguntó.

Hubo un silencio, quebrantado sólo por el sonido de los niños afuera. Chirrut comprendió que Kaya y Killi estaban pasando algún tipo de comunicación tácita… miradas, tal vez.

—No es que deseemos que se detengan —dijo Killi—. Es que nos preocupa donde terminará esto.

—Continuaremos por todo el tiempo que podamos —dijo Baze.

—¿Y después de eso? —Esta fue Kaya—. ¿Debería ocurrir lo peor? ¿Deberías tú o Chirrut ser capturados o asesinados?

—¿Qué prefieres que hagamos? —preguntó Baze.

Otra pausa. Entonces la voz de Killi:

—Ese es el problema. Mientras el Imperio permanezca aquí, estamos atrapados en este ciclo.

—Entonces debemos encontrar una manera de romper el ciclo —dijo Chirrut.

—Sí —dijo Killi—. Antes de que el ciclo nos quiebre.

*En la oscuridad, sigo*
*la luz y encuentro mi camino*
*al comienzo*
*de nuevo,*
*y otra vez,*
*y otra vez.*

—Sajar Olmo, Clan de los Toribota

De Poemas, Oraciones y Meditaciones sobre la Fuerza,

Editado por Kozem Pel, Discípulo de los Whills




—Necesito un nuevo bláster —dijo Baze.

—Usa el viejo —dijo Chirrut.

—No.

—Aún tienes el viejo.

—Sí.

—Entonces usa el viejo.

—No.

Baze y Chirrut se separaron sin perder el paso como un grupo de erizos, cada uno de ellos tan sucio y lleno de mugre que dejaban a su paso estelas de polvo que se movían junto a ellos. Baze mantuvo una mano en la bolsa escondida debajo de su túnica donde guardaba sus créditos, y un ojo en Chirrut al mismo tiempo, sabiendo muy bien que era innecesario y sin embargo haciéndolo de todos modos. El hecho era que, de los dos, era más probable que a Baze se le perdiera el bolso y ni siquiera se diera cuenta.

—El viejo funciona perfectamente bien —dijo Chirrut cuando se habían vuelto a juntar, uno al lado del otro.

—El viejo es el arma de un Guardián. Y ya no soy un Guardián.

—Entonces estás haciendo una elección.

—Sí —dijo Baze—. Mi elección es encontrar un nuevo bláster.

—No, tu elección es ser testarudo.

—Mi elección es usar un blaster confiable en lugar de un arco ligero.

—Tu bláster confiable ha demostrado ser poco fiable.

—Por eso necesito un rifle nuevo.

—Usa el viejo.

Baze se detuvo en medio de la calle y Chirrut, también, se detuvo casi al instante, como si hubiera estado esperando esto.

—Como tantas conversaciones contigo —dijo Baze—, ahora estamos de vuelta donde empezamos.

—Lo has notado, ¿verdad?

—Tienes mucha suerte de que sea tu amigo, ¿sabes?

—Lo sé —dijo Chirrut—. Aunque me pregunto por qué estás diciendo esto ahora mismo.

—Lo estoy diciendo ahora mismo porque me pregunto por qué alguien se molestaría en aguantarte.

—Ah —dijo Chirrut—. A menudo me pregunto lo mismo de ti.

Baze rugió de risa, lo suficientemente fuerte como para que la concurrida calle se fijara en ellos, incluyendo dos idolatrados y vestidos con túnicas del Isóptero Central, que se acercaron curiosamente. Baze sonrió abiertamente, mostrando sus dientes, y se detuvieron, luego dieron un paso atrás y se volvieron para fundirse entre la multitud. Baze aprovechó la oportunidad para revisarlos antes de comenzar de nuevo. Chirrut siguió de inmediato el paso, su bastón extendiéndose en ángulo hacia el suelo frente a ellos, balanceándose ligeramente de un lado a otro.

—¿Quieres ir de compras? —preguntó Chirrut—. ¿Eso es lo que estás diciendo? Aunque dudo que podamos permitirnos cualquier cosa que se adapte a tus propósitos.

—No. —La idea era vagamente absurda para Baze—. No es así como encuentras el arma correcta, sabes mejor que eso.

—Como hemos establecido, al parecer no lo hago.

—Estamos siendo seguidos.

Esto pareció divertir a Chirrut.

—¿De verdad?

—Desde que salimos del orfanato. No estaba seguro hasta ahora. Dos de ellos.

—¿Imperiales?

—No lo creo. Uno es un twi’lek.

—¿Uno?

—Hay dos, creo. El otro es un sabat.

—Eso no suena imperial.

—Quiero saber por qué nos siguen.

—Deberías preguntarles.

—Voy a hacerlo.

—¿Ahora?

—Pronto —dijo Baze.

Doblaron una esquina del Mercado Antiguo y continuaron otro par de cuadras, dirigiéndose casi en dirección al Muro del Este, ninguno de ellos hablando. Siguieron siendo perseguídos, y Baze concluyó un par de cosas de esto, y no menos que el twi’lek y el sabat sabían lo que estaban haciendo. Se dieron espacio, así como dejar un lugar entre ellos y Baze y Chirrut. Esto significaba que tenían que estar en comunicación entre sí, ya sea a través de comunicador o señales manuales o similares. Eso significaba algún grado de entrenamiento, algún grado de experiencia. Si eran criminales, eran de una clase mejor de los que Jedha normalmente tenía que ofrecer.

Por qué los delincuentes lo atacarían a él y a Chirrut era su propia pregunta. Lo mejor que un ladrón obtendría sería decepción. Lo peor eran huesos rotos, si no de los puños de Baze, entonces de la espantosa precisión y velocidad con la que Chirrut podía usar su bastón.

Así que no eran criminales, y bien entrenados, y cuidadosos, y eso significaba que tenían que ser miembros de uno de los grupos insurgentes que trabajan en la ciudad. Pero esto era desconcertante por sí solo, ya que la mayoría de los grupos insurgentes de la Ciudad Santa estaban compuestos por gente del lugar, y los habitantes eran predominantemente humanos. Los twi'leks no eran una visión terriblemente infrecuente, sin duda, pero el sabat era otro asunto. La última vez que Baze había visto un sabat todavía se llamaba a sí mismo un Guardián de los Whills, y eso había sido hacía mucho tiempo.

Entraron en un vecindario mixto residencial y de negocios conocido por los lugareños como Hopper Town, la razón del nombre desde hacía mucho tiempo se había perdido por las edades. Los escuálidos edificios estaban allí hombro con hombro, con callejones entre ellos tan estrechos que Baze sólo podía abrirse camino a través de ellos moviéndose de lado. Se volvieron hacia el norte, y Chirrut se detuvo abruptamente, extendiendo una mano para bloquear el progreso de Baze. Antes de que Baze pudiera preguntar por qué, vio lo que su amigo había sentido de alguna manera.

Delante de ellos, dando la vuelta al otro extremo de la calle, llegó una patrulla de soldados de asalto. Una media docena de ellos a pie, sus rifles bláster listos, y detrás de ellos un GAV de apoyo, uno de los vehículos blindados de transporte de personal, un pesado bláster de repetición montado en la cima y el artillero visible en su posición. Baze echó una ojeada a las estrechas callejuelas a ambos lados y luego a los balcones y tejados de los edificios que los rodeaban. Las contraventanas se cerraban en su sitio, y la gente se apresuraba a despejar la calle.

—Va a haber violencia.

Chirrut lo dijo con la certeza que Baze largamente había confiado en absoluto.

—Soldados de asalto —dijo Baze—. Grupo de caza. Por aquí.

Se movió a la izquierda, a la más amplia de las callejuelas a la vista, Chirrut con él. Desde lo alto de la calle, oyó el crujido de las voces de las tropas de asalto, pero no pudo distinguir sus palabras.

—¿Qué fue eso?

—Están diciendo a todos que se queden donde están —dijo Chirrut—. No queremos hacer eso.

—No, no lo queremos. Aquí, ve primero.

Chirrut extendió las manos, su bastón en una de ellas, y sintió las paredes que formaban la boca del callejón.

—No entrarás —dijo Chirrut.

—Por supuesto que entraré.

—No te dejaré atrás.

—No me dejarás atrás, vas a entrar en el callejón, Chirrut.

—Tú primero.

Uno de los soldados de asalto los había visto, señalando en su dirección. Todavía quedaban veinte o veinticinco metros entre la patrulla que se aproximaba y donde Baze y

Chirrut estaban ahora en la boca del callejón. Baze consideró la situación. Era totalmente posible que la patrulla imperial no tuviera nada que ver con ellos, era una demostración de fuerza en respuesta a cualquier número de otras cosas que pudieran haber ocurrido, o estaban ocurriendo, en la Ciudad Santa. También era perfectamente posible que algo hubiera salido mal la noche anterior y que una cámara de seguridad o un testigo los hubiera visto secuestrar el cargamento de reabastecimiento y había pasado sus descripciones a lo largo de la guarnición. También era posible —y Baze pensó que esto era lo más probable— que esto no fuera más que mala suerte, y que el simple acto de intentar salir de la calle los había etiquetado como sospechosos.

El problema era que si los detenían para ser interrogados, o apresados, no se sabía a dónde podían conducirlos ni a qué podrían conducirlos de nuevo. A diferencia de Baze, Chirrut todavía se vestía como un Guardián de los Whills. Él sería señalado por esto, sometido a más preguntas. Y Chirrut, siendo Chirrut, no les diría a los soldados de asalto cosas que quisieran oír, y Chirrut, siendo Chirrut, muy probablemente comenzaría a escupir la letanía. Lo detendrían. Incluso podrían detenerlo a bordo del Destructor Estelar, y Baze sabía muy bien que nunca se oía de nuevo de los detenidos a bordo del Destructor Estelar.

Baze suspiró.

—Bien —dijo—. Yo primero.

Empujó a Chirrut hacia el callejón.

—Te alcanzaré —dijo, y volvió corriendo en dirección al Mercado Viejo con los gritos de los soldados de asalto— y su amigo —persiguiéndolo.

Aquello, o lo que fuese, que los soldados de asalto buscaban, lo tomarían por la fuerza, y para Baze no había una calle o plaza a la que pudiera volverse sin vislumbrar una armadura blanca manchada de polvo y suciedad o escuchar un eco amplificado de voces desde dentro de los cascos, o sentir el sonido sordo y ruidoso de un caminante AT-DP pisoteando a lo largo de un bloque cercano. En dos ocasiones, casi se encontró con patrullas cuando estaban despejando casas y negocios, y cada vez que se alejó en el último momento, logró esconderse antes de ser descubierto.

Finalmente, terminó en el garaje de Denic. No le agradaba verlo.

—Vete, Baze —le dijo.

—Lo haré —dijo Baze—. En un rato.

—Traes calor contigo, hombre, novacaliente. No quiero que me quemen.

Eso no merecía una respuesta, y la mirada de Baze se lo dijo. Ella se encontró con su mirada fija, intentó igualarla, y finalmente se rindió con un resoplido. Empujó el par de gafas de escáner de Torjeka que siempre parecía estar llevando encima de su frente, mirándolo con cruda sospecha. Eran un remanente de sus días de pilotaje, que algunas personas afirmaban que habían sido de sus días de contrabando. Otros decían que esos

días de contrabando habían sido días bastante buenos hasta que había quemado demasiados puentes en el Sector Corporativo.

Baze no sabía cuánto de lo que se decía acerca de Denic era cierto, pero estaba seguro de que había sido, una vez, una piloto. Había llegado a la Ciudad Santa poco antes de que los imperiales lo hubieran hecho, y Baze la había conocido enteramente por accidente en el Nuevo Mercado un día, cuando había estado discutiendo con un vendedor sobre la calidad de la fruta meiloorún que vendía. Tenían cortezas púrpuras, en lugar de las más tradicionales de color naranja-amarillo, y Denic insistió en que no eran meilooruns en absoluto. Baze había escuchado durante unos minutos antes de explicar que, de hecho, la corteza púrpura era una variante, un híbrido favorecido por la Hermandad del Cuento Beatífico. Denic había encontrado esto difícil de creer.

La había vuelto a ver una semana después de que el Imperio llegara, desde lejos, encaramada en el tejado de uno de los edificios del Nuevo Mercado, observando el despliegue imperial inicial. Había habido una tremenda cantidad de tráfico aéreo ese día, TIE y lanzaderas de *clase Sentinel* en corriente constante desde el Destructor Estelar hasta la superficie. Había observado con sus gafas sobre los ojos, inmóvil durante la mayor parte de una hora, hasta que Baze dejó a Chirrut solo lo suficiente para ir a ver qué pasaba con todo eso. Se había subido a la azotea y se había sentado a su lado, y ella no había reconocido su llegada durante varios minutos.

Entonces ella dijo de repente:

—Pilotos de la Academia, todos ellos, puede decirse. Sin estilo en sus giros. Mira.

Baze había observado, y había sido totalmente incapaz de ver qué era lo que Denic estaba viendo.

—Fregaderos, todos ellos. Quiero decir, conocen su trabajo, pero no tienen pasión bajo sus alas —había dicho.

Se había quedado en silencio de nuevo, y se quedó así, y cuando Baze bajó y volvió con Chirrut y miró, aún estaba en la azotea, todavía observando. Era el tipo de dedicación que había visto en el Templo del Kyber de algunos de los Discípulos, el enfoque absoluto, el compromiso absoluto de un verdadero creyente. Había decidido entonces y allí que la fe de Denic era la fuga.

—Esta vez, ustedes dos se metieron con el rancor —decía Denic.

Eso trajo a Baze de vuelta al momento.

—¿Esto es por nuestro beneficio? —preguntó.

—Esa es mi impresión.

—¿Todo esto por comida, medicinas y agua?

—Ni siquiera has mirado en las otras cajas, ¿verdad?

—Eran tuyas, ese era el trato. —Baze se encogió de hombros—. Tenemos lo que necesitábamos.

—Ustedes dos golpearon un reabastecimiento completo para ZA-Cresh, Baze. Sí, encontraste raciones y medicamentos, pero también interferiste sus municiones. Algunas cosas serias.

—¿Aún lo tienes?

—Ese es mi punto. Todavía lo tengo todo. Hace demasiado calor para moverse. Ni siquiera puedo conseguir que Gesh o el Cuarteto Tulava toquen nada de eso, todavía no.

—¿Dónde? —preguntó Baze.

Denic masticó la comisura de su labio superior, entrecerrando los ojos. Ennegrecía la piel alrededor de cada ojo por costumbre, como si aplicara maquillaje excesivamente, pero por razones que no tenían nada que ver con el cosmético. Las gafas de Torjeka que le gustaba llevar ofrecían numerosos beneficios, tanto en configuración visual macro como en micro, así como térmica, luz de mejora, y vista electromagnética. Pero eran viejas, y sus sellos se habían debilitado, por lo que oscurecía su piel en un intento de hacer que sus lentes parecieran más brillantes.

Pasó un pulgar hacia la esquina más alejada del garaje, donde una pesada lona cubría una forma vagamente irregular y parecida a un speeder. Cuando Baze alzó la esquína de la lona, vio que en realidad no había uno solo, sino más bien trozos de varios, y debajo de ellos cinco de las cajas que le habían sacado a los soldados de asalto la noche anterior. Las cajas habían sido repintadas a toda prisa en un intento de ocultar sus marcas imperiales. Baze trepó por encima de las piezas de los desmontados speeders y se agachó y abrió la parte superior de cada cajón, una a la vez. Miró los contenidos de cada uno durante varios segundos sin hacer comentarios, y luego a Denic.

—Sí —dijo Denic—. Podrías hacer mucho daño con esas cosas.

—Me gusta esa idea —dijo Baze.

—Whoa, whoa, whoa, espera un poco, gran hombre. —Denic trotó hacia él, pero Baze ya estaba levantando una de las cajas y sacándola de donde había estado escondida, y ella tuvo que detenerse y luego retroceder cuando la puso en el suelo entre ellos. Sus ojos se abrieron un momento por la fuerza—. Esa es mi decisión, ese es el trato. Tú recibes los medicamentos, las raciones, todo lo demás. ¿Recuerdas?

Baze se agachó en el cajón, liberó su contenido de las trabas que lo sostenían firmemente en su lugar, enderezandose. Denic dio otro paso atrás.

—Eso es, ah… eso es un arma de soporte, gran hombre. Montan ese tipo de cosas en los vehículos, no es… eso no es un arma personal, ¿sabes? Como, no para uso personal.

Baze giró la pistola en sus manos, comprobó su peso. Era pesada, aunque no tan pesada que fuera incontrolable en sus manos. Volvió a mirar la caja, donde el tanque refrigerante y el cinturón de carga del arma todavía estaban descansando. Miró a Denic. Sonrió.

—Me gusta —dijo.

—Baze.

—¿Puedes darme algo para el tanque refrigerante?

—Baze, eso es un repetidor de 35c morelliano. Ni siquiera es un bláster, ¿me entiendes? Es técnicamente un cañón.

—Puedo usar el tanque en mi espalda. Pero para hacer eso necesitaré un arnés. Algo seguro.

—Es como si estuviera hablando con una pared. —Denic sacudió la cabeza ligeramente hacia él, luego suspiró y depositó las gafas de nuevo sobre sus ojos. Miró dentro de la caja, luego dio otro paso atrás—. Bueno, todo descomprimido, por lo menos.

Baze dejó la pistola y sacó el resto del contenido de su empaque. Denic fue a la mesa de trabajo más cercana, agarró su bolsa de herramientas y se la pegó a la cadera, luego volvió y se agachó en sus ancas, examinando el tanque y cargando el cinturón. Baze volvió a examinar la pistola.

—¿Totalmente automática? —preguntó.

—Dos modos —dijo Denic—. Auto completo, sí, y luego hay un modo de poder de un solo disparo, de alto rendimiento. Debería haber un electroscopio en el cajón, también, un sistema de orientación inteligente. Aunque a menos que estés astillado o llevando armadura de poder, vas a tener más dificultades para conseguir que funcione. Totalmente cargada, esa cosa puede escupir cerca de cuarenta mil rondas antes de necesitar una recarga.

—Cuarenta mil rondas, totalmente automática. —Baze bajó el rifle—. ¿Por qué necesitan tanto poder de fuego?

Denic lo miró con los ojos ahora ocultos detrás de sus gafas.

—Control de multitud —dijo ella.

Fue muy bien después de la caída de la noche cuando Baze regresó a casa, ahora usando el aparejo en el que él y Denic habían trabajado, el rifle en sus manos. El aparejo era una combinación de armadura y arnés, el tanque refrigerante montado a su espalda, lo suficientemente bajo como para no deshacerse de su centro de equilibrio. Sólo había dos desventajas en el sistema de armas que Baze podía ver. La primera es que era casi imposible de ocultar. La segunda era que el cinturón de carga que iba desde el cañón bláster hasta el tanque refrigerante corría el riesgo de engancharse en obstrucciones potenciales. Ninguno de estos era un problema que Baze sintiera que compensara los beneficios de tener un arma que haría lo que él necesitaba que hiciera.

Que fuera un arma que los imperiales pudieron haber pretendido usar en la población civil de Jedha sólo hacía que el potencial de usarla en ellos fuera más satisfactorio.

Entró por la puerta diciendo:

—Chirrut, encontré un arma nueva.

Luego vio al twi’lek y al sabat que los habían seguido antes, ambos con una taza de té Tarine en sus manos, sentados en el suelo a ambos lados de Chirrut. Como no podía apuntar el arma a los dos al mismo tiempo, apuntó al sabat. El sabat no se movió excepto para estrechar sus ojos ya pequeños a rendijas viciosas.

—Resiste, por favor, el impulso de usarla —dijo Chirrut.

Hubo una pausa muy incómoda.

—Les hiciste té —dijo Baze, por fin.

—Parecía educado.

—¿Te dijeron por qué nos seguían?

El twi'lek se aclaró la garganta. Era extraordinariamente alto, evidente incluso estando sentado, pero más que eso, parecía decididamente insalubre. Sus lekku estaban magros, delgados hasta el punto de que parecían quebradizos, como si Baze pudiera haberlos sacado de su cabeza con apenas esfuerzo. Su piel estaba tirante contra su cráneo, y en un sano twi'lek el tono habría sido casi marfil, pero en él tenía una palidez más apropiada para un cadáver. Sus labios estaban llenos y brillaban de un color marrón rojizo oscuro como la sangre seca, y en combinación con el resto de su apariencia esto sólo servía para hacerle parecer aún más horrible. Se sentaba con una larga electro vara en su regazo, pero no hizo ningún intento de agarrarla.

—Eres Baze Malbus —dijo el twi'lek—. Soy Beezer Fortuna. Este es mi colega, Leevan Tenza. Venimos con una invitación.

—Estamos del mismo lado —dijo el sabat, Tenza. Su voz tenía un gruñido distinto, como si cada palabra hubiera sido extraída de las propias minas de kyber de Jedha, y luego tuviera que tirar, centímetro a centímetro, hacia la superficie, uñas agrietadas y sucias y todo. Frente al twi'lek, parecía muy bajo, aunque igualmente endurecido e insalubre. Su túnica estaba manchada, mostrando evidencias de reparaciones frecuentes y precipitadas.

Llevaba bandoleras de municiones entrecruzadas sobre su pecho y un cinturón de rondas alrededor de su cintura, pero Baze no pudo ver ninguna señal obvia de un arma. Una fina hilera de madera sobresalía de la esquina de la boca del sabat, y cuando bebía su té, el palillo de dientes permanecía donde estaba.

—¿De qué lado sería? —preguntó Baze.

—Del lado que odia al Imperio —dijo Beezer Fortuna—. Como hemos estado explicándole a tu amigo.

Baze mantuvo su puntería una fracción más, luego levantó el cañón bláster de modo que su cañón apuntó más al techo que al sabat. Que hubiera sentientes en la galaxia que luchaban contra el Imperio no era nuevo; había regueros dispersos de resistencia que parecían primordialmente confinadas a los mundos del Borde Exterior. En su mayor parte eran palabras de bocas, rumores, pero de vez en cuando algo más sustancial rompía el ruido imperial. Imágenes de Cherridan, donde un levantamiento en un campo de trabajo imperial había sido brutalmente derribado; informes de un exitoso asalto contra la guarnición de soldados de asalto en Winter's Edge; una confusa transmisión de Lothal llena de desafío, esperanza e inspiración.

El Imperio, por supuesto, minimizaba tales cosas o las rechazaba por completo. Propaganda de los enemigos del Imperio, afirmaba. Mentiras diseminadas por traidores y saboteadores que amenazaban el orden y la paz y la seguridad que el Imperio proporcionaba.

Sólo había que mirar fuera, en lo que había sucedido a la Ciudad Santa, para saber la verdad.

—Rebeldes —dijo Baze.

Tenza se burló.

—Verdaderos rebeldes. Los que harán lo que debe hacerse.

Baze miró a Chirrut. Chirrut parecía estudiar su té, lo cual, por supuesto, no podía estar haciendo. Parecía tranquilo como siempre, imperturbable por cualquier tensión que la llegada de Baze pudiera haber causado.

—Si pensar en nosotros como rebeldes es un problema —dijo Fortuna—, tal vez quieras llamarnos «emisarios».

—¿Emisarios para quién? —preguntó Baze.

Fortuna y Tenza intercambiaron una mirada. El sabat sacó un comunicador de un bolsillo, lo cliqueó dos veces, pero no dijo nada. Fortuna utilizó a su vara para ponerse de pie. Erguido, tenía una cabeza más alta que Baze, y tenía que agacharla para evitar golpearla en el techo bajo.

—Te llevaremos con él —dijo Fortuna—. Está ansioso por conocerlos a los dos.

*No existe la Emoción, existe la Paz.*
*No existe la Ignorancia, existe el Conocimiento.*
*No existe la Pasión, existe la Serenidad.*
*No existe el Caos, existe la Armonía.*
*No existe la Muerte.*
*Existe la Fuerza.*

—Anónimo, «El Código Jedi», también conocido
Como «La Meditación Jedi» (apócrifo)

De Poemas, Oraciones y Meditaciones sobre la Fuerza,

Editado por Kozem Pel, Discípulo de los Whills




Un speeder aguardaba por ellos al momento en que salieron a la noche, y Fortuna y Tenza aguardaron hasta que Chirrut y Baze hubieran subido a bordo antes de unirse a ellos. Chirrut no podía tener una idea del conductor más allá del hecho de que había uno. Varón, hembra, especie, todas estas cosas se le escapaban, pues quien conducía no hablaba. Se sentó con su bastón apoyado en el suelo del speeder, entre sus rodillas. Baze estaba a su derecha, la pesada presencia del que se llamaba Tenza detrás de él, y la presencia un poco más ligera de Fortuna delante de él, junto al conductor.

No estaba seguro de qué hacer con las cosas, y como a menudo lo hacía en situaciones similares, Chirrut optó por la paciencia. Lo poco que podía percibir a través de la Fuerza lo confundía. Ninguno de los que le rodeaban parecía tener ninguna mala voluntad inmediata, pero todos llevaban consigo la presencia del lado oscuro. Esta no era una evaluación moral, sino un hecho. La Fuerza se movía entre todos los seres vivos, tanto la luz como la oscuridad. En el orfanato, la luz se había aferrado a Kaya mientras alimentaba a los niños; la oscuridad se había levantado sobre Killi mientras sobrepasaba sus ataques de tos. Todo de lo que Chirrut podía estar seguro era que Tenza y Fortuna y el conductor eran guerreros de algún tipo; que habían tomado vidas, o estaban dispuestos a hacerlo, o ambas; y que en esto no eran diferentes de Baze y él.

Los motores del speeder cambiaban de tono, los repulsores pasaban de tranquilidad a velocidad, y sintió que el vehículo se sacudía hacia adelante, se detenía agudamente, y luego aceleraba con rapidez. La noche ya estaba fría, y el viento que soplaba sobre él lo hacía cada vez más helado, y sintió el aire y el polvo en su rostro, rompiendo sus ropas.

—Vamos a salir —le dijo Baze.

Chirrut lo entendió. Salían de la ciudad, yendo al desierto, y un momento más tarde sintió que su estómago se levantaba cuando el speeder aceleró, y supo que estaban fuera de la meseta y se dirigían al suelo del desierto.

Los motores se hicieron más fuertes, más enfadados, y sintió que su velocidad aumentaba, y a su lado sentía que Baze se retorcía en su asiento.

—Linda noche —dijo Chirrut.

Baze se rió. Nadie más dijo nada.

—Así que conseguiste una nueva arma —dijo Chirrut, en su mayoría para conversar—. ¿Eres feliz ahora?

—No —dijo Baze—. Seré feliz cuando consiga usarla.

A Chirrut le tocó reír.

Continuaron por el desierto durante casi una hora, lo suficientemente lejos de la ciudad que Chirrut se preguntó si lo que sospechaba que era precaución, era en cambio, paranoia.

Al fin, los motores descendieron el ritmo, y el speeder desaceleró, luego se detuvo.

—¿Dónde estamos? —le preguntó a Baze.

—Estamos en medio de la nada. Claramente no confían en nosotros lo suficiente como para llevarnos a su base de operaciones.

Fortuna habló.

—La confianza se gana.

—Ustedes vinieron a nosotros —dijo Chirrut.

—Por eso estamos aquí. Pueden salir.

Baze abrió el camino y se volvió para ayudar a Chirrut a salir del vehículo. Tan pronto como Chirrut volvió a poner los pies en el suelo, la mano de Baze desapareció. Chirrut plantó los pies firmemente sobre la tierra, cuadró los hombros y levantó la cabeza. Respiró, con el bastón en sus manos presionando con fuerza contra el suelo.

—Por allá —oyó decir a Tenza—. No quieres hacerlo esperar.

—Esperará —dijo Baze—. Hasta que estemos listos.

Chirrut respiró, escuchó, sintió. La ecocaja estaba tranquila en su cintura, y entre su retroalimentación y sus propios sentidos, comenzó a formar una impresión del espacio. Estaban al aire libre, él lo sabía, muy lejos en el frígido desierto, bajo las estrellas. Empezó a discernir las formas más grandes que los rodeaban, la casi imperceptible pendiente del suelo bajo sus pies, el fino brillo de arena soplada sobre la dura piedra. Sentía que estaban en un lugar muy viejo, un lugar antiguo, tan antiguo como el Templo del Kyber o más viejo, tal vez. Sentía como si hubiera recuerdos enterrados a su alrededor, e historias, y que si tuviera cien años o mil para sentarse y escuchar, podría aprenderlas.

Golpeó su bastón con fuerza, una vez, en el suelo, y comenzó a avanzar. Baze se movió para seguirlo.

El sendero descendía, serpenteaba y, bajo sus pies, Chirrut sintió el hilillo de la arena y los guijarros perturbados por sus pasos. Sin embargo, su posición permaneció segura, y no estaba preocupado. Esta no era la primera vez que él y Baze habían estado fuera de la Ciudad Santa, y el desierto de Jedha era bastante familiar, aunque no fuera tan conocido como los caminos de su hogar. Sin embargo, para todos sus viajes ocasionales fuera de la meseta, este lugar era nuevo para él, y estaba seguro de que nunca lo había visitado antes en su vida.

Tenía la impresión de ser vigilado, y parte de él sabía que esto era ciertamente porque Tenza, Fortuna u otro, o incluso varios otros, hacían precisamente eso. Pero era más que eso, no una sensación de vigilancia, sino más bien de *observación*, como si alguna gran

presencia desconocida observara su progreso sólo con el interés más pasajero, la curiosidad más restringida.

—¿Qué ves? —le preguntó a Baze.

—Los monumentos antiguos —dijo Baze—. Las Tres Caras.

—Cuéntame sobre ellas.

Baze gruñó.

—El desierto ha comido sus rasgos. Uno es un hombre, creo que humano. El otro, no puedo decirlo, pero por lo que queda del cuerpo, tal vez una mujer. La otra es una especie que no conozco. Quizás duros, una vez, antes de que la arena y el viento cumplieran con su deber.

—¿Nos enfrentan?

Baze vaciló un poco y luego dijo:

—Nos rodean, Chirrut.

La temperatura bajó de nuevo y Chirrut supo que habían pasado a una sombra más profunda proyectada por una de las enormes y antiguas tallas. El sendero se volvió abrupto durante otros veinte pasos y luego, abruptamente nivelado, y tanto la ecocaja como su propio oído, su propio sentido del espacio y su lugar en él, le dijeron que ahora estaban donde se suponía, en algún cañón entre estos monumentos olvidados, rodeados y sin embargo al aire libre.

Alguien estaba allí, esperando por ellos. Chirrut podía sentirlo tan seguramente como podía sentir el bastón en su mano.

—¿Qué aspecto tiene? —preguntó a Baze.

—No veo a nadie.

Chirrut señaló con el bastón. Un instante después, oyó el movimiento de Baze, lo imaginó levantando su nueva arma.

—Se llevan *todo*. —La voz resonó en la piedra que les rodeaba, áspera, tensa. Una voz de hombre, llena de orgullo y dolor—. Toman todo.

—Muévete dónde puedo verte —dijo Baze.

—¿Para otorgarte un tiro limpio? —La voz pareció ahogarse por un momento, como si estuviera reprimiendo una carcajada—. Eso sería un error. No quieres disparar contra mí.

—Esperaré y veré —dijo Baze.

Chirrut dio un paso adelante, al otro lado de donde sabía que Baze estaba apuntando.

—Venimos a su invitación —dijo Chirrut—. Si este es un campo de ejecuciones, es demasiado esfuerzo gastado en un par como nosotros.

—Mi invitación, sí. —El hombre que hablaba pareció considerar esto, luego añadió—: Sí, eso es verdad. Debemos ser cuidadosos, ¿entiendes? Los que luchamos contra ellos, siempre debemos tener cuidado.

—Entendemos.

El sonido de movimiento rebotó en la piedra que le rodeaba. Una raspadura, la aparición de una respiración difícil que hizo que Chirrut pensara en su reunión con Killi

Gimm esa mañana —o más exactamente la mañana anterior— y el toque de su mano sobre la suya. Trató de encontrar al orador a través de la Fuerza, buscando un sentido de él, y lo que le devolvió fue un vacío, un marco construido de tristeza y sufrimiento, lleno de dolor y rabia y, en el fondo, una brasa de luz.

Este hombre, quienquiera que fuera, había sufrido horriblemente.

—Baze Malbus —dijo la voz de la piedra que los rodeaba—. Chirrut Îmwe.

—Sabemos quiénes somos —dijo Baze—. ¿Quién eres tú?

La risa de nuevo, no muy poseída de regocijo.

—Una pregunta demasiado difícil para una respuesta simple. Su amigo estaría de acuerdo. ¿No estás de acuerdo?

Chirrut sonrió.

—¿Tal vez un nombre para empezar?

—Saw —dijo el hombre—. Saw Gerrera.

—Si el nombre está destinado a ser conocido por nosotros, me disculpo —dijo Chirrut—. Es nuevo, al menos para mí.

—Si fuera más conocido, no podría estar aquí. Si lo supieras, nuestros enemigos también lo sabrían.

—¿Nuestros enemigos?

—Sabes de quién hablo. Ambos lo saben. Usted los enfrentan, con puños, con lo que sea. Golpean y se desvanecen. Conocen al enemigo.

—Luchamos por nuestro hogar —dijo Baze.

—¿Eso es todo? —preguntó Saw Gerrera—. Yo lucho por más. Lucho por la galaxia.

—Entonces encontrarás a Jedha muy limitante —dijo Chirrut.

—No tan limitante como podrías pensar. —Más movimiento. Se estaba acercando—. Tenemos que empezar en alguna parte. Ahora, luchamos en Jedha.

—Ya tenemos una insurgencia —dijo Baze—. Por todo lo bueno que está haciendo. Gracias, no.

—No somos insurgentes. Somos partisanos. Somos una rebelión. Traigo combatientes endurecidos por batallas. Traigo tácticos experimentados. Traigo pilotos, un escuadrón de ellos. Traigo los medios con los que luchar. Les invito a ustedes dos a unirse a mí en esto.

Chirrut se inclinó hacia delante sobre su bastón.

—Eso es muy amable de tu parte, pero si has logrado todo lo que dices, y si puedes hacer todo lo que dices, ¿por qué nos necesitas?

Ahora Saw Gerrera estaba lo suficientemente cerca como para que Chirrut pudiera sentir su presencia. Se estaba moviendo lentamente, hablando tanto con Chirrut como con Baze, centrándose en uno y luego en el otro.



—Porque conocen Jedha —dijo Gerrera—. No me he acercado a ustedes por casualidad. Nos ha llevado meses ponernos en posición aquí, y eso nos ha dado meses para prepararnos, para aprender. He *aprendido* quiénes son. Cuatro golpes de precisión contra convoyes de reabastecimiento imperial. Los lastimaron. Bueno. Juntos, podemos hacer más.

—En Jedha —dijo Chirrut—. ¿Por qué?

—¿Dónde trazamos la línea? —El hombre estaba hablando con una intensidad repentina, ahora, una convicción que Chirrut imaginaba que sería muy inspiradora en el campo de batalla—. Vi a Onderon caer bajo la bandera imperial. Innumerables otros mundos. Vidas inocentes destruidas. La libertad robada. La fe destruida. ¿Por qué no Jedha, en una ciudad tan sagrada para muchos? ¿Qué mejor lugar?

Chirrut sintió que Baze respondía a las palabras de Gerrera, sintió al hombre grande moviéndose a su lado, reasentándose, cambiando el blaster en sus manos. *La pasión responde a la pasión*, pensó Chirrut, *y así Baze responde a Saw Gerrera*. Si Chirrut era honesto consigo mismo, podía sentirlo también. La oportunidad de actuar en nombre de los justos. La oportunidad de golpear al Imperio.

Casi era suficiente para hacer que Chirrut ignorara su instinto, la aguda sensación de que la guerra de Saw Gerrera no era, quizás, tan altruista como la hacía sonar. Que había más en su presencia en Jedha que un deseo directo de hacer empacar al Imperio.

—Les llevaremos la pelea —dijo Gerrera—. Los tendré conmigo cuando lo hagamos.

Chirrut no dijo nada. Baze, tal vez a pesar de sí mismo, no dijo nada. Los gruesos pasos de Gerrera se volvieron, alejándose.

—Consideren mi oferta —les dijo Saw Gerrera.

Fortuna los acompañó a la Ciudad Santa; el speeder fue conducido por el mismo piloto que los había sacado, o eso pensó Chirrut. Se sentía como el mismo piloto, al menos.

Cuando se separaron, Fortuna presionó un diminuto tubo de metal en la palma de Chirrut.

—Puedes utilizarlo para contactarme —le dijo Fortuna—. Si lo usas, concluiré que has decidido unirte a nosotros.

—Esa será una conclusión razonable —dijo Chirrut.

El speeder se marchó, y Chirrut siguió a Baze de regreso a su hogar, el cuarto que compartían. Ni había hablado en el viaje de regreso, y ahora, solo, Chirrut sabía que la paciencia de Baze estaba casi exhausta.

Para su crédito, Baze esperó hasta que la puerta fuera cerrada antes de hablar.

—Sabes lo que pienso —dijo Baze.

—A menudo, sí.

Oyó a Baze reírse entre dientes.

—¿Y qué pienso ahora, Chirrut?

—Crees que luchar junto a Saw Gerrera y sus… partisanos es mejor que no luchar en absoluto. Y piensas que el tiempo para luchar está sobre nosotros.

—El tiempo para luchar ha estado sobre nosotros por largo rato, ahora. Ayudamos uno a la vez, ayudamos a Killi y a Kaya. Tratas de mantener la fe y las tradiciones, y trato de evitar que te sientas tan perdido en lo espiritual que olvides lo físico. Pero cada día la sombra del Imperio crece sobre todos nosotros. Cada día aumenta el sufrimiento.

Chirrut no dijo nada.

—Nos están matando. A algunos de nosotros más rápido que otros. Pero quieren llevarse hasta el último de nosotros antes de que se vayan.

—Pero se irán —dijo Chirrut.

—Sólo cuando ya no les quede nada. Y nos dejarán con poco, no nos dejarán con nada.

—Pero nos dejarán.

Oyó a Baze suspirar.

—El arma, mi nueva arma —dijo Baze—. La encontré en casa de Denic. Era parte del cargamento que robamos. Estaba destinada a los soldados de asalto. Esta arma, Chirrut, es un arma de apoyo. Se supone que debe conectarse a los sistemas de energía y refrigeración de un vehículo. Es ese tipo de poder de fuego. Dispara miles y miles de rayos. No podía entender por qué los soldados de asalto la necesitarían. En un campo de batalla, sí, eso tendría sentído. ¿Pero aquí? ¿En la ciudad? ¿Por qué necesitarían esta potencia de fuego en uno de sus vehículos?

—Lo necesitarían si supieran de los partisanos de Saw Gerrera.

—¿De verdad crees que, si supieran de los partisanos de Gerrera, les permitirían incluso el menor punto de apoyo en Jedha?

Chirrut pensó, sacudiendo la cabeza ligeramente.

—Así que no para el campo de batalla —dijo Baze—. Le pregunté a Denic. ¿Por qué esta arma? ¿Por qué necesitan esta arma? No te gustará su respuesta. Ella dijo: «Control de multitud», Chirrut. Y cuanto más lo pienso, más creo que Denic tiene razón. El Imperio no se preocupa por una sola vida en esta ciudad, ni una sola alma en Jedha. La lucha está aquí, Chirrut. Está sobre nosotros, y debemos entrar en ella.

—Con Saw Gerrera.

—Tenemos una mejor oportunidad con él que solos.

—Si es todo lo que dice que es.

Eso detuvo a Baze, al menos por un momento.

—¿Crees que nos estaba mintiendo? —preguntó Baze.

—Por omisión en lugar de declaración —dijo Chirrut—. ¿Qué te pareció?

—Dolorido. Cauteloso. Perseguido Astuto.

—¿Tenía cara de asesino?

Baze hizo una pausa.

—No es un extraño a la muerte.

—¿Confiaste en él?

—No —dijo Baze—. Pero le he *creído*.

Chirrut suspiró.

—Sí —dijo—. Por desgracia, yo también.

*Desde este momento paso a mi siguiente.*
*Desde este lugar paso a mi siguiente.*
*De esta vida paso a mi siguiente.*
*Porque yo soy uno con la Fuerza,*
*por siempre y para siempre.*

—Coxixian, Oración por los difuntos
De Poemas, Oraciones y Meditaciones sobre la Fuerza,
Editado por Kozem Pel, Discípulo de los Whills




La puerta del orfanato había sido abierta.

Era una puerta corrediza, dos paneles que se juntaban en un punto medio, como era común en gran parte de la Ciudad Santa. Su construcción de metal pesado había sido diseñada para resistir los elementos, su pintura largamente desgastada por la arena que soplaba a través de la ciudad. Ahora, además de su superficie desgastada y restregada, una marca de quemadura negra marcaba su centro. El metal se había inclinado hacia dentro por la fuerza de la explosión, arrancando la puerta de su lugar. Alguien había intentado reajustarla, pero el resultado fue un panel pareciendo estar a punto de volcar, pesado, y el otro estaba inclinado hacia atrás y torcido.

Baze miró a Chirrut. A veces, su amigo le preguntaba qué estaba viendo, cómo se veía algo. Cuando había empezado a hacerlo, Baze había presumido que Chirrut hacía esto porque, siendo ciego, quería el uso de los ojos de Baze, por falta de una frase mejor. Pero Baze no había tardado mucho tiempo en darse cuenta de que no era por eso que Chirrut preguntaba. No quería saber lo que Baze veía, no literalmente; Chirrut quería la *impresión* de Baze. Si Chirrut preguntaba: *¿Cómo es el droide de servicio?*, no quería que Baze dijera que la máquina tenía un metro y medio de altura, o medio metro de ancho, y estaba cubierta de laminados con rasguños a lo largo de su torso. Lo que Chirrut quería era que Baze dijera que el droide era amistoso, o pasado de su fecha de caducidad, o que había visto días mejores, o que parecía que estaba recién salido de la cadena de montaje. Chirrut quería la percepción *como Baze la veía*, y así, de alguna manera, estaba pidiendo la opinión de Baze.

En este momento, Chirrut frunció el ceño, cabeza abajo.

—¿Cómo se ve? —preguntó.

—Nada —dijo Baze—, bien.

Chirrut avanzó un paso, extendió una mano, sintiéndose a lo largo del plano de la puerta rota. Sus dedos encontraron la brecha entre los paneles, trazando el borde donde se abría el espacio. Se inclinó más hacia delante, acercándose a la abertura.

—¡Killi Gimm! —gritó Chirrut—. ¡Kaya Gimm!

No escucharon respuesta.

Baze comprobó por encima de su hombro, mirando hacia arriba y abajo por la estrecha calle. Estaba muy tranquila, aunque eso no era para confundirse con desierta. Movimiento en los edificios circundantes, sombras en las ventanas. Volvió a mirar por la calle. Demasiado estrecha para cualquier GAV imperial estándar o AT-DP para hacer su camino por ella. Habría sido un destacamento de tropas de asalto, ya sea por asignación específica o quizás por algún tipo de patrulla, pero su instinto ya le decía que era lo

primero y no lo segundo. Tal vez una media docena de ellos, y ésta es la única puerta dañada a lo largo de la calle. Habían sabido adónde iban, pensó Baze.

—Tenemos que entrar —dijo Chirrut.

Baze gruñó, desplazó su nuevo cañón bláster de sus manos a su funda en la espalda, junto al tanque refrigerante. Se adelantó cuando Chirrut retrocedió, dándole sitio, y tomó cada uno de los paneles a través de la abertura. El metal estaba frío contra sus palmas, y pudo sentir donde la puerta se había retorcido con la explosión, la forma en que la superficie le mordía la piel como dientes diminutos. Gruñó de nuevo, más alto, tratando de abrir la puerta, luego cambió de posición y probó el panel izquierdo exclusivamente. Se movió, a regañadientes, y se inclinó aún más contra él, oyó el metal rechinando contra el marco, contra la arena, hasta que dio con un repentino quiebre de cable roto.

Chirrut se agachó bajo su brazo y se volvió de lado, deslizándose por la recién creada abertura. Baze se limpió las manos en los pantalones, trató de seguirlo a través de la brecha, y se detuvo a medio camino, como si alguien lo hubiera agarrado por detrás. Casi fue por el cañón, y luego se dio cuenta de que era el cañón —o más precisamente el tanque refrigerante— el que se había enganchado. Retrocedió, se agachó, lo intentó de nuevo y, con algunas maniobras, se metió dentro.

—No están aquí —dijo Chirrut. Estaba de pie en medio de la sala común, sin moverse.

Baze pasó por delante de él. La habitación estaba como la había visto por última vez, excepto por los niños y Kaya, por supuesto. Chirrut olisqueó el aire.

—No hay blásters —dijo Chirrut.

Baze gruñó. Sintió el peso del arma en su espalda, el tanque refrigerante, el cañón. Sentía, de nuevo, el fuerte deseo de encontrar a alguien para probarlo. Sentía, en particular, que los soldados de asalto serían la opción ideal para esto.

—Voy a mirar —dijo Baze.

—No están aquí —repitió Chirrut—. Y ya sabemos lo que pasó.

—Me aseguraré.

—Comprueba la cocina primero.

Baze gruñó una vez más, luego se fue a revisar la cocina primero.

Soldados de asalto estaban esperándolos cuando salieron del orfanato.

—Tú —dijo la que estaba al frente del grupo—. Alto.

Chirrut, que había estado liderando el camino de vuelta a la calle estrecha, hizo lo que le ordenaron. Al mismo tiempo, sus hombros cayeron y parecieron crecer más redondeados, con la cabeza inclinada y una sonrisa apareciendo en su rostro que logró parecer inocente y simple al mismo tiempo. Baze atravesó la puerta rota detrás de él, moviéndose hacia la derecha, manteniendo las manos a los costados, donde los soldados de asalto podían verlas. Había cinco de ellos, incluida su líder. Ninguno de los soldados

tenía sus blaster levantado, aunque, por supuesto, todos los tenían en la mano, y Baze tomó esto para suponer que no estaban buscando disparar *en esos momentos*, pero tal vez esperarían hasta que estuvieran seguros de que tenían una razón para hacerlo. Si iba a por sus cañones, eso cambiaría.

Baze ajustó su posición ligeramente, manteniendo su espalda contra la pared, con cuidado de no raspar el tanque refrigerante contra la piedra. La gente iba armada todo el tiempo por toda la Ciudad Santa, lo había hecho antes de la llegada del Imperio, y llevar un arma no era —en sí mismo— un problema. Pero no tenía ni idea de si alguno de los soldados que se encontraban frente a ellos en ese momento podían reconocer el cañón bláster morelliano que Baze consideraba ahora propio y verdaderamente suyo, ni si, al reconocerlo, se preguntarían dónde lo había adquirido o incluso si lo quisieran de vuelta.

No tenía intención de devolvérselo.

—¿Sí? —dijo Chirrut—. ¿Y quién eres tú, por favor?

—Está ciego —explicó Baze a los soldados acorazados frente a ellos. Dijo esto con paciencia, como si tuviera a menudo que excusar la torpeza y la vergüenza de Chirrut a la nueva gente—. Son soldados de asalto, amigo mío.

—¡Oh! —Chirrut se enderezó ligeramente, pero su sonrisa permaneció como estaba. Tenía su bastón plantado delante de él, su mano izquierda en un extremo, la mano derecha en la parte superior del bastón, y ahora lo levantó y levantó la voz con él—. ¡Soldados de asalto imperiales! ¡Ustedes traen orden al desordenado! ¡Larga vida al Emperador!

Baze clavó un ojo en el bastón cuando Chirrut lo llevó de vuelta al suelo, o más específicamente, sobre el agarre de su amigo en el bastón. Chirrut podía hacer mucho daño con ese bastón siempre y cuando él así lo eligiera, y muchas veces la única advertencia que Baze tenía de que Chirrut estaba a punto de lanzar un ataque con él era un sutil cambio en cómo la estaba sosteniendo de un momento a otro. A juzgar por el control actual de Chirrut sobre él, Baze pensó que las cosas podían terminar de cualquier manera.

—¿Qué estabas haciendo allí? —Esta era la líder, de nuevo. La hombrera en su hombro derecho indicaba que era sargento.

—¿Dónde? —preguntó Chirrut. Sonaba convincentemente inocente.

—Ahí. Allí. —Utilizó una mano blindada para indicar la puerta rota del orfanato, luego se dio cuenta de que estaba indicándole a un ciego y miró a Baze.

—¿Dónde? —repitió Chirrut.

—Muchas personas te vieron intentando entrar en el edificio. —La voz de la sargento crujió ligeramente a través del altavoz de su casco—. Estábamos de pie aquí cuando saliste. Allí, el edificio, allí.

—¿Este edificio? —Chirrut volvió la mano izquierda con las yemas de los dedos tocando la piedra. Se las arregló para parecer sorprendido.

—Se confunde —dijo Baze al sargento.

—Bien —dijo ella—. Pero no tú. ¿Qué estabas haciendo allí?

Baze se encogió de hombros.

—¿Quieres que te llevemos para interrogarte? ¿Es eso lo que quieres?

—No —dijo Baze. Era posiblemente lo más sincero que había dicho en semanas.

—¿Por qué está vestido así?

—Es religioso.

La sargento murmuró algo que a Baze le sonó como «otro de esos». Suspiró, el altavoz de su casco haciendo su creciente frustración aún más evidente.

—El orfanato ha sido cerrado —dijo la sargento.

—Ah —dijo Chirrut—. ¿A dónde fueron?

—¿Quienes?

—Los residentes. Los huérfanos. Aquellos que se preocuparon por ellos. ¿Dónde están ahora? —Se inclinó ligeramente sobre su bastón, inclinando su cabeza, como si esperara que al acercarse pudiera escuchar mejor su respuesta. Sus manos no se habían movido del bastón—. ¿Los detuvo? ¿Son invitados del Imperio?

—¿Cómo debería saberlo?

—¿Eso significa que no lo hiciste?

—Dije que no lo sé. ¿Por qué arrestaríamos a huérfanos? No somos monstruos.

La frustración de la sargento creció. Baze comprendió esto. En su experiencia, Chirrut podía ser una persona enormemente frustrante cuando elegía serlo, y bastante a menudo, incluso cuando no lo hacía.

—El edificio fue despejado esta mañana después del allanamiento —continuó—. Posesión de propiedad imperial robada. ¿Sabes algo de eso?

El cañón de la pistola en la espalda de Baze se sentía claro y de repente más pesado. La palma izquierda de Chirrut se giró ligeramente, cubriendo el casquillo de su bastón. Su mano derecha cayó quizás un centímetro más abajo en el eje, un ajuste casi imperceptible que Baze estaba seguro de que los soldados de asalto habían perdido por completo.

—¿La calle está vacía? —preguntó Chirrut.

—¿Qué? —dijo la sargento.

—Suficientemente vacía —le dijo Baze a Chirrut.

—Eso pensé, pero quería estar seguro —dijo Chirrut, y la sonrisa desapareció, y el bastón se acercó y se conectó con la barbilla del casco de la sargento con una crujido como una tabla que se parte en dos.

Su casco retrocedió bruscamente y ella cayó al instante, como si sus piernas se hubieran convertido repentinamente en aire. Los soldados de asalto detrás de ella estaban tan atónitos que Baze había llevado el cañón desde su plataforma en su espalda y hasta su hombro antes de que incluso comenzaran a moverse en respuesta.

—A la izquierda —dijo Baze, y Chirrut barrió su bastón a la izquierda, siguiéndolo en su arco y despejando el campo de fuego de Baze. Baze apretó el gatillo y dos de los soldados de asalto cayeron donde estaban, pero los otros dos recibieron los disparos en el torso, y las explosiones los arrojaron a ambos, los cascos sobre los talones, hasta que se

chocaron contra la pared opuesta de la calle antes de caer, inmóviles, al suelo. El humo flotó desde donde habían sido alcanzados.

Chirrut se enderezó, alisando el frente de sus ropas como si nada hubiera pasado.

Baze miró el arma en sus manos.

—Sí —dijo—. Esto funcionará.

Era tarde y se estaba poniendo frío antes de que encontraran a Killi y Kaya y los niños. La Ciudad Santa era un laberinto de calles, de vecindarios, algunos de ellos de centenares, algunos miles, y algunos —si creías todos los mitos— de cientos de miles de años. Era una ciudad hecha para ocultarse tanto como era una ciudad construida sobre el autodescubrimiento. Una vez que Baze y Chirrut se habían asegurado de que ninguna de las Gimms ni ninguno de los huérfanos había sido detenido, se volvieron simplemente a comprobar, a su vez, los posibles lugares a los que podían ir. Pero había muchos lugares, y la Ciudad Santa se extendía a lo largo de la cima de su meseta, y allí estaban los soldados de asalto con los que lidiar.

Los encontraron, finalmente, en la parte noroeste de la ciudad, a tres cuadras y media de la Segunda Aguja, una punta de flecha altísima de piedra que se clavaba en el cielo como una aguja. Era una de las estructuras más altas de la Ciudad Santa, y todavía era sólo un tercio de la altura del Templo del Kyber. La Segunda Aguja —y la Primera, por otra parte— también había sido cerrada y sellada por el Imperio, pero a diferencia del Templo del Kyber, muchos menos peregrinos hacían cualquier intento de visitarlo; la fe particular asociada con las dos torres fue casi olvidada en la galaxia. El barrio, aunque aún estaba poblado, estaba tan cerca de lo desierto como por donde se podía llegar a la Ciudad Santa, y el tráfico era mucho más ligero.

La casa había sido abandonada algunos años antes, poco después de que comenzara la ocupación imperial. Baze había sido quien la descubrió y se la pasó a Chirrut quien, a su vez, se la pasó a Killi y a Kaya como un sitio potencial para un segundo orfanato en caso de que la necesidad llegara a surgir. Parecía tan abandonada ahora como lo había estado en su descubrimiento inicial, y Baze pasó el viejo panel de comunicación junto a la puerta sin esperar respuesta y preguntándose dónde tendrían que mirar a continuación.

Pero la puerta se abrió, y Kaya permaneció allí, con el mono de mecánico azul oscuro que parecía llevar siempre, el cinturón de herramientas colgando en las caderas. Su cabello caía en dos largas trenzas, cubiertas por los hombros y unidas por encima del esternón. Sus ojos estaban azules y rojos por las lágrimas, y la piel debajo de ellos tenía el gris pálido de la fatiga y la preocupación. Baze siempre había pensado que era bonita —en la medida en que pensaba en cosas así—, pero el alivio que sentía al verla era suficiente para hacerla parecer radiante. No se había permitido reconocer lo preocupado que estaba, para ella, su hermana y los niños, hasta ese momento.

—Baze —comenzó a decir, pero él entró y la envolvió en sus brazos y la levantó en un abrazo que la sacó de sus pies. Se puso rígida por un instante, reflexiva, sorprendida, y de repente se relajó, y se estremeció, su rostro contra su pecho. Sintió su aliento a través de su túnica mientras soltaba un sollozo.

—Lo siento —dijo Baze—. Deberíamos haber estado allí.

Estaba más cálido dentro de la casa, pero no mucho. En el tiempo desde que había sido abandonada, otros habían venido al lugar y la despojaron de casi todo valor, y eso significaba bobinas de calefacción y grifería, todo lo que podía ser removido y vendido. El cuarto de baño era lo único que quedaba ligeramente intacto, aunque el panel de la puerta había sido removido por cualquier repuesto que pudiera proporcionar, lo que significaba que tenía que abrirse y cerrarse manualmente si alguien quería privacidad. Casi no había muebles. Todavía había energía, y todavía agua corriente, pero el agua era fría, y el poder era bastante inútil pues todo lo que pudo haberla accionado había sido robado ya.

Kaya se había recompuesto rápidamente. Baze sabía que odiaba preocuparse o asustar a los niños, y que la angustia de su parte tendría precisamente ese efecto, por lo que la estaba ocultando. Pero él había visto su miedo y su dolor, y empujaba la cólera dentro de él mucho más cerca de un hervor.

Kaya los llevó a Killi, quien vigilaba a los niños con la ayuda del droide CZ. Los niños seguían claramente trastornados, aunque silenciosamente, y Baze los veía tensos, incluso vacilantes, a cada ruido fuerte de la calle. Un par de huérfanos más viejos todavía estaban tratando de consolar y calmar a varios de los más jóvenes.

Killi llevaba su máscara filtrante alrededor de su cuello, y su voz era ronca cuando hablaba. Ella usaría una mano para poner la máscara en su cara para dar una respiración o dos cada par de minutos. Dejó al droide CZ con los niños, y los cuatro se trasladaron a la cocina, donde se sentaron en el suelo. Baze quitó el arnés y el tanque para el cañón y se apoyó contra la pared, Kaya a su lado, mientras Killi y Chirrut se sentaban en posturas casi idénticas, con la espalda recta, con las piernas cruzadas, frente a frente.

—Esto es culpa nuestra —dijo Baze—. Nosotros les acarreamos esto.

Killi sacudió la cabeza. La máscara estaba abajo, y su rostro estaba lleno de preocupación, y como su hermana, sus ojos tenían la misma apariencia hundida, casi hueca. Su capucha estaba baja, también, y su cabello, cortado, estaba atravesado de gris.

—No nos culpemos por las elecciones de los demás —dijo Killi—. Los soldados de asalto hicieron lo que los soldados de asalto debían hacer. Nosotros hicimos lo que debíamos hacer. Y tú hiciste lo que debías hacer.

Baze sacudió la cabeza.

—Tu corazón pidió que nos ayudases.

—Siempre había un riesgo de que esto sucediera —dijo Kaya—. Pudo haber sido mucho peor.

—¿Alguien fue herido? —preguntó Chirrut.

—Empujaron a Killi al suelo. —Kaya habló antes de que su hermana pudiera—. Eso asustó a los niños. B'asia se escondió bajo su cama, y uno de los soldados fue… desagradable al sacarla, no dejó que Killi ni yo ayudáramos. Él la agarró. Es togruta, y él la tomó por sus monteses, y ella gritó y trató de escapar de él y… la golpeó.

—¿El soldado de asalto golpeó a una niña? —Baze casi gruñó.

—Estará bien. Al menos la lesión no es permanente.

Baze miró a Chirrut y supo que Chirrut era consciente de su mirada, y sabía que Chirrut también sabía lo que estaba pensando. Pero Chirrut sólo dijo:

—Se lo llevaron todo, ¿no?

—Todo —dijo Kaya—. Nos acusaron de robarlo nosotros mismos, pero creo que incluso ellos sabían que eso era absurdo, por eso no arrestaron a nadie. Tomamos sólo lo que pudimos agarrar antes de que nos echaran.

—Me preocupa que haga frío esta noche —dijo Chirrut—. Necesitarán mantas, frazadas térmicas, no se preocupen por la comida y el agua.

—He contactado con Gavra Ubrento en su tienda. Ha prometido lo que pueda, pero no es mucho.

Baze continuó mirando a Chirrut. Era petulante, suponía, pero sabía que Chirrut sabía que lo estaba haciendo. Gavra Ubrento trabajaba como mecánica itinerante, y había hecho negocios —y así forjado una frágil amistad— con Kaya. Pero lo que Gavra pudiera suministrar apenas sería suficiente.

Se produjo un silencio. Desde las otras habitaciones, podían oír al CZ y a los niños; voces graves, voces suaves, incluso el vocalizador modulado del droide. Estaba oscuro afuera, y la oscuridad dentro más pesada aún como resultado, y los pocos accesorios de luz que funcionaban arrojaban pequeños charcos de iluminación que no podía levantar la melancolía cada vez mayor.

—Si nos disculpan por un momento —dijo Chirrut—. Baze tiene algo que quiere decirme a solas.

Baze continuó mirando fijamente a Chirrut. Killi y Kaya salieron de la habitación sin decir una palabra. La puerta se deslizó de nuevo en su lugar, y todavía Baze no habló, y tampoco Chirrut. Se sentaron en la creciente oscuridad, escuchando los débiles sonidos de los huérfanos y de las dos mujeres que se habían encargado de cuidarlos, y el sonido del viejo y maltrecho droide que Kaya Gimm mantenía operativo para ayudarles. Se sentaron, y el silencio creció, y Baze imaginó que podía sentir el movimiento de la Ciudad Santa asentándose en otra noche inquietante y asustada. Casi podía sentir el peso mismo del Destructor Estelar Imperial aparcado en órbita por encima de Jedha, y a través de esa gigantesca nave, la increíble presión del Imperio Galáctico por detrás. Por un momento, sintió un espasmo de puro temor, y luego se rompió, y dio paso a su ira.

Pero Baze no dijo nada. No tenía nada que decir. Chirrut sabía lo que estaba pensando, y Chirrut sabía por qué lo estaba pensando.

Se dio cuenta de que los labios de Chirrut se movían, que su amigo repetía una y otra vez la primera frase del mantra.

*La Fuerza está conmigo y soy uno con la Fuerza. La Fuerza está conmigo y soy uno con la Fuerza. La Fuerza está conmigo…*

La Fuerza estaba con Chirrut. Baze lo sabía, lo creía. Lo había visto. Hubo un tiempo, una vez, cuando Baze también había sentido la Fuerza con él.

Ya no.

Los labios de Chirrut dejaron de moverse. Suspiró. Con la mano izquierda, metió la mano en su bata y sacó el delgado cilindro de metal que le había dado Beezer Fortuna. Pasó las yemas de sus dedos sobre él, trazando la forma, sintiendo los bordes, el interruptor activador. Suspiró por segunda vez y luego tendió el dispositivo hacia Baze.

—Comida, agua y medicina para los huérfanos —dijo Chirrut—. Mantas, unidades de calefacción, camas si pueden encontrarlas. Diles que si proporcionan estas cosas, lucharemos junto a Saw Gerrera.

Baze hizo la llamada.

*La paz es una mentira. Sólo hay Pasión.*
*A través de la Pasión obtengo Fuerza.*
*A través de la Fuerza obtengo Poder.*
*A través del Poder obtengo la Victoria.*
*A través de la Victoria, mis cadenas se Rompen.*
*La Fuerza me liberará.*

—El Código de los Sith, traducido por Qotsisajak

De Poemas, Oraciones y Meditaciones sobre la Fuerza,

Editado por Kozem Pel, Discípulo de los Whills




Chirrut podía sentir al AT-ST pisoteando por el Camino de la Bendición.

Contó los pasos. Diecisiete para llegar a la intersección con la Plaza de las Estrellas.

Dieciséis. Quince.

Movió su bastón, colocándolo de modo que quedara entre sus rodillas donde estaba sentado. Apoyó su frente contra la punta del bastón, el frío metal de la lámpara de contención de cristal hacía poco para calmar su dolor de cabeza. Estaba cansado y estaba frustrado, y pensó que a uno o a ambos le molestaría menos si la tranquilizadora presencia de Baze estuviera en alguna parte sobre su hombro. Pero Baze no estaba allí, y ahora que se habían aliado con Saw Gerrera, era una ausencia que Chirrut había llegado a sentir cada vez con mayor frecuencia en los últimos dos meses.

Catorce. Trece. Doce.

Dos meses después de aliarse con los partisanos de Saw Gerrera. Dos meses desde que Saw Gerrera había accedido, sin la más mínima vacilación, a proveer a Killi y Kaya y a los niños de todo lo que necesitaban, cualquier cosa que pudieran necesitar.

Once. Diez. Nueve. Ocho.

Dos meses desde el inicio de la campaña de Saw Gerrera contra el Imperio. Dos meses desde que Chirrut y Baze —y mayormente había sido Baze hasta ahora— habían enseñado a los partisanos de Gerrera los senderos de la Ciudad Santa. Dos meses desde que el Imperio había aprendido que Jedha, mientras estuviera ocupada, no se sometería voluntariamente, ni en silencio, y había respondido violentamente.

Los AT-PD habían desaparecido. Habían sido más ligeros, más rápidos, utilizados por la guarnición para las patrullas y la respuesta rápida. Ahora había AT-ST, una manifestación más pura del poder militar del Imperio. El AT-ST era un arma de combate, y su presencia en la Ciudad Santa significaba que, al menos en una cosa, Saw Gerrera y el Imperio estaban de acuerdo.

La lucha por Jedha estaba en marcha.

Siete. Seis.

El primer ataque había sido planeado por Gerrera mismo, pasando luego por Fortuna, y ejecutado por un puñado de sus partisanos, más Baze y Chirrut. Pero desde entonces había sido Baze más que Chirrut quien se había encontrado en la pelea, y si era debido a una desventaja percibida en la ceguera de Chirrut o algo más, Chirrut no lo sabía. Sospechaba que tenía menos que ver con su falta de visión de lo que podía percibir. Sospechaba que hacía que Saw Gerrera se sintiera incómodo.

Cinco. Cuatro.

Gerrera tenía muchos secretos. Incluso ahora, después de dos meses de ayudar a los partisanos, ni Baze ni Chirrut tuvieron la primera idea de dónde fuera de la ciudad Gerrera estaba haciendo su base. Cuando se reunían con él personalmente —y eso ocurría cada vez con menos frecuencia—, era invariablemente donde lo habían encontrado por primera vez, a la sombra de las Tres Caras. Si esto era porque Gerrera todavía no les confiaba enteramente la ubicación de su escondite o por otra razón enteramente, Chirrut no lo sabía. Si Saw Gerrera era paranoico, Chirrut no podía culparlo. El Imperio tenía todas las razones para querer que el hombre muriera. Pronto tendría otra.

Tres.

Cada acto, cada acción, tenía su efecto, involuntario e intencionado por igual, reflexionó Chirrut. Luchar contra el Imperio por lo que se necesitaba para mantener a los huérfanos en los cuidados de Killi y Kaya seguros y cálidos y alimentados había resultado en la pérdida del orfanato, la pérdida de todo lo que Chirrut y Baze habían adquirido hasta ese mismo final. Por cada insurgente que había acertado a un soldado de asalto, otro soldado de asalto llegaba para contraatacar.

Dos.

Si la guerra de Saw Gerrera contra el Imperio había cambiado esto, o si simplemente había acelerado la inevitable escalada, era otra cosa que Chirrut no sabía. El arma que Baze empleaba ahora contra el Imperio con una precisión espantosa y un resultado devastador había sido concebída para ser usada contra los habitantes de la Ciudad Santa. Eso había sido antes de que Gerrera llegara. Chirrut estaba seguro de que si los imperiales pudieran irse sólo manteniendo los residentes necesarios para trabajar en las minas de kyber en Jedha y de alguna manera deshacerse de todos los demás en la luna, lo harían. Desde el principio no habían respetado las vidas. La guerra de Gerrera no había cambiado eso.

El Imperio había llegado con arrogancia y desprecio.

Lo que la guerra de Gerrera había hecho era añadir ira a la mezcla.

*Los inocentes sufren cuando un matón se enoja*, pensó Chirrut.

Uno.

El último paso, el sonido del pesado y metálico pie del AT-ST que golpeaba el suelo, fue apenas audible por encima del ruido de la calle que lo rodeaba. Casi un kilómetro de distancia, y ahora el caminante estaba en la intersección del Camino de la Bendición y la Plaza de las Estrellas, y Chirrut casi pudo sentir los escuadrones de los soldados de asalto que lo acompañaban, casi podía sentir la presencia de los transportadores llevando su carga de las minas. Y sin duda podía sentir la presencia de los cristales kyber, incluso desde esa distancia, y sabía que debía haber muchos de ellos en esta entrega, y que los cristales que habían sido extraídos eran grandes, vibrantes en la Fuerza.

Conectó su comunicador y dijo:

—Ahora.

Hubo un chasquido, luego el cloqueo y el gorgoteo de uno de los hombres de Gerrera, el tognath llamado Benthic.

Chirrut cerró los ojos, sintió las vibraciones del mundo a su alrededor levantándose por el bastón, presionando contra su frente.

Sintió, entonces oyó, la explosión.

Sintió, entonces oyó, al caminante cayendo al suelo.

Y ahora, supo, la emboscada estaba surgiendo, una emboscada que el Imperio no tenía manera de prevenir, porque no había manera de anticiparla. Ninguno de los partisanos de Saw Gerrera, ni Baze con ellos, habría sido incluso remotamente visible mientras esperaban en los callejones y en los balcones alrededor de la Plaza de las Estrellas. Ninguno de ellos había estado expuesto, ni siquiera por un momento, ni siquiera para echar un vistazo al convoy que se aproximaba. Los soldados de asalto habrían estado mirando, y no habrían visto nada, porque nadie se había vuelto a mirarlos.

Porque los partisanos no necesitaban ver. Porque tenían a Chirrut, a un kilómetro de distancia, sintiendo el suelo temblando, esperando, contando, detectando el momento adecuado.

La emboscada sería despiadada, Chirrut lo sabía. Los partisanos de Gerrera tomaban prisioneros por una sola razón, y ninguno de los soldados de asalto que transportaban este cargamento tenía ningún valor de inteligencia, por lo que nadie sería llevado vivo. Ahora mismo, en este momento, los soldados de asalto estaban siendo derribados. Ahora mismo, en este momento, los soldados de asalto estaban muriendo. Chirrut había hecho esto, había hecho que esto sucediera. Había sido una elección, al igual que aliarse con Gerrera había sido una elección. Y al igual que con Gerrera, se trataba de una elección hecha por necesidad.

No había misericordia en este conflicto, Chirrut lo sabía. En ningún bando.

El Imperio, una vez más, haría pagar a la Ciudad Santa.

La primera vez, las cosas fueron increíblemente bien.

El único deseo de Gerrera en ese momento, o lo que parecía, era el mismo que el de Baze y Chirrut: atacar la ocupación imperial, herir al Imperio. Para ello, habían buscado los puntos de vulnerabilidad de la ocupación, y había sido Fortuna quien había dirigido su atención a las operaciones mineras a petición de Gerrera.

—Por eso están aquí —dijo Fortuna. En ausencia del propio Gerrera, era Fortuna quien parecía manejar la planificación operativa—. Todo lo demás es incidental. El cierre de los templos, las restricciones a la adoración, todo eso es ideológico. Su deseo material es el kyber, y negarles los cristales les hará más daño.

Se habían encontrado en una de las tinas cerca de las Viejas Sombras después de horas, y estaba lleno de gente y ruidoso, y eso hizo que los planes de hablar —más paradójicamente— fueran más fáciles que tratar de encontrar un lugar apartado para susurrar en la oscuridad. Aquí, el ruido y el bullicio los hacían ordinarios, insignificantes

e indignos de notarse. En lugar de Tenza, esta vez Fortuna trajo a alguien nuevo, un macho meftiano llamado Kullbee Sperado.

Chirrut pudo percibir a Sperado incluso antes de que él y Fortuna llegaran, pudo sentir el frío que se agitaba en su estela, la forma en que se aferraba a él.

—Te pesa tu pasado —le dijo Chirrut a Sperado cuando fueron presentados—. No puedes escapar de él.

El meftiano permaneció en silencio el tiempo suficiente para que Chirrut se preguntase si su percepción se había equivocado o si había sido demasiado precisa.

—Él hace eso —dijo Baze.

—No te disculpes por mí —le dijo Chirrut.

El meftiano alcanzó la mano de Chirrut y la tomó en una de sus pesadas y peludas patas. Chirrut pudo sentir la áspera textura de la carne del hombre en los huecos de su piel.

—¿Rezarás por mí? —preguntó Sperado.

—No —le dijo Chirrut—. Pero te mostraré cómo orar por ti mismo.

El agarre de Sperado se tensó, y Chirrut sintió que el frío que rodeaba al meftiano se disipaba por un momento. En ese momento hubo un instante de calidez, y sintió la esperanza del hombre.

—Las minas —dijo Fortuna.

—¿Las mismísimas minas? —preguntó Baze—. ¿Y qué sale de ellas?

—No tenemos un plan accionable para asaltar las minas. Incluso los explosivos que cierran la boca de las minas sólo retrasarían la operación durante unos días, una semana como máximo.

—También reclamaría la vida de más mineros que soldados de asalto —dijo Chirrut.

Fortuna continuó como si no hubiera oído ni la crítica ni la preocupación.

—Y mientras eso retrasaría su operación minera, sería un retraso menor. Lo que propongo es un golpe rápido en uno de los carriles del acelerador desde las minas hacia la ciudad, antes de descargar los cristales para transportarlos fuera de la luna.

—Eso podría funcionar —dijo Baze—. Hay por lo menos una docena de lugares a lo largo de la ruta donde se podría hacer fácilmente.

—¿Vendría con nosotros?

Chirrut sonrió.

—Sí —le dijo a Fortuna—. Él, si te refieres a mí, lo hará.

—No quiero ofender, pero estás ciego.

Chirrut puso una mano frente a su rostro, agitándola de un lado a otro, jadeando.

—Baze Malbus —dijo—. ¿Por qué no me lo dijiste?

Baze se rió. Fortuna no lo hizo.

—No confundas su falta de vista con falta de visión —dijo Baze.

La reunión terminó poco después, y Chirrut caminó con Sperado a las Viejas Sombras, según lo prometido.

—Estaba en Serralonis —dijo Sperado—. Cuando fui reclutado.

—No conozco el mundo.

—Sólo un lugar.

—Todos tenemos un lugar.

Sperado pensó en eso, luego preguntó:

—¿Si pierdes ese lugar?

—No puedes perder lo que hay dentro de ti —dijo Chirrut—. Sólo puedes extraviarlo. La tarea, entonces, es encontrarlo de nuevo.

Anger Trel asistía a los peregrinos en las Viejas Sombras cuando llegaron, y Chirrut hizo las presentaciones, y luego partió. Cuando volvió a encontrarse con Sperado al día siguiente, mientras se preparaban para atacar el cargamento de las minas, preguntó si la visita había sido de alguna ayuda.

—Aún busco mi lugar —le dijo Sperado.

Chirrut le deseó suerte.

Viajaron fuera de la ciudad, usando un speeder que Fortuna trajo. Había otros dos partisanos de Gerrera con ellos, un talpini y un varón humano. Nadie habló. Fortuna se detuvo cuando tomaron posición, y una vez más preguntó si la presencia de Chirrut era requerida o no. Baze se molestó.

—Espera y verás —dijo.

La ruta de la mina era a través de un estrecho barranco, y Chirrut tomó la posición con Baze a lo largo de un lado del acantilado mientras que Sperado, el talpini, y el humano tomaron una posición en el otro lado. Chirrut había traído su arco, el que había construido él mismo como parte de su entrenamiento como Guardián, y se estableció en medio de las rocas antes de abrirlo y pasar las manos por la madera pulida y los circuitos incrustados. Era a la vez tan familiar en sus manos como siempre lo había sido, a pesar de que habían pasado años desde que había tenido razón para utilizarlo. Activó el impulsor en la vambrace que llevaba en su antebrazo izquierdo, y luego se relajó lo mejor que pudo en el momento. Baze encendió su cañón.

—¿Cómo te funciona hasta ahora? —preguntó Chirrut.

—Estoy intentando algo nuevo —dijo Baze—. Puedo sobrecargar los disparos individuales. Será suficiente para acabar con el speeder.

—Eficaz.

—Puede que no funcione. Lo que podría ser un problema.

—¿Porque el speeder se escapará?

—Porque el cañón puede explotar en mis manos.

—Creo que voy a encontrar otro lugar para esperar —dijo Chirrut, empezando a levantarse. Baze puso una mano sobre su codo y lo sentó de nuevo.

La voz de Fortuna llegó por encima de su comunicador.

—Ahí vienen.

Baze se movió hacia adelante, y Chirrut oyó un chasquido de su cañón, el sonido de su amigo que se preparaba para hacer sus disparos. Chirrut respiró profundamente por su nariz, lo soltó por encima de sus labios, llevando el arco ligero en sus manos. Sintió que

el terreno se extendía a su alrededor, una sensación de vértigo al percibir el ascenso y la caída del desierto al estrecharse hasta el barranco, y en el barranco el rugido del speeder, montado sobre su campo de repulsores, cargado de cristales kyber que parecían brillar en la mente de Chirrut.

—Ahora —dijo Fortuna sobre el comunicador.

Hubo un estallido de explosivos, el talpini detonó el aparato que había plantado, y la roca cayó de los bordes del barranco, y debajo de ellos Chirrut sintió el desvío del speeder y oyó a Baze disparar el cañón. El rugido del repulsor se detuvo, y el sonido de metal cortándose trepó por las paredes del barranco. Chirrut pudo sentir la forma del mundo delante de él, debajo de él, donde el terreno natural estaba roto por la presencia de la máquina, donde la piedra era interrumpida por los vivos. Chirrut supo que Sperado había disparado, y también lo había hecho el humano, y que Sperado había acertado y el humano no, y que había un soldado de asalto en la parte trasera del vehículo levantando un arma en su hombro, Y Chirrut supo lo que el soldado de asalto deseaba hacer. Arregló su puntería y disparó, y el arco emitió una nota hacia él, y sintió que el disparo volaba, y sintió que el soldado caía.

Fortuna trajo su speeder, y descargaron a los derribados en el suyo, y corrieron hacia los bordes de la meseta. Chirrut y Baze salieron.

Antes de que Fortuna corriera para llevarse a sí mismo y a los otros partisanos y su cargamento a salvo, dijo:

—Chirrut.

—¿Hmm?

—Mis disculpas por dudar de ti.

—Está bien —dijo Chirrut—. Después de todo, soy ciego.

Ahora era casi dos meses después, y más operaciones para herir y enojar al Imperio de las que Chirrut podía contar.

—Ha ido bien hoy —dijo Baze—. Apenas tuvieron tiempo para reaccionar, y mucho menos devolver el fuego. Todo había terminado en menos de dos minutos. Les quitaron casi treinta kilos de cristales.

—¿De regreso a dónde?

—La gente de Gerrera los tomó.

—¿Así que los recogen?

—Solo para mantenerlos fuera de las manos del Imperio.

—¿Y qué hace con ellos?

—No tengo idea.

Chirrut colocó su bastón en su regazo, alisándose las mangas. Estaban de regreso en su cuarto, y pudo sentir donde Baze trabajaba en la pequeña estufa, sentirlo cuando Baze hacía una pausa mientras cocinaba su cena para mirarlo.

—¿Hubo algún lesionado? —preguntó Chirrut.

—¿De nuestro lado? Ninguno.

—Me refiero a los civiles.

—Sé que eso es lo que querías decir. «Nuestro lado», dije. Lo que significa el lado de Jedha. No, nadie fue herido.

—Excepto los imperiales.

—Si los imperiales no desean perder sus vidas —dijo Baze—, son libres de irse de nuestro hogar en cualquier momento.

—Pero permanecen.

—Entonces tenemos que ser más persuasivos en nuestro estímulo.

Chirrut se echó a reír. Una olla cayó sobre la estufa y pudo oír el gemido de una de las bobinas de calefacción que protestaba mientras Baze la animaba a la vida.

—¿Qué? —preguntó Baze.

—¿No crees que las vidas de unos cientos de soldados de asalto y unos cientos de kilos de cristales kyber negados les enviarían el mensaje ya? —contestó Chirrut—. ¿No crees que el mensaje haya sido enviado decenas de veces con mayor claridad desde que Gerrera llegó, y que tal vez no se reciba como deseamos?

—Si tienes otra manera de conseguir que dejen nuestro hogar, me encantaría que lo compartieras.

—No sé cómo conseguir que dejen nuestro hogar, Baze. Sólo sé que este método no parece estar funcionando. Y que personas equivocadas están sufriendo por nuestras acciones.

Hubo otro ruido de la estufa… Baze poniendo algo en el suelo o, más probablemente, golpeando algo.

—Killi y Kaya, el orfanato, están bien, están a salvo. Lo vimos cuando lo visitamos esta mañana. Nos dieron algo más que ese maldito té Tarine. Gerrera ha hecho lo que hemos pedido.

Chirrut negó con la cabeza. Baze se quedó callado, terminó de preparar su comida, luego puso el plato frente a Chirrut antes de sentarse fuertemente ante él para indagar en el suyo propio. Chirrut comió, masticando lentamente. Era un estofado de fideos, con trozos cortados de una de las muchas especies de gusanos que vivían en las arenas, para añadir proteína. El sabor era insípido, y el vendedor, Sesquifian, no había hecho un trabajo particularmente bueno limpiando los gusanos antes de ofrecerlos a Baze. Como resultado, cada quinto mordisco o algo así Chirrut oiría el crujido de un grano de arena entre sus dientes.

—¿Cómo está? —preguntó Baze.

—Perfectamente miserable.

—De nada.

—Ah, sí, quiero decir, «Gracias por hacer esta comida para nosotros, Baze».

Baze gruñó, sorbió el caldo. Hubo una pausa y luego dijo:

—Tienes razón.

—¿Hmm?

—Es perfectamente miserable. Sesquifian debe haber comprado los gusanos de Dobias. ¿Qué quieres decir con las personas equivocadas?

Chirrut dejó el plato a un lado.

—El Imperio está obligado a responder.

—No están obligados a hacer nada, Chirrut. Nadie los hizo invadir nuestro hogar, ni cerrar los templos, ni ocupar nuestro mundo.

—Pero sin embargo lo hicieron. Están aquí, y ahora toman el kyber. Y cuando actuamos para evitar que lo adquieran, ¿qué hacen? Castigan a Jedha. No a Gerrera, no a sus partisanos, no a ti ni a mí, sino a Jedha.

Baze gruñó.

—Cuando estuvimos en el orfanato esta mañana, ¿contaste a los niños? —preguntó Chirrut.

—Veintidós.

—Así que lo hiciste.

—Lo dije. Veintidós.

—Oí veinticuatro. El doble del número de niños a su cuidado antes de que la campaña de Gerrera comenzara. Doce niños más que han perdido a sus padres, ante el Imperio o los partisanos quizás no sean tan cuidadosos como podrían serlo en sus ataques.

—¿Así que culparías a Gerrera?

—No —dijo Chirrut—. No más de lo que te culparía a ti o a mí por la violencia que el Imperio trae. Pero es como Killi dijo todos esos meses atrás. Hemos entrado en un ciclo, ¿no lo sientes? Al principio atacamos las patrullas. Entonces nos dirigimos a los convoyes. Ahora atacamos los envíos. Primero, los soldados de asalto establecen puntos de control. Luego quieren escándalos y patrullas en las calles. ¿Ahora? Ahora se detendrán y buscarán a cualquiera a quien no le guste su apariencia, y si te atreves a resistir, te golpean, y si intentas huir, te disparan. ¿Dónde termina esta escalada, Baze?

Baze no respondió. Chirrut lo oyó levantarse, lo oyó recoger los cuencos, moviéndose para limpiar después de la comida. Quizás no había nada que decir, o más exactamente, nada que Baze pudiera decir. Chirrut mismo había estado luchando con esta misma pregunta durante semanas. El hecho era simple, y uno no necesitaba trabajar la visión para reconocerlo: la llegada de Gerrera a Jedha había empeorado la situación.

Antes, había insurgentes dispersos, cualquier afiliación entre ellos perdida en el mejor de los casos. No había coordinación, y para ser honesto, muy poco en el camino de la táctica o incluso habilidad. Pero una de las cosas que Chirrut había entendido después de su reunión inicial con Tenza y Fortuna dos meses antes era que él y Baze no eran los únicos a quienes Gerrera había buscado. El hombre había hecho su tarea; había enviado agentes a Jedha antes de su llegada, había hecho la suficiente antelación que, cuando llegó, esos agentes habían podido presentarle una inteligencia bastante exacta sobre quién podría ser digno de ser reclutado y quién no.

El resultado fue que había pocos insurgentes independientes en la Ciudad Santa. De un modo u otro, si un sentiente manejaba un arma contra el Imperio, lo hacían en nombre de Saw Gerrera. De repente, los ataques que el Imperio había considerado claramente como una molestia, el costo de hacer negocios, se habían vuelto más caros. En vez del caché de reabastecimiento ocasional que era secuestrado, ahora los envíos de carga enteros estaban desapareciendo. En vez de un tiroteo ocasional llevándose a un soldado de asalto o a un oficial, ahora los ataques eran coordinados, y los blancos estaban siendo cada vez más significativos. ZA-Besh y ZA-Dorn habían sido atacadas por un gran número de personas; ZA-Besh había sido abandonada como resultado. La noticia era que más de quince soldados de asalto habían muerto en el golpe.

Chirrut pensó en lo que Killi había dicho, que cada uno hace lo que debe. Para el Imperio, su deber era desplegar a los caminantes y tanques de asalto de combate. Construir puntos de control y formar tripulaciones con emplazamientos de bláster pesados. Buscar todas y cada una de las naves que hacían el aterrizaje en el puerto, y aumentar los impuestos sobre casi todas las importaciones y exportaciones de Jedha. Llevar a los cazas TIE en patrullas sobre la ciudad, utilizándolos para coordinar el despliegue de equipos de asalto que eliminaría cualquier grupo de resistencia o base utilizada por la insurgencia que pudieran encontrar.

La situación de los refugiados, ya mala, se estaba volviendo intolerable. Cada vez más personas pasaban hambre. Cada vez más personas se enfermaban. Más y más personas estaban muriendo.

—Volveré en un rato —dijo Baze.

Chirrut cogió su bastón.

—A donde vayas, iré contigo.

—No.

Chirrut vaciló, dispuesto a ponerse de pie con el bastón. Frunció el ceño.

—Vas a encontrarte con más gente de Gerrera.

—No —dijo Baze—. Voy a hablar con Gerrera.

*Aquellos que establecen un curso y no pueden ajustar su rumbo*
*chocarán sobre las rocas de seguro*
*como los que navegan sin prestar atención a la dirección.*
*No podemos cambiar la dirección del viento.*
*Tampoco podemos darnos el lujo de que sople como queramos.*
*Actuamos; decidimos; y somos actuados sobre ello.*
*Así que es en todas las cosas que quiero honrar a aquellos*
*que han venido antes.*
*Así que es en todas las cosas que deseo preparar el camino*
*para los que vendrán.*
*Y me recuerdo a mí mismo:*
*En la Fuerza, no hay fin sino sólo comienzos.*

—Oz Ladnod, Poeta de la Corte Real de Onderon

De Poemas, Oraciones y Meditaciones sobre la Fuerza,

Editado por Kozem Pel, Discípulo de los Whills




Se encontraron en la sombra de las Tres Caras, como lo habían hecho cada vez antes. Baze lo oyó venir antes de que lo viera, el paso pesado. Baze había estado sentado en una roca, mirando el cielo y el brillante punto que era el Destructor Estelar, todavía estacionado en lo alto de la órbita. Se puso de pie cuando oyó venir a Gerrera.

—Buen trabajo hoy —dijo Gerrera—. El Imperio lo sentirá.

Baze pensó en lo que Chirrut había dicho aquella noche.

—Todo Jedha lo sentirá.

—El Imperio hará lo que siempre hace cuando siente que su control se está resbalando. —Gerrera señaló la roca que Baze había estado usando como asiento, se movió hacia otra cercana y se acomodó cuidadosamente, haciendo una mueca de dolor al sentarse—. Tomarán más libertad, y castigarán a más gente. El resultado es el mismo. Cada vez más gente se levantará para luchar junto a nosotros.

Baze había estado esperando lo suficiente para que sus ojos se hubieran ajustado, y pudo ver claramente a Gerrera a pesar de la oscuridad. Se miraron durante varios segundos sin hablar, y Baze se preguntó cuánto reflejo estaba viendo. Una visión de su futuro yo, tal vez.

—Traje algo —dijo Saw Gerrera—. ¿Compartes un trago conmigo, Baze Malbus?

—Beberé todo lo que ofrezcas —dijo Baze—. Excepto el té Tarine.

—Es algo asqueroso, ¿no?

—Todavía puedes conseguir té chav en algunas de los puestos, pero por alguna razón cada vez que me ofrecen té, es Tarine.

—Estaba ofreciendo algo más fuerte. —Gerrera se volvió sobre su cadera, tomando un frasco de su cinturón. Lo desabrochó y luego se lo ofreció a Baze, que lo tomó, olisqueó y sorbió. Lo que fuera hizo que le picara su lengua y su garganta, entonces se abrió en una flor de calor que hizo huir el frío de la noche del desierto.

Baze le devolvió el frasco.

—No es Tarine. —Gerrera sonrió.

—No. ¿Qué es?

Gerrera tomó un trago, haciendo una ligera mueca.

—*Bahkahta*. Es una bebida de Onderon. He tenido que aprender a prepararla yo mismo. Este no es el mejor que he hecho, lo admito. Pero mi receta está mejorando.

—¿Difícil de conseguir?

—Más para mí. Onderon era mi hogar. —Miró el frasco en su mano pensativamente, luego lo devolvió a Baze—. Mi hogar se ha ido.

—Onderon permanece. —Baze tomó otro sorbo. La picadura fue más suave esta vez, pero el calor más intenso.

—El planeta, sí. Pero nuestro modo de vida se ha ido, nuestra cultura se ha ido, nuestras creencias se han ido. Eso es lo que el Imperio hace. Éramos una república que celebraba nuestras diferencias, miles y miles de mundos, pueblos, estilos de vida. Ya no. Hay un Imperio. O eres es parte de él, o eres destruido.

Tomó otro sorbo del frasco.

—Piensa en eso —continuó Gerrera—. Piensa en los soldados de asalto.

—Trato de no hacerlo.

—Se suponen que tienen el mismo aspecto, ¿verdad? Idénticos. Olvida las variaciones en sus deberes o asignaciones. Uno se parece al otro. Hay una genialidad. Si tomo a tu hijo, a tu hija, los pongo en la armadura, ¿te atreverías a rebelarte? ¿Matarías a tu hermano? ¿A tu madre? No puedes saber quién está debajo de la armadura. Sin rostro o más bien, el rostro del Imperio. Inexpresivo. Casi sin rasgos distintivos. Sin embargo, ominoso. Únete, y eres simplemente otro ciudadano anónimo, pero perteneces. Y si no lo haces, debe ser eliminado.

Gerrera le ofreció el frasco una vez más, y Baze lo tomó. Una parte de él deseaba haber traído a Chirrut a la reunión después de todo. Hubiera disfrutado de la conversación, pensó Baze. Más, habría dado a Chirrut una oportunidad de aprender algo sobre Gerrera.

Baze tomó un trago, haciendo un gesto con el frasco en el desierto alrededor de ellos.

—Por esto apenas vale la pena pelear.

—Quieren el kyber.

—No lo sabíamos cuando llegaron por primera vez. Muchos pensaron que su ocupación no duraría, o sería un símbolo. La mayoría creía que habían venido por los templos. Pensamos, han venido a aplastar la creencia, porque la creencia conduce a la esperanza, y la esperanza puede derribar monstruos. Se quedarán el tiempo suficiente para aplastar la esperanza, pero no entienden que la esperanza puede ser una cosa muy pequeña. No necesita mucho para sobrevivir. Un soplo de aire ocasional. Un parpadeo de calor. La esperanza puede vivir en el vacío.

—Suenas como tu amigo.

—Sólo cuando no está cerca. —Baze sonrió.

Gerrera se inclinó hacia delante, recogiendo el frasco ofrecido. Estaba mirando a Baze con una nueva curiosidad.

—¿Así que tienes esperanza, todavía?

Baze se encogió de hombros y extendió las manos sobre sus muslos. Eran manos grandes, y había hecho mucho daño con ellas, y a veces se preguntaba si sus manos no podrían haber sido mejor usadas para un trabajo más suave… lo que habría sido ser pintor, escultor o panadero.

—No sé lo que tengo ya —dijo Baze—. Tengo un hogar, y lucharé por él. Tengo a los que amo, y lucharé por ellos. Veo la injusticia, y lucharé contra ella. Supongo que estas son las mejores razones para pelear.

Las líneas del rostro de Gerrera se profundizaron, y sus ojos se movieron de Baze hasta un punto más allá de su hombro, buscando algo que tal vez no estuviera allí, o tal vez mirando los recuerdos. Luego inclinó la cabeza hacia atrás, y Baze pensó que se había quedado sin aliento, buscando la máscara respiradora que usaba en la pesada armadura que le envolvía el torso, pero Gerrera no lo hizo. En vez de eso, estaba observando las estrellas.

—He perdido tanto, muchísimo —dijo Saw Gerrera suavemente—. He dado tanto, tanto, a esta lucha. Mi esperanza no es todo lo que una vez fue.

Bajó los ojos a Baze, golpeando los nudillos de un puño contra su pecho.

—El Imperio me ha perseguido a través de la galaxia. Ha plantado espías dentro de mi círculo. Intentaron asesinarme en Errimin, me envenenaron con teccitina. Estuve enfermo durante meses. En Ghita hubo un francotirador que falló por centímetros. Enviaron un droide astromecánico lleno de nanoexplosivos, y entonces mató a cuatro de mis mejores personas, y otra vez fui herido, pero sobreviví. En ese momento, Fortuna me dijo: «Tienes suerte. La Fuerza está contigo».

Baze gruñó.

—Admiro mucho a tu amigo Chirrut, ¿sabes? —dijo Gerrera, y vio la sorpresa de Baze y asintió con la cabeza, añadiendo—: Sí, realmente lo hago.

—¿Por qué?

—Porque la fe requiere esperanza. Lo único de lo que tu amigo no carece es de fe.

—Su fe ha sido probada.

—Y la tuya también.

Baze no dijo nada.

Gerrera suspiró, ofreció el frasco una última vez a Baze, quien levantó una mano para indicar que ya había tenido suficiente. Gerrera tomó un último sorbo, luego lo dejó en su cinturón.

—No querías reunirte para compartir una copa y hablar de nuestras luchas —dijo Gerrera.

—No.

—¿Entonces?

—El orfanato.

—¿Hay algún problema?

—Hay veinticuatro niños ahora —dijo Baze—. Habrá más.

—El resultado de la crueldad del Imperio.

—Quién los hizo huérfanos no me importa ahora mismo. Lo que importa es cómo podemos ayudarles.

—Puedo tratar de conseguir más suministros básicos, comida y agua, pero ya estamos…

—No, eso no soluciona el problema. Lo retrasa.

—¿Entonces qué?

Baze le contó lo que estaba pensando, y Gerrera escuchó, frunciendo el ceño. Cuando Baze terminó, Gerrera se quedó mirándolo durante casi un minuto, considerando, y luego, finalmente, lanzó una risa aguda y breve.

—Podemos hacer eso —le dijo Saw Gerrera.

*Aquellos que vean a la galaxia arder,*
*pero no a ellos mismos,*
*y a quien vea todas las lágrimas derramadas,*
*pero no la suya,*
*disminuyendo, disminuyendo, disminuyendo,*
*hasta nada.*
*Y de la nada,*
*a la nada,*
*no hay nada.*

—Mete Janvaren de Mirial

De Poemas, Oraciones y Meditaciones sobre la Fuerza,

Editado por Kozem Pel, Discípulo de los Whills




El día siguiente fue duro para la Ciudad Santa.

Empezó cuando el sol se alzaba, un trueno que resonó desde el suelo del desierto y cayó desde arriba a la vez, y aquellos que llegaron a sus ventanas o ya estaban afuera miraron hacia arriba y se congelaron en su lugar, y observaron fijamente. El Destructor Estelar había roto la órbita, había entrado en la atmósfera, y mientras lo veían se acercó y se hizo más grande, y su sombra creció hasta que se extendió a través de la Ciudad Santa. El Destructor Estelar descendió, cada vez más bajo, hasta que algunos de los que observaban se preguntaban si la gigantesca nave pretendía simplemente aplastarlos a todos.

Entonces se detuvo, estacionando sobre sus cabezas, sus motores resonando, y sólo hubo ese sonido y nada más, la Ciudad Santa conteniendo el aliento.

Entonces los cielos comenzaron a gritar con cazas TIE.

Ahora casi toda la Ciudad Santa estaba despierta, y observando, mirando lo que sucedía. Los llenaba de miedo, y los llenaba de terror, y ese era, por supuesto, precisamente el punto. Mientras observaban, transportes tras transportes emergieron de la bodega del hangar del Destructor Estelar, inclinándose bruscamente y luego lanzados en dirección a la ciudad. Era una maniobra de despliegue de combate, ejecutada rápidamente, una muestra de destreza y disciplina que servía como recordatorio de lo que exactamente el Imperio podría hacer si se lo pensara.

Algunos transportes se dirigieron hacia las ZA establecidas o el puerto espacial. Varios las ignoraron por completo, zambulléndose chacia la ciudad misma, levantándose bruscamente a unos metros del suelo, apenas evitando chocar contra edificios y personas. Sus puertas traseras se abrieron y antes de que se pusieran en posición, los soldados de asalto estaban en camino, sus E-11 en sus hombros, gritando órdenes. Aseguraron sus sitios de aterrizaje con rapidez y eficiencia. A los ciudadanos de Jedha se les dio una advertencia para mantener su distancia. Después de eso, les dispararon.

El despliegue inicial tomó diecisiete minutos y medio, desde el momento en que los gritos de los TIE anunciaron el inicio de la operación hasta que el último de los transportes de tropas regresó a la seguridad del Destructor Estelar. Cuando se hizo, la presencia de soldados de asalto en la Ciudad Santa se había cuadruplicado, y con ellos habían venido otros ocho AT-ST, diez AT-DP, y seis tanques de asalto TX-225 recientemente modificados.

Los rumores comenzaron a volar casi inmediatamente de que se habían realizado despliegues similares a la cabeza de cada mina de kyber. Alguien afirmó que otro Destructor Estelar estaba en camino de unirse al que estaba estacionado arriba, que estaba

entrando en el sistema incluso ahora. Varias personas informaron haber visto, con sus propios ojos, dos naves derribadas desde el cielo mientras trataban de despegar del puerto espacial de la Ciudad Santa, aunque cada una previamente había asegurado las autorizaciones apropiadas.

Esta fue sólo la primera fase.

Los soldados de asalto se movieron a través de la ciudad en sus equipos de fuego tradicionales, cuatro soldados a cada equipo, pero ahora con dos equipos trabajando en tándem. Los equipos trabajaron bloque tras bloque, implacablemente, metódicamente.

Pararon a individuos al azar, exigieron documentación, realizaron búsquedas aleatorias e interrogatorios agresivos. A algunos de los detenidos se les mostraron imágenes de holoproyectores portátiles, imágenes de insurgentes o criminales conocidos o sospechosos. Al mediodía, tres de los más notorios puntos críticos habían sido allanados, lo que resultó en disparos en dos de ellos, con siete muertes y el triple de lesiones. Muchos de los sospechosos de ser parte de la insurgencia quedaron completamente aturdidos, luego fueron esposados y cargados en los blindados Transportes Pesados de Tropas Imperiales, y los ITT fueron conducidos al puerto espacial o a la zona de aterrizaje más cercana y los prisioneros fueron trasladados directamente al Destructor Estelar encima.

Entonces los partisanos comenzaron a contraatacar.

Los primeros tiroteos fueron menores, más escaramuzas que compromisos prolongados, pero establecieron el patrón. Uno o dos de los combatientes de Gerrera abrirían fuego desde posiciones ocultas, exponiéndose por la menor cantidad de tiempo posible y luego se retirarían rápidamente. Los soldados de asalto responderían, pedirían refuerzos… un tanque, un AT-ST o un AT-DP. Mientras lo hacían, otro grupo de partisanos atacaría en otra parte de la ciudad, y mientras el Imperio respondía, otro ataque seguiría.

A veces, los soldados de asalto respondían para encontrar que los partisanos ya se habían retirado. A veces, los soldados de asalto respondían para encontrar a los partisanos acechando, atacando por todos lados. A veces, los soldados de asalto respondían para encontrar que la calle había sido atrapada, sus vehículos de apoyo convertidos en blancos.

A cuatro cuadras al sur de ZA-Dorn, a primera hora de la tarde, hubo una explosión que se pudo escuchar por toda la ciudad. Una pluma acre de humo negro se elevó del sitio, y en pocos minutos llegaron los sonidos de fuego bláster, y de detonaciones más pequeñas. Los TIE gritaban desde arriba una vez más, volaban tan bajo que parecían deslizarse por los edificios, evitando estrechamente romperse a pedazos contra los tejados abovedados de varios de los templos más antiguos. Momentos después, tres cazas Ala-X fueron vistos viniendo desde el este, blancos con marcas negras. Nadie los había visto antes; nadie tenía idea de dónde habían venido. Mientras enfrentaban a los TIE, empezaron a correr nuevos rumores de que los pilotos de Saw Gerrera los habían mantenido en reserva, que los había enviado en la hora de necesidad de la Ciudad Santa.

Los Ala-X tomaron a los TIE por sorpresa, derribando dos en cuestión de segundos. La gente aplaudía. Entonces los aplausos murieron tan rápido como se habían levantado cuando una persona tras otra en el suelo miró al Destructor Estelar para ver TIE detrás de TIE cayendo de la bahía hangar. Un TIE, luego otro, y otro, y otro, y otro, hasta que la superioridad numérica fue tan abrumadora que las calles callaron. Uno de los Ala-X se convirtió en una bola de fuego y escombros, el cual se alejó para desintegrarse sobre el desierto. Un segundo fue golpeado debajo de su fuselaje, a babor. Se volvió un tirabuzón incontrolado que rompió su puerto inferior del caza. El ala rota se estrelló cerca del Camino de los Juicios, rompiendo a través de los techos de dos de los hogares allí y matando a uno de los ocupantes. El caza luchó para enderezarse, su piloto de alguna manera consiguió estrellarse justo al norte del Muro de la División que separaba parte de la Ciudad Vieja de la Ciudad Nueva, que tenía en sí más de cinco mil años de antigüedad. Los soldados de asalto descendieron en el sitio del accidente inmediatamente, pero el piloto parecía haber escapado del aterrizaje. Comenzaron una búsqueda inmediata.

El resto de los Ala-X, al darse cuenta de lo que todos en tierra ya sabían —de que la situación había pasado de ser heroica a suicida— salieron evasivos y huyeron hacia el horizonte occidental. Según lo último que se vio, había seis cazas TIE persiguiéndolos. Algunas personas afirmaron que el piloto escapó. Otros afirmaron que el piloto había sido capturado, junto con el que se había estrellado fuera del Muro de la División. Incluso ahora, decían, los dos pilotos estaban siendo interrogados a bordo del Destructor Estelar, y era una certeza que uno o el otro revelaría el escondite de Saw Gerrera y que el líder partidista pronto estaría bajo custodia, o muerto, o ambos.

La batalla en tierra continuó durante una hora o más. Una nueva batería de rumores comenzó a difundirse: Gerrera estaba en la ciudad, y el Imperio lo había acorralado. Él y sus partisanos luchaban por sus vidas. Algunos, al oír esto, regresaron a sus hogares, cerraron sus puertas, se mantuvieron cerca de sus seres queridos si tenían seres queridos a los que aferrarse. Unos cuantos más tomaron sus armas y recorrieron las calles vacías con la esperanza de ayudar a los guerrilleros a encontrar tropas de asalto listas para ellos. La mayoría de los que fueron a luchar terminaron muertos.

Todo había terminado antes del atardecer. Un fuego había comenzado durante la batalla, y el Imperio no hizo ningún intento por apagarlo. La mayoría de los servicios civiles de la Ciudad Santa habían dejado de existir en cualquier forma útil o reconocible, y no había bomberos de los que hablar, y los ciudadanos que respondieron para tratar de combatir el incendio rápidamente se dieron cuenta de que era un ejercicio de futilidad. No tenían agua corriente y ninguno de los equipos de bomberos especializados que la brigada utilizara una vez, y los soldados de asalto se negaron a ayudar. Al final, la gente hizo lo mejor que pudo para salvarse unos a otros y a sus pocas pertenencias preciosas, y luego se retiraron para dejar que el fuego ardiera.

El resplandor de las llamas duró hasta bien después del anochecer.

*Donde tú ves oscuridad,*
*yo veo estrellas*

—Laech Min-Glsain

De Poemas, Oraciones y Meditaciones sobre la Fuerza,

Editado por Kozem Pel, Discípulo de los Whills




Chirrut cargaba al chico a través de las calles en sus brazos, tratando de asegurarle de que todo iba a estar bien.

—Di esto conmigo —dijo Chirrut—. La Fuerza está conmigo, y yo soy uno con la Fuerza.

El chico no dijo nada. Su nombre era Althin. Era un rodiano, y Chirrut pudo sentir sus largos y delgados dedos en su brazo a través de la manga de su túnica, su agarre apretado. El otro brazo del muchacho se había roto, ahora estaba atado a su pecho con el marco de la túnica de Chirrut en una eslinga improvisada. Si Chirrut se veía obligado a moverse rápidamente para evitar a los soldados de asalto, a un vehículo o incluso a sospechosos de ser partisanos, y si no tenía cuidado al hacerlo, el movimiento empujaría a Althin. Entonces el chico lloriquearía, el dolor irradiando a través de su miembro roto, penetrando su shock y su entumecimiento.

Althin tenía una semana desde su octavo año, y era un buen muchacho que amaba leer y amaba dibujar, y una vez que Chirrut había estado en el mercado y oído a un grupo de peregrinos discutiendo sobre cómo encontrar al Emisor de la Esperanza Constante, y había oído que Althin se presentaba y les daba instrucciones, y cuando los peregrinos se ofrecieron a darle las gracias, en cambio había pedido que dieran el dinero a alguien que pudiera necesitarlo más.

Chirrut sabía todas estas cosas porque conocía a Althin desde el día en que nació, y había conocido a sus padres incluso más tiempo que eso. Los padres de Althin habían llegado a Jedha desde Rodia antes del final de las Guerras Clon. Habían comprado una tienda a una cuadra del Camino de la Bendición y habían hecho su casa por encima de él. Se habían quedado en el negocio vendiendo guías y obras sencillas sobre la espiritualidad, la Fuerza, y otras cosas por el estilo principalmente a los peregrinos y turistas que venían a visitar la Ciudad Santa. Su verdadera pasión habían sido los manuscritos antiguos, grabados en viejas cintas de datos o discos en descomposición, o incluso, en los casos más raros, en libros, todo tipo de textos antiguos recogidos en todo el Borde Exterior. La madre de Althin, Steya, tenía una pasión particular por las artes marciales, no sólo su lectura, sino también su práctica. Poco después de establecerse en la Ciudad Santa, había buscado a Chirrut y le había pedido que la instruyera en zamashiwo, uno de los estilos de lucha nativos de Jedha y uno en el que Chirrut había alcanzado un nivel de maestría. Durante varios años Steya y Chirrut se reunían por la mañana fuera del Templo de Kyber para practicar las formas. El padre de Althin, Tok, no tenía ningún interés en estilos de lucha esotéricos, sino que estaba apasionado por el teatro, en

particular la ópera, y más particularmente la ópera Bith de la Era Media de la Antigua República.

En algún lugar a su izquierda, Chirrut sintió el ruido de un pesado campo de repulsión, y una fracción más tarde oyó el sonido del metal sobre el metal, el rectificado de los engranajes. Había un montón de movimiento alrededor de él, la ciudad había estado en espasmos durante todo el día, pero desde que los combates habían estallado cerca de ZA-Dorn había aumentado muchísimo. Confiaba en sus sentídos, y en su defecto, en su ecocaja, pero después de horas de moverse por la ciudad tratando de dar ayuda a los necesitados, estaba cansado y empezaba a notársele. Se levantó bruscamente y el movimiento hizo que Althin lloriqueara de nuevo.

—Está bien, pequeño —dijo Chirrut—. Está bien, te tengo.

Usando la ecocaja más que su memoria, retrocedió, movió una mano desde donde acunaba al muchacho, sintiendo por la pared, y encontrándola, sintiendo su camino hacia el hueco de una puerta. Retrocedió, trayendo su brazo hacia Althin, esperando. El tanque se acercaba, retumbando, y Chirrut podía saborear el polvo que el vehículo ponía en el aire. La piedra que los rodeaba se agitaba en vibración simpática con el campo repulsor.

—La Fuerza está conmigo, y yo soy uno con la Fuerza —le dijo Chirrut a Althin—. Y no temo nada, porque todo es como la Fuerza lo quiere.

Althin se quedó inmóvil en sus brazos, en silencio una vez más.

*¿Y por qué la Fuerza se llevaría a los padres de un niño?* Chirrut se encontró preguntándose.

Por primera vez en muchos, muchos años sintió una puñalada de ira profunda y poderosa en su pecho. Una rabia tan caliente y tan insistente y tan sorprendente, que le robó el aliento. La ira de un joven, familiar y más indeseable por eso. Una cólera que había estado acechando en su interior desde el amanecer… desde antes del amanecer, si era honesto. Una ira dirigida a todo el mundo, una furia ante las injusticias del universo, pero que apuntaba al Imperio y a Saw Gerrera específicamente, y en igual medida.

El tanque estaba pasando, Chirrut podía sentirlo, oírlo, pero por el momento no tenía sentido de él, no tenía sentído de quién iba dentro o sobre él. Ese había sido el problema todo el día: la sensación de que su conexión con la Fuerza, por muy tenue que fuera en el mejor de los casos, había disminuido o incluso se había roto. La situación se había agravado cuando pasó de crisis a crisis, ya que había encontrado esposos que lloraban a sus esposas asesinadas por soldados de asalto en las calles, ya que había encontrado restos y daños causados por una docena de batallas más pequeñas que habían hecho estragos alrededor de la ciudad en respuesta a las propias represalias del Imperio, y así sucesivamente, y así sucesivamente. El ciclo del que había hablado con Baze empeoró, exactamente como se predijo. Esa era la lucha en ZA-Dorn, lo sabía; los partisanos habían visto una oportunidad de atacar de nuevo al Imperio, y la habían tomado.

Chirrut se preguntó si era allí donde Baze se había ido. Si su amigo estaba enterrado con los partisanos de Gerrera, echando su furia en el incendio dirigido a los soldados de

asalto recién llegados. No había oído hablar de Baze desde que había dejado su hogar la noche anterior. Chirrut no estaba realmente preocupado por su seguridad.

Lo que estaba, de repente comprendió Chirrut, era enfadado con Baze, también.

—Tú allí.

Pero sobre todo, Chirrut estaba enojado consigo mismo.

—Tú, te estoy hablando.

Eso era todo. Estaba enojado consigo mismo. Pero ¿por qué, exactamente? ¿Porque se sentía culpable por lo que había hecho, por su parte en provocar la violencia, las represalias de ese día? No, era necesario luchar contra el Imperio. Tenía que ser resistido. Su fe lo mantenía en un código moral, pero esa moralidad era la misma independientemente de cualquier fe en la Fuerza. Uno no necesitaba creer en la Fuerza para conocer el bien del mal. Muchos de los que no tenían fe en la Fuerza actuaban con justicia, y había conocido a más de un sensible que había actuado egoístamente, incluso cruelmente, y utilizado la creencia para justificar sus actos.

—Sal de ahí.

¿Enojado consigo mismo porque se sentía impotente? Eso estaba más cerca de la verdad. Enojado consigo mismo porque era un solo hombre, solitario, y no importaba lo que hiciera, no sería suficiente. No podía acabar con el sufrimiento de Jedha. Al parecer, ni siquiera podía llevar a un niño herido y afligido a salvo.

—¿Que sucede contigo? ¿Estás sordo?

Enojado consigo mismo porque había sido lo suficientemente arrogante, tal vez, para creer que podía.

Sus sentidos se abrieron una vez más. Pudo sentir al soldado de asalto ahora, su presencia, su movimiento. El tanque había pasado, se había detenido, y este soldado de asalto había estado fuera y lo había visto a él y a Althin.

Ahora el tanque giraba a pocos metros por la calle, y el soldado de asalto había vuelto para interrogarlos.

—Ciego —dijo Chirrut—. No sordo.

—¿Que está pasando aquí? ¿Dónde llevas a ese rodiano?

—Su brazo está roto. Lo estoy llevando a buscar atención médica.

—¿Dónde están sus padres?

—Están muertos.

Oyó que la armadura de plastoide del soldado de asalto crujió ligeramente, pudo imaginarlo moviéndose con incomodidad. Chirrut supo por qué, y se imaginó que si fuera más indulgente le habría dicho al soldado de asalto que —sólo esta vez— el Imperio no era responsable.

Al menos, no directamente.

—Los dos tienen que despejar la calle —dijo el soldado de asalto—. Va a haber un toque de queda en efecto esta noche. Cualquiera que salga sin autorización será fusilado.

—Gracias por la información.

El soldado de asalto volvió a crujir, alejándose, y Chirrut lo escuchó intercambiar palabras con otro, el ruido de los peldaños del tanque cuando el vehículo entraba en marcha y rodaba lejos.

—La Fuerza está conmigo, y yo estoy con la Fuerza —dijo Chirrut a Althin.

El chico todavía no le contestó.

Continuaron su camino.

El olor del humo se desvaneció mientras se movían hacia el barrio noroeste, y el sentido de Chirrut no sólo de dónde estaba, sino de lo que estaba a su alrededor creció de manera constante con su progreso. Dos veces más, Althin y él fueron detenidos por los soldados de asalto, y cada vez se les permitió pasar sin incidentes, aunque en ninguno de los dos casos hubo el toque de empatía que Chirrut había encontrado con el soldado de asalto del tanque. Cerca de la Primera Aguja, oyeron el sonido de un fuego bláster, y Althin respondió a eso, tensándose mientras Chirrut lo llevaba. El chico se había movido en sus brazos, ahora con su buen brazo alrededor del cuello de Chirrut y sus piernas envueltas alrededor de la cintura de Chirrut. Aún tenía que hablar.

Llegaron al orfanato y Kaya los dejó entrar, y sin decir una palabra, tomó a Althin de los brazos de Chirrut. El chico se aferró a Chirrut, reacio a dejarlo ir.

—No estaré lejos —dijo Chirrut—. Y Kaya sabe cómo hacer que tu brazo deje de doler.

Sintió que el chico tocaba su rostro, los suaves extremos de sus dedos en la mejilla como pétalos de flores. Chirrut tomó la mano del muchacho en la suya, dándole un apretón que esperaba fuera tan tranquilizador como suave. Kaya se lo llevó, y Chirrut dejó que su bastón volviera a sus manos, rodó su cuello, aflojando los músculos que se tensaron y se estiraron durante el largo paseo por la Ciudad Santa.

—¿Té? —preguntó Baze.

Chirrut giró la cabeza, sorprendido, orientándose al oír la voz de su amigo.

—Es chav —dijo Baze—. No es ese maldito Tarine.

Por un segundo, Chirrut se encontró en una absoluta pérdida de palabras. No había oído el acercamiento de Baze, y Baze no era, en general, un hombre que hacía las cosas tranquilamente. Más aún, no había percibido el acercamiento de Baze, ni siquiera su presencia, y si había una presencia que Chirrut Îmwe conocía en la Fuerza más que cualquier otra —más quizás que su propio lugar en ella— era la de Baze Malbus.

—Bueno, si es chav —dijo Chirrut—, apenas puedo negarme, ¿verdad?

—Estabas preocupado por mí —dijo Baze.

—Me estaba preocupando —dijo Chirrut—. Pero sólo porque extrañé tus insultos.

Baze puso la taza de té en las manos de Chirrut.

—¿La familia de Althin?

—Steya y Tok fueron asesinados cuando los partisanos fueron tras uno de los AT-DP —dijo Chirrut.

—De lo que pude reunir, pusieron explosivos a lo largo de la calle, y cuando fueron disparados, bajaron el caminante junto con varias casas. Se habían escondido de la lucha. Donde pensaron que sería seguro.

Bebió un sorbo de té.

—En ninguna parte estás a salvo —dijo Baze.

—Ya no, no. ¿Cuándo llegaste aquí?

—Antes del mediodía. Pensé que uno de nosotros debería estar aquí, en caso de que la lucha llegara a este lugar. Sabía que llegarías tarde o temprano.

—Pensé que estarías con los partisanos.

—Hoy no.

Bebieron el té. Killi vino a revisarlos, devolviendo la faja de Chirrut.

—Le hemos acomodado el brazo —le dijo.

—¿Ha dicho algo?

—No. Está en estado de shock, Chirrut. Killi le hizo tomar un par de sorbos de jugo, pero no quería comer. Ella está con él y los niños ahora mismo. Tal vez su compañía le haga bien.

—Lo que le hará bien es el amor, la paz, la tranquilidad y el tiempo —dijo Chirrut.

—De esos, sólo el primero está garantizado.

—Lo sé —dijo Chirrut—. Pero uno de esos es mejor que ninguno, y por eso te lo traje.

Killi empezó a toser. Chirrut escuchó a Baze vertiendo más té, y cuando el ajuste desapareció, escuchó a Killi darle las gracias, luego el sonido de su bebida.

—Althin no será el único niño que se convierta en huérfano hoy —dijo—. Nos estamos quedando sin espacio.

Terminó su té y los dejó. Chirrut escuchó que la puerta se cerraba tras ella, oyó a los niños, el sonido deslizándose por la puerta abierta mientras ella se iba.

—Tiene razón —le dijo Chirrut a Baze—. Estas paredes no serán capaces de mantener a todos ellos mucho más tiempo.

Baze dijo:

—Hay una solución.

—Si esa es la misma solución —como dije antes—, no parece estar funcionando.

—No, una solución diferente.

—Tienes mi atención.

—Que se vayan.

Chirrut giró la taza en la mano. Podía sentir la línea precisa de calor que marcaba el nivel del té. Era una idea que simplemente no se le había ocurrido. La idea de dejar Jedha nunca se le había ocurrido, y sabía por un hecho que Baze nunca abandonaría su hogar.

Eran una parte de este mundo, una parte de esta ciudad, y una de las bendiciones de vivir en este lugar era que la galaxia siempre había estado dispuesta a venir a ellos, sin importar cuán lejos o inconveniente el viaje hasta allí podría ser.

—Esa —dijo Chirrut—, es una solución interesante.

—Pero una buena.

—No irían tan lejos. Hay una serie de problemas con lo que estás proponiendo, Baze. Asumes que Killi y Kaya estarían dispuestas a dejar Jedha. Asumes que podríamos conseguirles una nave. Asumes que el Imperio dejaría que dicha nave se fuera. Luego está la cuestión de adónde irían.

—Hay mundos que el Imperio aún no ha alcanzado.

—La palabra operativa es «todavía».

Baze gruñó. Era su gruñido de enfado.

—No se trata de escapar del Imperio. Se trata de huir de *aquí*, Chirrut.

—Y esperar.

—Sí.

—¿Has hablado con Killi o Kaya sobre esto?

—Quería hablar contigo primero.

—Todavía hay muchos problemas.

—Menos de lo que podrías pensar —dijo Baze—. Saw Gerrera ha accedido a ayudarnos a conseguir una nave.

*El momento entre respiraciones*
*es el equilibrio de la Fuerza.*
*Entre la vida y la muerte.*
*Descanso y acción.*
*Serenidad y pasión.*
*Esperanza y desesperación.*

—Nartun Trecim, Ascendente de Mau

De Poemas, Oraciones y Meditaciones sobre la Fuerza,

Editado por Kozem Pel, Discípulo de los Whills




Había una cantina en el puerto espacial, pero ya no hacía muchos negocios, porque nadie quería quedarse allí. El tráfico dentro y fuera podía ir desde un flujo constante a un goteo, pero incluso en su estado más activo estaba muy lejos de lo que la Ciudad Santa había estado acostumbrada antes de la ocupación imperial. Ahora, si una nave aterrizaba, lo hacía con la intención de entrar y salir lo más rápido posible. Ya fuera para entregar mercancías o para llevar peregrinos a sus hogares, era casi lo mismo. Aterrizar, descargar, reabastecer, e irse, todo lo cual podría lograrse en menos de una hora si las cosas eran favorables.

Las cosas raramente eran favorables en estos días, sobre todo porque todas las naves que llegaban y salían estaban sujetas a la revisión por las autoridades imperiales. Esto significaba que los pasajeros y la tripulación eran interrogados, los documentos de escaneo verificados, y si algo en absoluto parecía menos que en el tablero, un equipo de escáner era enviado para averiguar quién y el por qué de todo. Dado todo eso, no era una sorpresa que los pasajeros y la tripulación por igual no tuvieran interés en quedarse más de una bebida o una comida.

Las únicas naves que no eran sometidas a tan intenso escrutinio eran, por supuesto, las naves enviadas a Jedha por el Imperio. Los transportes imperiales recibían una exploración rápida, registro y siempre que todas las computadoras estuvieran de acuerdo en que la nave estaba donde debía estar aproximadamente a la hora en que se esperaba que estuviera allí, eso era todo. El Imperio era libre de hacer sus negocios.

La cantina estaba construida a lo largo del paseo del puerto espacial, frente a la larga línea de bahías de aterrizaje, la mayoría de las cuales tenían sus puertas abiertas. Las ventanas funcionaban a lo largo de la pared para dar a los patrones una vista de los transeúntes, o dar a los transeúntes una visión de los patrones, dependiendo de donde estabas cuando mirabas.

Baze se sentaba en el segundo puesto desde la entrada, con una vista desde su ventana directamente a la bahía dieciocho. Llevaba su habitual armadura, pero se había cubierto con un sudario de polvo sobre su hombro y lo había envuelto alrededor de sí mismo, un traje más apropiado para cualquier número de peregrinos que podrían estar esperando un viaje de regreso a casa. El cañón morelliano y su tanque refrigerante habían sido colocados en un recipiente que ahora descansaba junto a su rodilla. Era un poco demasiado grande para el equipaje de un peregrino, pero Baze era considerado por muchos como un poco grande para un ser humano, y hasta ahora la maleta no había llamado más la atención que él mismo.

Se metió en el tazón de fideos rehidratados delante de él y despachó al camarero droide cuando se acercó. A través de la ventana vio las luces de fuera de la bahía dieciocho cambiar de verde a rojo y las puertas se cerraron. Una nave estaba entrando, y la bahía permanecería sellada hasta que fuera despejada por las autoridades. Mientras observaba, un escuadrón de soldados de asalto tomó un puesto fuera de la bahía, ocho de ellos en total, acompañados por dos droides de seguridad de la serie KX. Los soldados de asalto se dividieron uniformemente en dos grupos de cuatro a ambos lados de la puerta, mirando hacia ambas direcciones a lo largo del paseo, de guardia. Uno de ellos lo miró directamente a través de la ventana, y Baze bajó la cabeza hacia sus fideos y tomó un sorbido. Cuando volvió a mirar de nuevo, el soldado de asalto volvió a centrarse en la actividad en el paseo.

La puerta de la cantina se abrió, y con ella vino una ráfaga de ruido de motor. Dos hombres se dirigieron a su cabina y se sentaron frente a él.

—Esa es la nave —dijo Leevan Tenza.

Baze estaba mirando al otro hombre, tratando de ubicarlo. Era trandoshano, y Baze estaba seguro de que lo había visto antes, pero no podía ubicar dónde ni cuándo. Al igual que Baze y Tenza, el trandoshano llevaba un abrigo de polvo de peregrino que lo rodeaba, sobre su ropa. Cuando se separó, Baze pudo ver un cañón de explosión CR-1 recortado atado a su parte superior del muslo. El trandoshano se encontró con sus ojos, sostuvo su vista, luego apartó la mirada. Cuando lo hizo, Baze pudo ver la larga cicatriz que corría por su hocico, rompiendo las escamas, y recordó la mano de Chirrut en la cara del hombre casi tres meses antes, y recordó su nombre y dónde lo conocía.

—Wernad —dijo Baze—. Encontraste una manera de luchar contra ellos.

El trandoshano lo miró de nuevo.

—Mejor que no hacer nada.

—Los otros están en posición —dijo Tenza—. ¿Donde están los niños?

—Viniendo —dijo Baze.

—El momento tiene que ser correcto. No pueden llegar tarde.

—Lo saben.

Afuera, las puertas de la bahía dieciocho se abrieron y, a través de ellas, los tres pudieron ver la lanzadera de la *clase Sentinel* que había entrado en su interior. Hubo una ráfaga de actividad de los soldados de asalto puestos de pie, y la mitad del grupo, junto con los droides KX, se dirigieron hacia el interior cuando dos oficiales de uniforme negro Imperial se abrieron paso. Tenza bajó la cabeza al pasar por las ventanas. Baze sacó un puñado de créditos de su bolsillo y los apiló sobre la mesa, luego se volvió en su asiento y se inclinó para abrir su caja. Abrió las cerraduras, se apoderó del cañón bláster en su mano derecha y el tanque refrigerante en su izquierda, y se puso de pie, de regreso a la ventana.

Sin más palabras, se dirigió a las puertas de la cantina, salió al paseo y abrió fuego.

—¿Cuántos niños? —preguntó Denic.

—Cerca de treinta, ahora —le dijo Chirrut—. Necesitaremos un transporte grande.

Estaban en el garaje de Denic, mucho más allá de la mitad de la noche, la misma noche en que Baze le había contado a Chirrut su idea de evacuar a los huérfanos. Él y Chirrut habían dejado el orfanato tarde, y sólo después Chirrut había comprobado para ver que Althin había logrado quedarse dormido. El joven rodiano todavía no había dicho una palabra, pero Kaya les aseguró que había comido, y que su brazo se curaría, y que, con tiempo y oportunidad, las heridas más profundas del día podrían sanar también. Fue entonces cuando Baze y Chirrut le pidieron que se uniera a ellos, y Killi también, y propuso el plan para sacar a los niños del planeta.

—Cerca de treinta niños, ¿cuántos adultos?

Chirrut vaciló. Baze esperó. Aún no tenían respuesta. Ni Killi ni Kaya querían dejar atrás a la otra, pero estaba claro que al menos una de ellas tendría que ir con los huérfanos, si no ambas. Incluso con la ayuda del droide CZ, vigilando a muchos niños era mucho pedir de cualquier adulto. Era incluso más preguntar a un adulto que aún no sabía dónde podían terminar, ni quién cuidaría de los huérfanos cuando llegaran. Y sobre todo, existía la verdadera cuestión de si quien iba con ellos volvería a Jedha.

—Al menos dos —dijo Chirrut, finalmente.

—¿Alguno de estos dos adultos es piloto?

—No —dijo Baze.

—Así que necesitan una nave para mover —digamos, y estoy supongo, pero dada la forma en que las cosas están funcionando últimamente en esta ciudad, lo redondearemos, ¿de acuerdo?— cuarenta personas, la mayoría niños. Y necesitas un piloto para volarla. ¿Traen algo con ellos? ¿Cargamento?

—Sólo lo esencial, lo que podrán llevar consigo.

Denic se rascó la nariz, ajustándose sus gafas.

—Bueno, eso es algo, al menos.

—¿Qué piensas? —preguntó Baze.

—Creo que nunca podrás despegar, eso es lo que pienso —dijo—. Los imperiales no van a dar a tantos refugiados la autorización para partir, no con la forma en que la situación aquí se ha deteriorado. ¿Más de treinta huérfanos? Si eso llega a HoloNet, es un desastre de relaciones públicas para ellos, que llamará la atención en el Senado Imperial. Nunca despegarás.

—Estábamos pensando que haríamos esto sin autorización para partir —dijo Chirrut.

—Te derribarán en el cielo antes de salir de la atmósfera. Cualquier cosa lo suficientemente grande como para mover a tanta gente, los TIE estarán encima antes de que alcances la velocidad de escape. Y eso si el Destructor Estelar decide que vale la pena lanzar TIE. Podrían fácilmente acertarte con cualquiera de sus armas, con sus muchos… —Miró sus dedos, haciendo una cuenta rápida, luego se rindió—. Hay un montón de turboláseres, eso es mucho. Y quads. Y quads pesados. Y triples. Todas las armas, eso es lo que estoy diciendo. Eso si quieren dispararte. Es posible que en su lugar

quieran atraparte, y luego tendrás que lidiar con algo así como diez diferentes rayos tractores.

—No esperábamos que fuera fácil lograrlo —dijo Chirrut—. Pero es la única esperanza para estos niños.

—Sí, Chirrut, no me estás escuchando. No dije que no iba a ser fácil. Te digo que es casi imposible.

—Casi imposible.

—Eso es lo que acabo de decir.

—Hay un espacio entre «casi imposible» e «imposible». —Chirrut le sonrió a algo que sólo él sabía que estaba allí—. Allí es donde encajaremos.

—¿Este tipo, le crees a este tipo? —preguntó Denic a Baze.

—Sí —dijo Baze—. Necesitaremos un piloto.

Denic se echó hacia atrás en el cajón sobre el que se había sentado, mordiéndose el labio inferior por un momento, pensando.

—Podrías intentar con Barso. Si obtiene suficientes créditos lo haría.

—Barso.

—Woan Barso. Tiene ese viejo remolcador Unar-Con que usa para trasladar carga hasta los transportes en órbita. Oí que lleva refugiados con él para que puedan guarecerse. Es decir, si el precio es adecuado.

—¿Es el Woan Barso que siempre lleva puesto ese traje? —preguntó Baze—. ¿El naranja sucio? ¿El que nunca se saca?

—Ese es él.

—Chirrut no confía en él —dijo Baze.

—¿Por qué no?

—El traje de vacío —dijo Chirrut—. O Woan Barso no confía en sus habilidades o no confía en su nave, y poner la vida de estos niños en tales manos sería, creo que estarás de acuerdo, tonto.

Denic mordió su labio inferior otra vez por un momento.

—Bueno, sí, cuando lo pones así.

—Teníamos a otra persona en mente —dijo Baze.

—Soy toda oídos.

Chirrut apuntó con su bastón a Denic.

—Tú —dijo.

El morelliano saltó en la mano de Baze, escupiendo un disparo tras otro, el tanque refrigerante en su otra golpeando contra su muslo. Que pudiera controlar el arma en una sola mano sorprendió a Baze, pero no había querido arriesgarse a ser visto mientras montaba el tanque sobre su espalda, y entonces había decidido arriesgarse. Siempre había

sido un hombre fuerte, más fuerte en su juventud, pero le agradó un poco que, incluso ahora, pudiera manejar el arma y hacer que hiciera lo que quisiera.

Hizo exactamente lo que él deseaba. Los disparos volaron sin rumbo fijo y Baze trabajó de izquierda a derecha cuando salió de la cantina, enviando soldado de asalto tras soldado de asalto al suelo.

Tenza y Wernad estaban justo detrás de él, y cada uno se movía exactamente como estaba previsto. Debajo de su capa, Tenza sacó su rifle en dos segmentos, rápidamente encajó el barril en su lugar en el receptor, y lo llevó a su hombro, cubriendo el paseo a la izquierda. Wernad alzó el cañón de explosivos en ambas manos, cubriendo la derecha. Baze se dirigió directamente a la entrada de la bahía dieciocho, volviéndose al último momento para usar la pared al lado de la puerta como cubierta, donde se agachó sobre sus caderas y arrojó su sudario de polvo sobre su hombro.

—Izquierda despejada —dijo Tenza.

—Derecha despejada —dijo Wernad.

—Alto —dijo Baze, balanceando el tanque sobre su espalda y activando las abrazaderas magnéticas que lo mantendrían en su lugar. Desde dentro de la bahía de atraque todos podían oír la conmoción y la confusión de los soldados de asalto que habían entrado con los droides, reaccionando al ruido de fuera. Los disparos habían sido intensos, pero breves, y sólo estaban empezando a reaccionar. El crujido de los comunicados corrió en una onda, casco a casco en cada soldado de asalto caído mientras sus compañeros dentro trataban de alcanzarlos. Baze comprobó el indicador de carga en el morelliano, poniéndose en pie de nuevo.

—Moviéndome —dijo, y giró hacia la puerta, el arma ahora en ambas manos, golpeando con el pulgar el actuador debajo del electroscopio en el cañón, iniciando la orientación inteligente. En todo caso, esta vez era más preciso que antes, con el cañón en sus manos. Cuatro disparos y cuatro tropas de asalto más cayeron, pero Baze utilizó media docena más de disparos antes de que los dos droides de la serie KX dejaran de moverse.

—Despejado —dijo Baze, y salió del camino para dejar pasar a Tenza y Wernad, dirigiéndose hacia la *Sentinel*. Esperó a que estuvieran en la rampa, asegurándose de que ambos estuvieran a bordo, antes de volver a la puerta para esperar a Chirrut y a los niños.

—No puedo irme —dijo Killi Gimm. Levantó las manos, con las palmas hacia arriba, como para indicar que la decisión estaba fuera de su control.

Kaya buscó apoyo en Baze, pero Baze negó con la cabeza. Esta no era una discusión de la que quisiera formar parte, y era una discusión que había estado sucediendo por un par de semanas, ahora. Era una discusión que había comenzado inmediatamente después de que él y Chirrut hubieran propuesto su plan a Killi y Kaya.

Kaya cambió su mirada a Chirrut, luego pareció darse cuenta de que hacerlo era inútil y volvió a su hermana.

—¿Entiendes que estar aquí te está matando, verdad? —dijo Kaya.

—Entiendo que el aire aquí me está lastimando —dijo Killi—. Si es o no eso lo que me mata queda por verse.

—No puedes pedirme que me vaya sola, Killi. —La voz de Kaya se llenó con tensión y Baze pudo oír las lágrimas—. No puedes pedirme que te deje así.

Killi tomó las manos de su hermana.

—¿Nos dejarían a solas un poco, por favor? —dijo.

Chirrut se levantó sin decir palabra y se dirigió a la puerta. Baze lo siguió, cerrándola detrás de ellos. Estaban en la sala más grande de la casa, y varios de los niños estaban presentes. Por un momento Baze y Chirrut fueron el centro de toda la atención, pero rápidamente pasó, y los niños volvieron a lo que habían estado haciendo antes. Las visitas de Baze y Chirrut al orfanato en las últimas semanas habían sido tan frecuentes que cada una de ellas había dejado de ser una novedad.

—Althin —dijo Baze, y tocó ligeramente el hombro de Chirrut, orientándolo hacia donde el muchacho estaba sentado, solo.

—Todavía no habla con nadie —dijo Chirrut.

—Deberías hablar con él.

La expresión de Chirrut se tensó por un momento. Sacudió la cabeza.

—Hace mucho tiempo que he agotado las cosas que puedo decirle. Sabe que estoy aquí.

—Es un niño —dijo Baze.

—Es un niño que perdió a sus padres. Las palabras de un viejo Guardián le ofrecen poco.

—¿Estás enojado con él, o…?

—No estoy enojado con él.

Baze suspiró pesadamente, apoyó su hombro contra la pared. A través de la puerta cerrada, pudo oír.

La voz de Kaya se elevaba con notas de emoción en ella.

—No se verán de nuevo —dijo Chirrut.

—¿Por qué no?

—Porque Kaya tiene razón. Killi se está muriendo. Y Killi no se irá. Este es su hogar, ella es una Discípula de los Whills. Kaya es más joven, más saludable. Es inteligente, ingeniosa, compasiva. Tiene habilidades que puede vender, entiende de máquinas, de droides. Dondequiera que Kaya y los niños terminen, ella será capaz de encontrar su camino. Si Killi la acompañara, la atención de Kaya estaría dividida. A medida que la condición de Killi empeore —y empeorará, ambos lo sabemos, incluso si ella deja Jedha— la preocupación de Kaya crecerá. No podrá atender a su hermana y a los niños al mismo tiempo. Y los niños deben ser los primeros.

Baze lo miró.

—¿Por qué me estas mirando?

—Eso fue increíblemente frío.

Chirrut sacudió la cabeza ligeramente, frunciendo el ceño. Baze trató de recordar la última vez que había visto a Chirrut feliz.

—Kaya necesitará a alguien más para ayudar —dijo Baze—. Al menos alguien más.

—Tendrá a Denic. Denic tampoco volverá.

—¿Por qué dices eso?

—Lo sé.

—¿Cómo?

Chirrut se encogió de hombros.

—Estás empezando —dijo Baze— a preocuparme o a molestarme. No estoy seguro de cuál.

—Sospecho que ambas.

La puerta se abrió y Killi salió. Más allá de ella, Baze pudo ver a Kaya, sentada, con el rostro entre las manos, los codos sobre las rodillas. Su cuerpo temblaba, pero no emitió ningún sonido mientras lloraba.

—Kaya se irá —dijo Killi—. Yo me quedaré.

Baze gruñó.

—Ahora —dijo Killi—. ¿Cómo vamos a meter a todos estos niños a bordo de una lanzadera imperial robada?

*Estamos inundados de emoción, cada día, cada momento.*
*Estamos golpeados, estamos confundidos y algunas veces,*
*sí, estamos consumidos.*
*Cuando el estanque es perturbado, no podemos ver el interior.*
*Cuando el estanque está quieto, podemos ver con claridad.*
*En ambos casos, el agua sigue ahí.*
*Así también es la Fuerza, como el agua,*
*ya sea que la veas claramente o no.*

—Dejammy Shallon, maestra y sacerdotisa de D'janis IV

De Poemas, Oraciones y Meditaciones sobre la Fuerza,

Editado por Kozem Pel, Discípulo de los Whills




Era, sin duda alguna, una de las cosas más extrañas que la gente de la Ciudad Santa había visto desde el comienzo de la ocupación imperial.

Comenzó a media tarde, y al principio las únicas reacciones fueron curiosidad, quizás diversión. La visión de treinta y cuatro niños, edades que iban desde seis años estándar el más joven a quizás catorce o quince en el más viejo. Muchachos y muchachas, todo tipo de especies —humanos, rodianos, al menos una togruta, un bith, un par de gemelos zabrak— todos caminando juntos. Formaban no tanto una columna sino una masa, pasando por el Muro de la División, por el Nuevo Mercado y por el Viejo, y caminaban sin hablar. Sólo había cuatro adultos entre ellos, y tal vez era aún más extraño para las personas que los reconocían.

Estaba Killi Gimm, conocida por muchos como una Discípula de los Whills, reconocible incluso con la mascarilla del respirador que ocultaba sus rasgos, llevando los trajes rojos de su orden. Era una mujer alta, y rodeada a todos lados por niños sólo la hacía parecer más alta. Caminando con ella, sosteniendo su mano, estaba Kaya Gimm, su hermana menor, más baja, vestida con el mismo traje azul mecánico que siempre parecía llevar, un cinturón de herramientas alrededor de su cintura, una mochila colgada sobre su hombro, sostenida en su lugar con su mano libre. Algunos observadores, obteniendo una mejor vista de Kaya, pensaron que sus ojos estaban desgarrándose, probablemente debido al polvo en el aire. El viento era fuerte esa tarde, soplando constantemente con ocasionales ráfagas agudas a través de la mesa. Las banderas imperiales que habían sido levantadas sobre el Viejo Mercado se sacudían fuertemente en la brisa.

La mayoría de las personas que vieron la procesión no pudieron identificar a la otra mujer del grupo, ocupando la retaguardia. Esto se debía a que muchas de las personas que la identificaban habían sido detenidas durante las últimas semanas y ahora estaban lejos, lejos de Jedha, y probablemente nunca volverían; y aquellos que habían logrado evadir a los soldados de asalto hasta el momento, si se les hubiera preguntado, habrían negado categóricamente conocerla. Llevaba un par de gafas sobre los ojos, con un chorro de cabello rojo que parecía erupcionar de su cuero cabelludo en todos los ángulos. Llevaba ropa de viaje, una gruesa chaqueta de espaciador y pantalones y botas, y tenía una funda de blaster atada a su muslo, pero la funda estaba vacía. Llevaba la ropa como si estuviera familiarizada con ella, como si, tal vez, hubiera estado alrededor de la galaxia con ella, y lo estaría de nuevo.

Pero era el hombre que lideraba la procesión quien obtuvo la mayor curiosidad, el mayor escrutinio. Era conocido por muchos, si no por su nombre, entonces por la vista. Hasta hacía poco, había pasado muchos días en el Mercado Antiguo, con un cuenco de

limosnas en una mano y un bastón de madera desgastada y cuidadosamente elaborada en la otra. Algunos decían que era ciego. Otros decían que era sólo un acto, un intento de aprovecharse de las buenas naturalezas de la gente mientras suplicaba dinero. Sólo véanlo moverse, decían esas mismas personas. Si es ciego, yo soy el Emperador.

Algunos afirmaban que era un Guardián de los Whills, o que lo había sido antes de que el Imperio hubiera sellado el Templo del Kyber. La mayoría descartaba esto de la mano. El rumor era que los Guardianes habían dejado Jedha cuando el Imperio había llegado, y de hecho había muchos en la Ciudad Santa que se resentían de esto. Sentían que, como los Caballeros Jedi antes que ellos, los Guardianes habían abandonado a la gente en su momento de necesidad.

Observando al hombre que los guiaba, sin embargo, era fácil creer que podía, de hecho, ver. Caminaba con propósito, sin vacilar, el bastón balanceándose suavemente a centímetros por encima del suelo en una mano, la mano de un joven rodiano, quizás de no más de ocho años, en la otra.

Caminaban y, a veces, Killi Gimm tenía que hacer una pausa, y podía oírsela tosiendo detrás de su respirador, y cuando eso sucedía, toda la procesión se detenía para ella. Su hermana mantendría la mano de Killi un poco más apretada. Entonces el ataque pasaría, y reanudarían la marcha, y mientras avanzaban por el Mercado Viejo y hacia el Camino de la Bendición, la gente comenzó a seguirlos. Un puñado, al principio, y luego más y más, y más, ninguno de ellos sabía a dónde iban precisamente, ni qué pasaría cuando llegaran allí. Siguiendo al hombre que no podía haber sido ciego en absoluto.

No era, después de todo, inaudito ver una progresión de peregrinos haciendo su camino a través de la Ciudad Santa. Antes de que el Imperio hubiera llegado, había sido común tanto para los Beatíficos como para los seguidores del Isóptero caminar por la ciudad. Pero eso no había ocurrido en años, y nunca nadie podía recordar que la procesión estuviera compuesta casi exclusivamente de niños.



Los soldados de asalto notaron esto, por supuesto, y comenzaron a retransmitir informes de regreso a sus puestos de comando, comunicadores chisporroteando con

mensajes que iban desde el desconcierto a la confusión. ¿Deberían estar respondiendo? ¿A qué estarían respondiendo? ¿Cómo? Sí, un sargento señaló que técnicamente, esta era una reunión ilegal. El Imperio había decretado que no se permitía que grandes grupos se congregaran en la Ciudad Santa hasta que la crisis actual con los partisanos —que ellos llamaban terroristas— se resolviera. Pero éstos eran *niños*, y nadie podía asegurar que ninguno de ellos estuviera armado, y ¿para qué iban a arrestarlos? Si la procesión se dirigía hacia uno de los puestos de mando, o una de las ZA designadas, eso habría sido diferente. Incluso caminando a uno de los antiguos templos, sin duda, sus órdenes hubieran sido claras, habrían sabido cómo responder.

Pero estos niños estaban caminando, siguiendo al hombre tal vez no tan ciego en alguna ruta extraña y tortuosa por la ciudad.

Cuando la procesión llegó a la Plaza de las Estrellas, tenían más de cincuenta personas arrastrándose detrás de ellos. Cuando abandonaron el Camino de la Bendición, el número se había duplicado fácilmente, y cuando se dirigieron al Camino de los Peregrinos, más de doscientos habitantes de la Ciudad Santa los siguieron.

Cuando los soldados de asalto se dieron cuenta de que se dirigían al puerto espacial, había casi quinientos de ellos, y para entonces ya era demasiado tarde.

El mayor problema, resultó, no fue cómo conseguir una nave, ni quién pudieran encontrar para volarla, ni de dónde tomarían la nave, ni quién podría unirse a ellos en el viaje.

El mayor problema, resultó, fue cómo hacer que los niños entraran en la nave en el primer lugar.

Había sido Beezer Fortuna quien suministró la información sobre la lanzadera *Sentinel*. Había, dijo, un despliegue regular a cada tercer día de la semana que traía personal de mando a Jedha. Su única carga eran piezas ocasionales de equipo de minería especializada y piezas de repuesto para los evaluadores de matriz de cristal que se utilizaban para comprobar la integridad de los cristales kyber. Mientras la carga era descargada y distribuida, los oficiales a bordo desembarcarían para hacer la inspección de la operación en Jedha. Visitaban cada una de las ZA y puestos de mando a su vez, revisando a los soldados de asalto y finalmente aventurándose fuera de la Ciudad Santa —acompañados por una escolta fuertemente armada— para ver de primera mano la operación en cada una de las minas kyber. La visita, según Fortuna, normalmente duraba entre cuatro y seis horas, dependiendo de las dificultades que pudieran descubrir los inspectores. Más crucialmente, sin embargo, era el hecho de que la *Sentinel* no descendía del Destructor Estelar encima, sino que llegaba de algún lugar fuera del sistema. Beezer no sabía de dónde.

Francamente, no importaba.

Lo que importaba —lo *único* que importaba— era que se trataba de una lanzadera de *clase Sentinel* de la Flota de Sistemas Sienar, diseñada para transportar hasta setenta y

cinco soldados de asalto a la batalla, con órdenes de mando imperiales para los cielos sobre Jedha. Era esperado. Era conocido. Cada tercer día, salía del hiperespacio y entraba en el espacio aéreo de Jedha, y volaba justo más allá del Destructor Estelar, y todos a bordo de ese Destructor Estelar en lo alto simplemente sonreían y asentían y decían lo agradable que era verlo de nuevo, señor.

—No dicen eso en verdad —dijo Chirrut.

—Es una expresión —dijo Fortuna.

Chirrut se frotó la barbilla. Sería bueno que lo dijeran.

—Ignóralo —dijo Baze—. Continúa.

Dado que la visita era una inspección, los oficiales no llegaban con su propio contingente de seguridad, explicó Fortuna. Confiaban en la guarnición local, e incluso eso era un símbolo hasta que se dirigían fuera de la ciudad. En cuanto a la lanzadera, una vez descargada, apenas había una fuerza de guardia en el puerto espacial, sólo la sufíciente para mantener la bahía de aterrizaje segura, y el piloto, que permanecía a bordo de la nave según el protocolo imperial en caso de que los oficiales tuvieran que partir apresuradamente.

La lanzadera descansaba allí.

Si podía asegurarse con rapidez, con relativa tranquilidad, y si despegaba de nuevo cerca de cuando se esperaba que saliera, nadie levantaría una ceja.

Pero esa era la complicación. Alejarse del puerto espacial y dejar la luna no despertaría sospechas. Pero si Denic en cambio despegaba sólo para recorrer la mitad de la Ciudad Santa y luego asentarse fuera del orfanato para subir a los pasajeros, no importaba la rapidez con que pudieran llevar a los niños a bordo.

Alguien iba a notarlo, y darse cuenta daría lugar a preguntas, y las preguntas conducirían a los cazas TIE.

Una lanzadera de *clase Sentinel* frente al complemento de cazas TIE de un Destructor Estelar sólo terminaría en una dirección.

—Bum —dijo Chirrut.

—Bum —concordó Denic.

Varios planes fueron sugeridos sobre cómo llevar a los niños a la lanzadera, o la lanzadera a los niños.

Pasaron una semana tratando de determinar si sería posible requisar uno de los tanques de asalto, tal vez, y usarlo para despejar un camino hacia el puerto espacial. Baze fue tan lejos al comenzar a trazar posibles rutas para usar antes de que esa línea de pensamiento fuera abandonada. Kaya sugirió que trataran de adquirir speeders terrestres, cuatro o cinco, pero las calles estaban tan regularmente congestionadas que requeriría aumentar los campos de repulsión de los vehículos hasta que pudieran volar. Eso atraería a los TIE para una visita, y rápidamente.

Fue en realidad Denic quien sugirió el uso de los partisanos para iniciar algún tipo de distracción en otra parte de la ciudad, tal vez abajo por el Muro Sur. Mientras los imperiales estaban ocupados, Denic podía descender la lanzadera, y si cargaban a bordo rápidamente…

—Hay más de treinta niños —dijo Killi.

—Lo sé —dijo Denic.

—¿Has intentado alguna vez que treinta niños hicieran algo rápidamente? —preguntó Killi.

—Buen punto —dijo Denic.

Fue Gerrera, a través de Fortuna, quien sugirió que simplemente caminaran.

—El General cree que incluso los soldados de asalto imperiales vacilarán en abrir fuego a niños que simplemente salen a caminar. —Fortuna siempre se refería a Gerrera como «el General»—. Incluso si lo desean, hacerlo a plena luz del día frente a la población local sería un acto de violencia deliberadamente incitador. Tendrían un revuelo en sus manos.

—Pareces pensar que eso les molestaría —dijo Baze.

—Lo haría si *fueran* la causa de una manera tan obvia —dijo Fortuna—. ¿Un niño muere en la calle, atrapado en el fuego cruzado? Eso es una tragedia, pero lo pasan por alto. Nos culpan a nosotros, no a ellos mismos. Nos culpan por luchar contra su tiranía. Si acabáramos de aceptar su bota en nuestro cuello, esto nunca habría sucedido, dicen. ¿Pero en números? ¿Desarmados? ¿No haciendo nada más que caminar a un puerto espacial? Eso sería un *crimen de guerra*.

—¿Si te equivocas? —preguntó Chirrut.

Fortuna sacudió la cabeza. No quería decirlo.

Chirrut consideró la idea durante mucho tiempo. Él y Baze lo discutieron extensamente. Luego lo llevó a Killi y a Kaya, y los cuatro discutieron todo de nuevo, y

tampoco a ninguno de ellos le gustó. Pero también estuvieron de acuerdo en que era la menos arriesgada de sus opciones, así como la más probable de tener éxito.

—Pero si sale mal… —dijo Kaya.

—Esto —dijo Chirrut—, es lo que se llama prueba de fe.

Chirrut lideró la marcha por debajo del antiguo arco de piedra hacia el puerto espacial, la mano de Althin en la suya, los otros niños siguiéndolo muy de cerca. Sintió que el agarre de Althin en él se apretaba, comprendiendo enseguida que el muchacho había visto a los soldados de asalto apostados en la entrada, y pensó que podía sentir a los soldados de asalto, también, observándolos. Pero los soldados de asalto no se movieron, y no los desafiaron. A este punto, razonó Chirrut, seguramente habían escuchado cualquier tráfico de comunicaciones que volaba alrededor de la ciudad sobre el extraño desfile que estaba dirigiendo.

No tenía ni idea de cuanta gente venía detrás de ellos ahora, pero sabía que había muchos. Podía sentirlos, la esencia y la energía de todos, presionando a su espalda como un viento que llena una vela.

—Todo estará bien —le dijo Chirrut a Althin—. Confía en la Fuerza.

El suelo cambió bajo sus pies, las viejas calles de piedra de la ciudad dieron paso a los ladrillos del paseo del puerto espacial. Delante de él, no tan lejos ahora, estaba Baze. Delante de él, no tan lejos ahora, estaba su objetivo.

Esperaba que tuviera el coraje de hacer lo que se requería cuando llegaran.

Había ruido detrás de él, una mezcla de voces, demasiadas para distinguirlas. Tenían cierta urgencia, pero parecían tímidas de ira.

—¿Qué está pasando? —le preguntó a Althin—. ¿Qué está pasando detrás de nosotros?

Una niña, a su derecha, contestó, y reconoció su voz inmediatamente. Era B'asia, la togruta que había sido herida cuando los soldados asaltaron el primer orfanato.

—La gente que nos sigue, hay demasiados, Maestro Îmwe —dijo—. No pueden pasar por el arco, todos… se están quedando atascados. —Se rió—. ¡Los soldados de asalto no saben qué hacer!

—Debe de haber muchos —dijo Chirrut.

—¡Creo que la mitad de la ciudad nos está siguiendo, Maestro Îmwe!

—Estamos buscando el número dieciocho, B'asia. ¿Lo ves?

—Sí, está por delante. Está justo aquí. ¡Puedo ver al Maestro Malbus!

Oyó a la muchacha avanzar, el sonido de sus pasos, y sintió a Althin tirando de su mano, el chico acelerándose de manera similar. A medida que su ritmo aumentaba, también lo hacía el de los que los seguían, y la ecocaja y Althin le dijeron al mismo tiempo que se volviera, y sintió el espacio alrededor de ellos abriéndose, el sonido cambiando mientras el techo sobre ellos cedía al cielo. La bahía del hangar tenía su

propia sensación, casi cavernosa, y jugaba con el sonido, y por un instante no estaba seguro de si eran sus propios sentidos o la ecocaja o ambos que lo confundían, amenazando con desorientarlo por un instante. Althin se detuvo brevemente.

Chirrut pudo sentir la energía a su alrededor, la energía viva, la Fuerza moviéndose entre los seres, y encontró a Baze de inmediato, lo reconoció al instante, como siempre hacía cuando su conexión era fuerte.

Pero hubo un escalofrío, y no era del aire, y no era de su amigo.

Algo andaba mal.

—Baze Malbus —dijo Chirrut.

—Los hombres de Gerrera —dijo Baze—. Están tomando la lanzadera.

*La Fuerza está conmigo,*
*y yo soy uno con la Fuerza;*
*y no temo nada,*
*porque todo es como la Fuerza lo quiere.*

—El Mantra del Guardián, autor desconocido

De Poemas, Oraciones y Meditaciones sobre la Fuerza,

Editado por Kozem Pel, Discípulo de los Whills




Tenza y Wernad habían abordado la *Sentinel* según lo planeado, y Baze se había dirigido a cubrir la entrada. Luego escuchó el disparo, amortiguado desde dentro de la lanzadera, y se volvió para verlos arrastrar el cuerpo del piloto por la rampa y arrojarlo al piso de la bahía del hangar.

Baze prácticamente gruñó.

—¡Eso no era necesario!

Tenza se burló de él.

—Era imperial. Si te molesta, te aseguro que lo hice rápido. Podría haberlo hecho sufrir.

—Vigila la entrada —le dijo Baze a Wernad. Enfundó al morelliano y se trasladó hacia el cuerpo del piloto. Su plan consistía en contener al piloto, mantenerlo apresado a bordo de la lanzadera en caso de que lo necesitaran para ayudar a volar la nave, o para proporcionar las autorizaciones imperiales que pudieran necesitar. Entonces Denic y Kaya lo soltarían cuando llegaran a su destino. Ahora, el pensamiento inmediato de Baze era sobre los niños y lo que verían cuando llegaran. No quería que tuvieran que pasar por un cadáver fresco para subir al *Sentinel*.

El suelo de la bahía del hangar era de piedra, desgastada por la edad y los innumerables aterrizajes y despegues, y aquí y allá brillaba tanto como reflejo de cristal. El casco del piloto seguía en su sitio, pero su cuerpo ya se estaba enfriando cuando Baze lo alzó por encima del hombro. Movió el cuerpo al lado de la bahía, fuera de la línea de visión directa, lo dejó en el suelo y luego volvió a hacer lo mismo por cada uno de los soldados de asalto. Sabía que Wernad miraba desde la entrada de la bahía y volvía a él mientras trabajaba. Tenza había desaparecido de nuevo en la lanzadera. Pudo oír el ruido del paseo, una ola creciente de sonido, y supo que Chirrut y los niños y Killi y Kaya y Denic, todos ellos, tenían que estar cerca, que estarían aquí en cuestión de minutos.

Baze acababa de correr el último cuerpo cuando llegaron más hombres de Gerrera, esta vez Fortuna y Sperado. Cada uno llevaba una gran bandolera en la espalda. Pasaron junto a Wernad sin detenerse, dirigiéndose directamente a la rampa de la lanzadera. Baze se movió para interceptarlos.

—Se supone que debes estar observando su acercamiento —dijo Baze—. En caso de que necesiten apoyo.

—No necesitan apoyo —dijo Fortuna, y trató de rodearlo, pero Baze se afirmó y no lo dejó pasar—. Estarán aquí en momentos. Todo va de acuerdo al plan.

—¿El plan de quién?

—El plan del General, por supuesto.

—El plan del General era sacar a estos niños de Jedha.

—No —dijo Fortuna—. Ese fue tu plan. Esta es una oportunidad demasiado grande para ignorar. Debemos aprovecharla.

Baze empezó a avanzar, buscando el morelliano en su espalda, pero no había manera de que fuera un empate rápido, y su mano no estaría a medio camino del cañón antes de que Sperado tuviera su bláster fuera de su funda y apuntase a su pecho. Baze se congeló. Fortuna sacudió levemente la cabeza.

—Temía que esto pudiera suceder. —El twi'lek miró a Sperado—. Manténlo aquí. Dame tu bandolera.

Sperado se deslizó la correa de su hombro y le entregó la bandolera a Fortuna, su objetivo nunca vacilante.

Fortuna se dirigió hacia la lanzadera. El sonido del paseo se había expandido, creciendo aún más fuerte. Chirrut y los niños estaban cerca ahora, muy cerca, y quién sabía cuántos otros venían con ellos.

—Vienen treinta y cuatro niños —dijo Baze—. Están en camino. Y te verán sosteniendo tu arma en mí. ¿Es eso lo que quieres que vean?

Sperado vaciló, luego dio un paso atrás y enfundó su bláster tan suavemente como lo había sacado.

—Realmente no quiero tener que dispararte —dijo Sperado.

Baze no se molestó con una respuesta, sólo se encaminó hacia la entrada en la bahía. Estaba a mitad de camino cuando la niña togruta apareció a la vista, doblando la esquina, y luego Althin, tirando de la mano de Chirrut. Más de los niños estaban justo detrás de ellos, y todos estaban entrando a la bahía, y Chirrut se dirigía hacia él. Podía verlo en el rostro de Chirrut, el breve arrugado de su frente, el endurecimiento de sus labios en una línea. Sabía que algo andaba mal; no necesitaba que Baze lo dijera.

Pero Baze lo dijo de todos modos.

—Los hombres de Gerrera —dijo Baze—. Están tomando la lanzadera.

La expresión de Chirrut se mantuvo plana durante un instante. Junto a él, todavía sosteniendo su mano, los ojos de Althin se abrieron, parecieron aumentar de tamaño. Chirrut liberó su mano de la del muchacho, ambas cerrándose en su bastón. Detrás de él, Baze pudo ver a Killi y Kaya, y a Denic en la parte de atrás, llevando a los niños hacia adelante. Las expresiones confusas en sus rostros se convirtieron en preocupación.

—No —dijo Chirrut—. No lo harán.

Empezó a avanzar y Baze se volvió para caminar a su lado. Después de un momento de vacilación, Althin lo siguió, y tan pronto como se movió, también lo hicieron los otros. Sperado se acercó a su lado izquierdo, tratando de mantener el ritmo. Llevaba, pudo ver Baze, dos blásters, un doble aparejo desgastado de estilo de dibujo rápido, y sus manos

peludas se cernían sobre sus garras, pero aún no habían dibujado. Wernad se apresuraba a ponerse al día, a flanquearlos a su derecha.

—Maestro Îmwe —dijo Sperado—. Por favor no haga esto.

—Estos niños han caminado por toda la ciudad —dijo Chirrut, sin interrumpir el paso—. Se les ha prometido un viaje en una lanzadera por sus esfuerzos. No quiero verlos decepcionados. ¿Usted sí, Kullbee Sperado?

—No los dejes abordar. No puedes dejarlos abordar.

Se estaban acercando a la base de la rampa de carga, ahora. Baze miró hacia atrás, vio que todos los niños, Killi, Kaya, Denic… todo el mundo estaba con ellos. Más allá de ellos, la entrada a la bahía estaba absolutamente atascada de hombres y mujeres, ciudadanos de Jedha tratando de ver lo que estaba pasando.

—Soldados de asalto estarán aquí pronto —dijo Baze.

—Les llevará un tiempo dispersar a la multitud —dijo Chirrut.

—Si no lo hacen con violencia.

Chirrut asintió ligeramente. A Sperado le dijo:

—¿Por qué?

Fortuna, en lo alto de la rampa, respondió por él.

—Porque la gente necesita un símbolo de esperanza —dijo el twi'lek. Habló en voz alta, proyectando para que todos en la bahía lo oyeran. El bajo rumor de voces se apagó, la gente calló para escuchar—. Saw Gerrera les dará uno.

—Estos niños son un símbolo de esperanza —dijo Baze.

—¡Miren! —Fortuna señaló hacia el cielo, y todos los que escucharon levantaron la mirada.

Todos ellos, a excepción de Chirrut, y tal vez por eso, Chirrut entendió exactamente lo que Gerrera quería hacer.

—¡Miren el símbolo de su opresión! —gritó Fortuna—. ¡Cómo cuelga sobre todas sus cabezas, cómo proyecta su sombra sobre todas sus vidas! ¡No podemos vivir de esta manera! ¡Debemos luchar contra ellos!

Hubo una ondulación de confusión entre la multitud. Althin buscó la mano de Chirrut y, en cambio, tomó su túnica por el codo, agarrándola con fuerza.

—¿Qué tan grande debe ser un explosivo para derribar un Destructor Estelar? —preguntó Chirrut.

Los murmullos, las voces, desaparecieron repentinamente, se callaron por completo.

—Necesitarías uno muy grande —dijo Baze—. Si lo cargaste en una lanzadera, tendrías que volar directamente al hangar principal.

—¿Crees que eso lo haría?

—Podría.

—Lo hará —dijo Fortuna.

—Ya veo —dijo Chirrut.

Sonrió al decirlo. Baze —a pesar de todo lo que ocurría a su alrededor, a pesar de los cientos de personas detrás de ellos, y los niños, y Killi, y Kaya, y Denic, a pesar de que se

les estaba acabando el tiempo antes de que los soldados de asalto rompieran el escudo humano que los ciudadanos de la Ciudad Santa habían hecho para ellos— se sintió sonriendo también.

—¿Así que Saw Gerrera cambiaría un futuro para estos niños por golpear al Imperio? —preguntó Chirrut.

Fortuna apuntó de nuevo un largo dedo índice hacia el cielo.

—¡Él liberaría a Jedha!

—Eso no es lo que sucederá —dijo Baze.

—Mi amigo tiene razón —dijo Chirrut—. Y ni tú, ni Saw Gerrera, ni nadie más aquí es tan tonto como para pensar que lo hará.

—Debemos luchar contra ellos —dijo Fortuna.

Las palabras hicieron que Chirrut se enderezara ligeramente. Inclinó la cabeza.

—Wernad —dijo Chirrut—. ¿Eres tú? Creo que te siento aquí.

—Sí —dijo el trandoshano. Su voz era casi un susurro, y sin embargo llegó a todo el hangar—. Estoy aquí.

—Me dijiste lo mismo.

—Lo hice, lo recuerdo.

—Y ahora lo haces, parece. Y así es como lo harás. ¿Recuerdas lo que te dije?

—No con inocentes —dijo Wernad.

Chirrut asintió, inclinando la cabeza hacia la otra dirección.

—Me pediste que orara por ti, Kullbee Sperado. ¿Es este el lugar que buscabas?

Sperado no respondió.

Chirrut extendió su mano hacia un lado, sosteniendo su bastón. Baze se lo quitó. Chirrut cayó sobre sus ancas, envolvió sus brazos alrededor de Althin y levantó al muchacho, sujetándolo tanto como lo había hecho el día que lo había encontrado, llorando, sobre sus padres. El brazo había sanado bien. Las otras heridas todavía no.

—Se les prometió un viaje en lanzadera —le dijo Chirrut a Baze.

—Y no puedes soportar defraudarlos.

La sonrisa de Chirrut era casi alegre.

—Me conoces muy bien.

—Bien —dijo Baze. Se volvió y miró a los niños—. Vamos, entonces.

Chirrut subió la rampa y Baze tomó la mano de la chica togruta y la siguió. Fortuna salió del camino de Chirrut, se dio cuenta de lo que estaba haciendo, y comenzó a moverse de nuevo para bloquear a Baze.

—Piensa en todos los que nos miran. —Baze se encontró con los ojos de Fortuna. Su voz estaba nivelada. Su voz era tranquila. Sin embargo, cada palabra parecía tener todo su peso, toda su fuerza por detrás—. Y luego piensa, muy cuidadosamente, sobre lo que el General querría que hicieras después.

—El General no perdonará nunca esto.

—No tendrá que hacerlo —dijo Baze—. Nuestra relación con Saw Gerrera ha terminado.

Fortuna vaciló.

Luego se apartó del camino.

Baze condujo a la niña a la lanzadera y se sorprendió ligeramente al ver que Sperado y Wernad los habían seguido. Cada vez más niños fueron conducidos a bordo, Killi y Kaya moviéndose entre ellos, poniéndolos en sus asientos. Chirrut estaba agachado sobre sus caderas, frente a Althin, ahora sentado también. Denic subió por la rampa, pero tuvo que salir del camino cuando Tenza fue conducido por Wernad y Sperado, cada uno llevando una de las bandoleras.

—Dime que esas son las bombas —dijo Denic.

—Esas —dijo Baze—, son las bombas.

—Una cosa menos de que preocuparse. —Se encaminó hacia la cabina, deteniéndose—. Tenemos tres minutos, máximo, antes de que los soldados de asalto decidan que han tenido un juego bastante agradable. Lo que significa que tenemos dos minutos para salir de aquí. Todo el mundo abróchese el cinturón y despídase.

Killi estaba en la parte superior de la rampa con Kaya. Se había quitado la mascarilla respiradora y estaba besando a su hermana en la frente. Se abrazaron. Baze miró de nuevo a Chirrut, vio que le estaba dando un abrazo a Althin.

El chico le susurraba algo, y lo que decía hizo sonreír a su amigo.

—Y no temo nada —dijo Chirrut—. Porque todo es como la Fuerza lo quiere.

Chirrut se levantó, se movió hacia donde Baze estaba de pie, y Baze extendió su bastón, y Chirrut lo tomó sin dudarlo. Bajo sus pies, sintieron una ligera vibración cuando los sistemas repulsores primarios se pusieron en línea, los motores comenzaron a encenderse.

—Te voy a extrañar —le dijo Chirrut a Baze.

Baze sonrió, luego se dio cuenta de lo que Chirrut estaba diciendo y dijo:

—No, no. *Yo* te voy a extrañar.

—No seas absurdo. Tienes que ir con ellos.

—No, *tú* debes ir con ellos. Es para mejor. Necesitan tu guía.

—Este no es el momento de discutir conmigo, Baze Malbus. Aquí, tu ira sólo crece. Debes dejar Jedha antes de que te consuma.

—No puedes quedarte solo —dijo Baze—. Chocarías contra las paredes.

—No he chocado contra una pared involuntariamente en veinte años.

—Sí, porque estoy aquí para evitar que lo hagas.

—Debes irte con ellos.

La voz de Killi subió desde el fondo de la rampa.

—No sean absurdos, ninguno de los dos va a ir a ninguna parte sin el otro. Lo que significa que ambos estarán aquí.

—¿Con Saw Gerrera enojado con nosotros por un lado por echar a perder sus planes, y el Imperio queriendo nuestros pellejos ahora en el otro? —Baze negó con la cabeza.

—El Imperio nunca sabrá quién fue verdaderamente el responsable de esto. —Chirrut sonrió—. Culparán a los partisanos de Gerrera, y en parte estarán en lo cierto, y Gerrera

no lo disputará por todas las razones obvias. Y porque, al final, incluso si no le permitimos lo que él quería, todavía puede reclamar otro golpe contra el Imperio.

Baze gruñó.

—Realmente pensé que era así como finalmente me desharía de ti.

Chirrut rió y se dirigió por la rampa, Baze a su lado. Todavía había una muchedumbre considerable agrupada en la boca de la bahía del hangar, pero Baze no podía ver a Tenza ni a Fortuna. Él y Chirrut estaban con Killi, Wernad y Sperado. Juntos vieron cómo la rampa se levantaba en su lugar y, casi de inmediato, la lanzadera se estremecía y se elevaba en el aire. Se elevó lentamente, ascendiendo al cielo, girando en su lugar al hacerlo. Despejó la parte superior de la bahía, y su trompa se levantó, y los motores rugieron.

Junto con casi todos los demás en el hangar, Baze encontró que contenía la respiración.

Chirrut y Killi rezaban suavemente, repitiendo sus mantras.

Las alas de la lanzadera se cerraron en posición de vuelo, y se alejó suavemente, con facilidad, como si tuviera todo el tiempo en el mundo. La sombra del Destructor Estelar cayó sobre ella, pareció consumirla, ocultándola de la vista mientras la *Sentinel* pasaba por debajo. Aquellos que habían perdido la vista de la lanzadera en cambio volvieron sus ojos a la bahía del hangar del Destructor Estelar.

Pero no hubo TIE para ser visto.

No se oyeron alarmas.

Entonces la *Sentinel* estuvo fuera de la sombra y en la luz del sol, y la lanzadera pareció brillar en el cielo a medida que aceleraba, subiendo más y más rápido. Su forma se hizo cada vez menos distintiva, cada vez más pequeña, hasta que fue una partícula diminuta, y luego, un instante después, desapareció.

Hubo un momento de quietud, de silencio en el hangar.

Baze y Chirrut podían oír a los soldados de asalto acercarse, las voces amplificadas gritando para que la gente despejara el camino. Manos los alcanzaron desde la multitud, los atrajeron, los envolvieron en el anonimato. Vieron a Killi Gimm conducida en una dirección, se encontraron a lo largo del paseo en otra, hasta que fueron desconocidos e inadvertidos una vez más.

Chirrut respiró profundamente, dejándolo escapar por su nariz, mantuvo su postura, con sus manos en su bastón.

Baze se quedó mirando al morelliano en sus manos y se aseguró que estaba completamente cargado.

—¿Té? —preguntó Chirrut.

—¿Tarine?

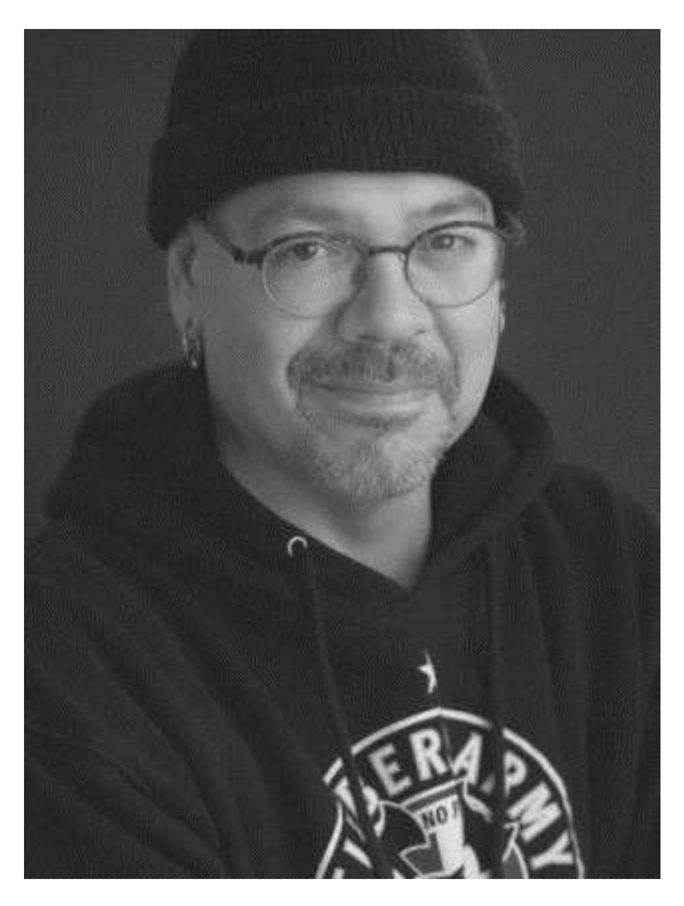
—Sí.

Baze gruñó.

—Bien.

Empezaron el largo camino a casa, por su ciudad, juntos.



Greg Rucka es un autor best seller de cientos de cómics y más de dos docenas de novelas, incluyendo los libros *Star Wars: Anters del Despertar* y *El escape de los contrabandistas*. Ha escrito para cine, televisión y videojuegos. Vive en Portland, Oregon, con su esposa, la autora Jennifer Van Meter, y sus dos hijos, Elliot y Dashiell.